

FÁTIMA SIME

Carne de perra



Fátima Sime

Diplomada en Dramaturgia Creativa y Guión. En enero de 2008 su libreto "El Príncipe y su Muñeca Encantada" –que obtuvo una de las tres mejores calificaciones en el Diplomado de Dramaturgia Creativa y Guión de la Universidad Alberto Hurtado– fue representado como lectura dramatizada en la Tercera Jornada de Libretos y Guiones Nacionales, realizada en la Biblioteca Nacional.

LOM PALABRA DE LA LENGUA YÁMANA QUE SIGNIFICA SOL

Sime, Fátima

Carne de perra [texto impreso] / Fátima Sime . – 1^a ed. –

Santiago: LOM Ediciones, 2009.

124 p.: 11,8x21 cm.- (Colección Narrativa)

ISBN: 978-956-00-0088-0

I. Novelas Chilenas I. Título. II. Serie.

Dewey : Ch863 .-- cdd 21

Cutter : S589c

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

© LOM Ediciones

Primera edición, 2009

Primera reimpresión, 2010

I.S.B.N.: 978-956-00-0088-0

Diseño, Composición y Diagramación:

Editorial LOM. Concha y Toro 23, Santiago

Fono: (56-2) 688 52 73 Fax: (56-2) 696 63 88

web: www.lom.cl

e-mail: lom@lom.cl

Impreso en los talleres de LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal

Fonos: 716 9684 - 716 9695 / Fax: 716 8304

Impreso en Santiago de Chile

Fátima Sime

Carne de perra



Otoño. Media tarde. El sol se asoma entre las nubes y una leve brisa levanta las hojas. El Pontiac rojo cruza por el costado de Plaza Italia, dobla en Bustamante hacia el sur, se estaciona. ¿Por qué nos detenemos?, dice ella. ¿No íbamos al cine? ¡Muñeca! La tarde parece de primavera. Caminar por el parque nos va a hacer bien. A mí me gusta ir al cine. Me gusta ver películas. Con parsimonia, él apaga el contacto, apaga la radio, apaga el cigarrillo. ¿Tendría que importarme lo que a ti te gusta? Hoy no quiero enojarme, ¿sabe? Le tengo una sorpresa, así que ¡ya! ¡Se me baja del auto! Ella obedece. Atraviesan la calle juntos, caminan por el sendero de gravilla. Ella, con la cabeza gacha, mira la nube de polvo gris que levantan sus pasos. El hombre la toma con firmeza. La detiene. ¿Acaso no me cree, que anda como mula vieja arrastrando las patas? Mire cómo está dejando los zapatos nuevos. ¿Quién se los compró? ¿Quién le compró ese vestido, la cartera? Yo pues, su Príncipe. ¿Por qué desconfía de mi sorpresa? ¿Ves el edificio del frente? Están parados en medio del sendero. Él, algo doblado, su cara junto a la de ella. Apunta con el dedo. Aquél, el de portón vidriado. Fíjese en el tercer piso, en el departamento con rejas en el balcón. ¿Lo puedes ver? Sí, dice ella, ¿por qué? ¿Qué tiene de especial? Allí vamos. En ese tercer piso está la sorpresa.

Está desnuda, tirada sobre un piso de baldosas. Tiene los ojos vendados y las manos atadas a la espalda. Con la piel húmeda, siente que se congela. Aunque no hay signos visibles de la reciente tortura cada vez que tiritita el dolor es intenso. De pronto percibe a su lado un cuerpo, una respiración ronca, fatigosa. Y a ti, ¿en qué momento te trajeron? Háblame, por favor; tienes que aguantar. Pero solo escucha estertores cada vez más débiles. Se arrastra con dificultad hasta quedar junto a ese otro cuerpo. No sabe si la oye, pero como un mantra, como una letanía, le susurra frases de consuelo.

La puerta, al abrirse, emite un chasquido. Instintivamente ella se contrae. Es inútil su rigidez. A tirones la separan de la otra chica. ¡No! ¡No se la lleven! ¿No ven que se está muriendo? Una voz nueva, desconocida: Tranquilícese, señorita. Se la llevan para que la vea un doctor. Son unos brutos. Mire lo que han hecho. Le pido disculpas. Emite órdenes que se cumplen de inmediato. Liberan sus manos, cubren sus hombros, le retiran la venda. Después de tres días en la oscuridad, pestañeó para acostumbrar sus pupilas a la luz. La voz pertenece a un hombre alto, delgado, de bigote fino. A diferencia de los demás, que llevan uniforme, él viste terno y corbata. Está frente a ella, con las manos a la espalda y el tórax desafiante. Un cigarrillo colgando de la comisura le da un aspecto de ¿galán de película? Parece ridículo, pero así es. Así lo percibe ella al menos. ¿Desde cuándo no come?, se dirige a sus hombres, pero sin apartar los ojos de ella. Unos ojos amarillos o azules como el cielo que acaba de

nombrar. No más "Cielo" para ella. Que se duche, se vista y coma algo. Cuando esté lista, me avisan. Usted, deje de tiritar, le dije que se tranquilizara. Ya verá cómo yo soluciono este malentendido.

2

No puede creer que solo un piso de distancia la separe del horror donde estuvo. Es una oficina con escritorio, sillas, máquina de escribir. El hombre, rodeado de papeles y carpetas, ha perdido ferocidad. Tome asiento, dice mostrando la silla. Se dieron cuenta del error, piensa ella. Le pedirán que jure que la trajeron correctamente y que cooperó en forma voluntaria. Pondrá su firma en un formulario. A todo dirá que sí. Le entregarán el carné y caminará hacia la calle como si nada hubiera pasado.

El tipo la mira un rato en silencio, abre una carpeta y lee en voz alta: María Rosa Santiago López, 24 años, profesión: enfermera universitaria. Se detiene, hace un gesto de asombro enarcando las cejas. El cigarrillo continúa en la comisura de la boca. Retira unas fotos. Toma una y se la muestra. Por lo que veo, dice, heredó el pelo de su padre. Porque éste es su padre, ¿verdad? Sí, sí. Es mi papá. Él lee: Nicanor del Tránsito Santiago Fariás, boliviano el caballero. Aquí dice que ingresó a Chile el año 1940. ¿Por qué no se ha nacionalizado el señor Santiago? Son muchos años en Chile, ¿no le parece? Ella: No sé, yo no tenía idea. ¿Debería haberlo hecho? ¿Es un delito? ¡Señorita! ¡Por favor! No estamos aquí para hablar de delitos. Se ve que su padre es un hombre intachable. Además, un hombre de esfuerzo: chofer de taxi con auto propio. Cuotas del préstamo al día. Secretario del Sindicato

de Choferes de Taxi en Limache. Parece un muy buen hombre su padre. Bonita familia. Toma otra foto de la carpeta. Aquí tengo a la señora: doña Rosa Esther López Rojo, profesora de castellano. ¿Qué más dice por aquí? ¡Mire!, el pelo de la profesora, crespo como el de su hermana María Elena y el de su hermana María Luisa. Va colocando las fotos en fila. ¡Qué bonita familia! Hay que cuidar que a esta familia no le ocurra nada. ¡Me gustan las familias unidas! Ella se pregunta por qué tanto discurso para dejarla libre ¿Por qué alargar el momento? Él: ¡Mira! Aquí está la foto tuya. La vamos a poner junto a las de tus hermanas. ¡Las tres Marías! Qué distinta te ves en esta foto. ¡Fue con cigarros que te quemaron la cara? Son unos brutos. No aprenden. Ella se extraña, ¿por qué el tuteo? No entiende mucho, se anima a preguntar: ¿Cuándo voy a salir? Todavía no, faltan algunos trámites, pero será pronto. Ella insiste: Hace un año que no veo a Alexis Leiva, que no tengo contacto con nadie. Él, paternal: Chiquilla, eso lo sabemos. A tu novio ya lo tenemos. Tú, tranquila.

Mientras habla se incorpora y rodea la mesa. Puesto, con los brazos cruzados al frente de ella, ha vuelto a ser el de la mañana. La observa en silencio. Ella, con ese chaleco minúsculo que le han dado y el blue jeans demasiado estrecho, se encoge en la silla hasta casi desaparecer. El hombre se agacha, toma su cara entre las manos, la obliga a mirarlo. Es otra cosa lo que quiero. Ella se inquieta. ¿Habrán cambiado de táctica? Si no es por Alexis, ¿para qué me retiene? ¿Por qué me ha elegido a mí? El hombre, con la mano empuñada y estirando solo el dedo del anillo, el meñique, le raspa las llagas. Ella no intenta nada. No dice nada. Solo rehúye la mirada

que la examina. ¡Mírame!, grita él. Me gusta que me miren. ¿Me tienes miedo? ¿No fui yo el que te rescató esta mañana? ¿No soy acaso el que está tratando de ayudarte a ti y a tu familia? ¿Para qué crees que los tengo a todos en una carpeta? Dime que no me tienes miedo. ¡Dime: "No te tengo miedo"! No tengo miedo, no tengo miedo, repite ella obediente, aunque tiembla. ¿Te duele?, pregunta él, hurgando en las costras.

Se ha sentado a horcajadas sobre ella, la aplasta, comprime sus caderas. Está embelesado jugando con su cara. ¿Te duele? Ella asiente con la cabeza. Espera, no te muevas, voy a ayudarte, ¿ves qué delicado soy?

Saca del bolsillo de su pantalón una navaja pequeña. Clava la punta en una herida, levanta entera la costra y se la muestra. Si queremos bonita la cara, sin cicatrices, hay que descostrar donde hay infección pues, muñeca. En cada acometida la chica siente la hoja pequeña, filosa, bailar cerca de su ojo. A pesar del dolor, temerosa, no se mueve, no chista.

Él emprende la tarea con ésmero, se toma su tiempo para no dejar residuos. Cuando termina, manan hilos de sangre de las heridas. Ahora hay que desinfectar, dice, y para eso nada mejor que la saliva, como los perros. ¿Te gustan los perros? ¿Te gustan? Dime: "Me gustan los perros". La muchacha balbucea: Me gustan los perros. Él gruñe en su oreja, gimotea como un cachorro. Empieza a lamerle el cuello. Luego recorre con parsimonia el rostro de ella. Son lengüetazos fibrosos que hacen arder las llagas. Sin embargo, al rato, esos movimientos rítmicos, calientes, la atontan, la adormecen. ¿Cuánto dura el ritual? Cuando el hombre se retira, ella abre

los ojos. Lo oye llamar a un subalterno por teléfono. Con un pañuelo se limpia, acucioso, los restos de coágulos en los pelos del bigote.

3

Esa noche la Posta Central era un caos. En la urgencia del primer piso, con los boxes llenos, se atendía en los pasillos, en cualquier espacio. Había enfermos acostados en camillas, sentados en bancas, en sillas, incluso algunos tirados en el suelo, la espalda apoyada contra el muro. No les quedaba otra. No había dónde ubicarlos. ¿Qué estaría pasando en Santiago? No era habitual esa congestión, menos en día de semana. Ni siquiera para Años Nuevos. Yo bajaba en el ascensor desde el sexto piso, el piso de los pabellones; estaba buscando al médico jefe de turno. Apenas la puerta se abrió y avancé como pude, abriéndome paso en medio del tumulto, pensé en Franklin con Santa Rosa. Siempre que la urgencia estaba a tope, como esa noche, el olor del ambiente me recordaba esa esquina. Una vez se lo comenté a una colega, me trató de loca. En ese barrio, dijo, está el matadero. Allá huele a fruta podrida, a mugre, a sangre vieja, el olor es fétido. Aquí la acidez del yodo es tan potente que tapa todo lo demás, ¿cómo puedes comparar? Le contesté que sí, que tenía razón, que en realidad yo estaba exagerando. Pero no lo podía evitar. Qué acidez del desinfectante ni qué nada. A medida que caminaba por esos pasillos repletos de heridos, contusos, quemados, fracturados, intoxicados, la amalgama de olores húmedos, pegajosos, me seguía recordando el barrio Matadero. El ruido ambiental también.

Un grupo de familiares, burlando la vigilancia del portero, había entrado a ver qué pasaba con los suyos. Se precipitaban encima de cualquiera que tuviese delantal blanco, preguntando a gritos por qué tanta demora en la atención de sus enfermos. El desorden era infernal. Dos travestis con heridas en la cabeza maldecían a un paramédico. Querían salir a lavar sus pelucas estropeadas por los coágulos de sangre y no les permitían hacerlo. No les puse mucha atención. Más allá, un médico explicaba a los familiares por qué el paciente de la peritonitis debía operarse de inmediato, mientras el del neumotórax, aunque de apariencia más grave, debía esperar el resultado de las radiografías. En medio de tanto rezongo y quejido, la voz del médico me sonaba como un pito monocorde y lejano. No veía al jefe de turno por ninguna parte. Me asomé a un box. Atendían a unos bomberos. Vestían sus trajes reglamentarios, pero de la cintura para abajo estaban desnudos: un grupo de señores impecablemente uniformados con el culo al aire. No pude averiguar qué carajo podía haberles ocurrido en aquella parte. El tiempo pasaba y el jefe no aparecía. En el siguiente box acababan de atender un parto prematuro. Del jefe, nada. Continué asomándome a distintas partes. En eso me detuvo una pareja desesperada. Según ellos, su hijo, un muchacho de quince años, yacía sin atender en una de las camillas, "con un balazo en el corazón". Me acerqué. No era en el corazón. Los tranquilicé. Puede esperar. Si fuera una perforante cardíaca estaría en el pabellón, les dije. Por fin divisé la cabeza rubia del jefe de turno, pero una estudiante de enfermería, casi una niña, me tomó del brazo. Ayúdeme, por favor, dijo, tengo un problema.

Iba a contestarle que buscara a otra enfermera, pero ella parecía angustiada, a punto de llorar. ¿Cómo negarme? La seguí. ¿Qué clase de problema?, le pregunté mientras caminábamos hacia los mismos boxes por donde yo acababa de pasar. Me contó que estaba realizando un lavado de estómago, que a lo mejor instaló mal la sonda, no estaba segura, pero cuando terminaba de aspirar, el émbolo de la jeringa había saltado desparramando el contenido gástrico sobre los pantalones del paciente. No podía creer que la chica estuviera tan afligida y además me hiciera perder el tiempo por unos pantalones sucios. ¿Y para eso necesitas ayuda, para limpiar un poco de mugre? Entonces la muchacha, con la cara roja, no sé si por el bochorno o por el calor que generaba tanta gente junta esa noche, me explicó que esos pantalones el paciente los había comprado en una tienda muy exclusiva, y más encima en el extranjero. ¿Y?, dije yo. ¡Quiere que se los pague ahora mismo! Habíamos llegado frente al box. La muchacha, con la cara más roja todavía, bajó la voz. Traté de disculparme, créame, le expliqué que era una alumna, pero no me escucha. Solo vocifera reclamando por sus pantalones. Me amenazó con una demanda, con llevarme a tribunales, con meterme a la cárcel. Dice que es un juez de la corte, alguien muy importante. ¿Un juez?, dije yo. ¿Un juez de qué corte? ¿Cómo puedes estar segura de eso? Al menos en la ficha, en el casillero de profesión, sale que es abogado, dijo ella. Abrí la cortina del box, solo un poco, lo suficiente para mirar en su interior y nada más. Un hombre mayor, sentado en la camilla, las manos en el borde, la cabeza inclinada, sollozaba. Su figura no cuadraba con la del juez de la corte

o el abogado furibundo descrito por la alumna. La sonda nasogástrica, que debía estar sujetada a su frente con tela adhesiva, colgaba desde una de sus fosas nasales hasta la entrepierna, como un tallarín largo y grueso. No solo tenía los pantalones manchados de un líquido verde, pastoso, con restos de comida: los zapatos también. Cerré la cortina. A las alumnas en práctica no se les permite realizar procedimientos sin la presencia de un docente. Y tu instructora, ¿por qué no te supervisó?, le pregunté. Me explicó que habían ingresado varios niños quemados, todos graves. A la docente le pusieron los pelos de punta los gritos que pedían ayuda, y consideró que su presencia allá con los niños sería mucho más útil que supervisarla a ella, que por lo demás ya había hecho antes un procedimiento similar. Tampoco era cosa de esperar el regreso de la docente, porque el caballero se había tomado dos frascos de somníferos y se podía choquear. Para, para, para, le dije. ¿El paciente es un suicida? La chica asintió con la cabeza. ¿Llamaste al psiquiatra? La pregunta era inútil, se veía en su cara que la idea no le había pasado por la mente. Luego de reflexionar un rato, dijo: Si quería matarse, para qué hacer tanto escándalo por unos pantalones. Y me miró buscando un gesto de aprobación a sus palabras. No sé, dije, supongo que para nadie resulta agradable volver a esta mierda de vida con vómito en los pantalones. Yo estaba molesta. A esas alturas, el jefe quizás dudaría de dónde andaría. Marca en el intercomunicador el 110, di que necesitas con urgencia al psiquiatra, y tú, niña, no vuelvas a entrar al box por ningún motivo. Cuando volví, la cabeza rubia del jefe seguía en el mismo lugar. Lo rodeaba un grupo de hombres vestidos de

futbolistas. Ninguno parecía sobrio. Indicaban con el dedo a una muchacha joven, una adolescente que sollozaba sentada en una de las bancas y se cubría la mejilla derecha con la mano. El conviviente le había clavado en el pómulo un anzuelo para pescar sierra. Llevaba tres horas esperando, sin ser atendida. Dejaste a mi hermana marcada para siempre, oí decir a uno de los futbolistas. Luego vinieron los insultos y un puñete que el médico jefe no tuvo tiempo de esquivar: le llegó en plena cara. Me habría quedado a presenciar el desenlace, pero no me quedó otra que volver corriendo al pabellón y ver cómo me las arreglaba sin instrucciones.

Arriba, en los pabellones, el caos era de otro tipo. Se podía oler la adrenalina de los cirujanos reparando estómagos perforados, suturando intestinos, extrayendo balas. El orden lo tenía que imponer yo, la enfermera jefe, pero manejar una confusión como la de esa noche no era algo que me hubieran enseñado mis años de trabajo en los hospitales suecos. María Rosa, viene una perforante torácica. María Rosa, un politraumatizado al quirófano tres. María Rosa, ¿por qué no llega el plasma? ¡Llame de nuevo al laboratorio! ¡Necesito urgente las radiografías! Las órdenes venían de todas partes. Mi cabeza funcionaba como un reloj; mi cuerpo le obedecía. Apenas alcanzábamos a desinfectar un pabellón y ya otra urgencia nos estaba esperando. Cerca de las cinco de la mañana, cuando amainó el temporal, yo no daba más, me sentía peor que el camillero: exhausta, reventada. Tenía por fin un minuto de reposo. Se me había instalado un zumbido en el oído izquierdo. Si me sacaba los zapatos no podría volver a meter los pies en ellos. Una cerveza

helada. Soñaba con dos, tres, cuatro cervezas. Tuve que conformarme con el sucedáneo de café de la sala de enfermeras, las piernas hinchadas sobre la mesa y la lectura de un *Condorito* antiguo. En eso estaba, añorando el sopor de las cervezas, cuando sentí el grito: ¡Viene la traqueotomía, María Rosa, es una hemorragia masiva en un cáncer de laringe! Un paciente de las salas de hospitalización se asfixiaba por una obstrucción respiratoria. Alguien debió haberme avisado antes. En fin. Dejé el vaso, la revista, y entré corriendo al pabellón. Los médicos ya estaban lavándose. ¿Fue producto del caos de esa noche? ¿Fue mi cansancio? Vaya uno a saber qué fue (en todo caso, ¿habría sido distinto?), pero no revisé la ficha clínica. El nombre de ese paciente quedó escrito en un papel, dentro de una carpeta, encima de un escritorio. Cuando abrí las puertas batientes del quirófano, la camilla pasó detrás de mí. Alguien me jaló el delantal y aprisionó mi mano. Las yemas de mis dedos reconocieron su tacto al instante y entonces giré la cabeza. Era él. Me solté dando un tirón. Era él. Me aparté a una esquina. Un auxiliar probaba la máquina de anestesia, abriendo y cerrando la llave de paso de los gases. El ruido se fijó en mis tímpanos, como el de un globo desinflándose, se mezcló con el zumbido del oído izquierdo. Estaba mareada, perdiendo el control. Me concentré en la lámpara que colgaba encima de la mesa de operaciones. Mis pupilas no resistieron la potencia de los focos, me encandilé. Con los ojos nublados veía las paredes avanzando hacia mí. Todo se me venía encima: las máquinas, las mesas, la gente. Oía gritar ¡clave azul!, ¡clave azul! Sabía que el paciente estaba en paro, pero yo,

a punto de ser aplastada, absorbida por esa masa de emociones girando a mi alrededor, era incapaz de reaccionar. No pude evitar salir corriendo. Tenía que esconderme. No quería que me vieran paralizada de esa manera, temblando, helada. Me metí al baño. Me desplomé sobre la taza. ¿Por qué él? Despues de tantos años. ¿Por qué encontrarme justamente con él? Pero sí, debí pensarlo, suponerlo: podía ocurrir, por qué no. El mundo es pequeño. ¿Por qué nunca imaginé esa posibilidad? O la imaginé y, tal vez, había vuelto solo para esto.

4

Nuevas costras que le pican empiezan a cubrir las heridas donde el hombre escarbó. Al menos no duelen. Excepto por la persona que le trae las comidas, no ha visto a nadie. No sabe qué le pasa. No sabe qué es lo que pretenden. Duerme la mayor parte del tiempo. Sueña con su casa, sus padres. A veces son pesadillas y se despierta en medio de la noche. Lo sabe por el ventanuco que da a un patio interior. También ha contado baldosas, las blancas y las negras, las ha multiplicado y dividido. Ha jugado partidos de ajedrez caminando encima. ¿Cómo sería vivir para siempre en un baño? No tan malo: puede asearse con agua caliente, puede disimular los ruidos angustiantes con el murmullo de las llaves abiertas. Ayer mantuvo el agua corriendo. A nadie parece importarle lo que ella haga en ese baño donde el hombre la dejó después de aquel primer día. ¿Cuánto tiempo me van a tener aquí? ¿Qué esperan? ¿Tiene orden de no hablarme? ¿Por qué no me contesta? El tipo con el plato en la mano la escucha sin mayor

atención. Se parece al turco de la paquetería de Limache, pero con el pelo más corto. ¿Qué podría hacer para que le responda? Espera a que cierre la puerta con llave para gritarle: ¿Por qué? ¿Por qué no me responde? ¡Ah? ¡Hasta cuándo voy a estar aquí! ¡Dígame, pues! Lo hace por costumbre, sabe que no habrá respuestas. El otro día, en la tarde, la comida la trajo un tipo distinto, más joven, mejor dispuesto. Se atrevió a tomarle la mano, a decirle: ¡Por favor! Puede casi jurar que el muchacho vaciló, que había lástima en su mirada, pero se retiró sin abrir la boca, igual que el otro. Se pregunta si no saben nada o si tendrán miedo, igual que ella.

A medida que pasan los días va perdiendo las ganas de comer. Cuando una capa de aceite solidificado cubre los porotos con riendas, los arroja al wáter y tira la cadena. Ya no hace preguntas. Tampoco pega la oreja en la puerta ni cuenta baldosas. Apenas se baña. Pasa el tiempo echada, tirada en el camastro, con la cara vuelta hacia los azulejos.

Entonces regresa el hombre. Lo huele antes de verlo. Me dijeron que la muñequita no estaba comiendo, dice. ¿Cómo es eso? La salvé para que estuviera contenta y ahora se quiere morir. No, pues. Sentado junto a ella le acaricia el pelo, la cara. Yo la necesito hermosa. Con el dedo repasa las cicatrices que han dejado las costras. ¿Vio como el tratamiento le hizo bien? Ni rastro va a quedar de lo que le hicieron esos infelices. Ahora quiero que se siente y coma, ¿ya? ¿No quiere moverse? ¿Está amurrada, la muñeca? Mire, para que vea lo importante que es usted para mí, le voy a contar: fui a Limache. ¡Ah! Le interesó mi historia. No. No se preocupe. Sí, por ahora los papitos están bien. ¿Sabe lo que

iban a hacer estos imbéciles? Una bomba. Querían poner una bomba en el taxi del papá. ¿Se da cuenta? Tuve que viajar, ir hasta allá. Les dije que si alguien le toca un pelo a la familia de mi muñeca, se las va a ver conmigo. Pero no voy a estar viajando todo el tiempo, ¿verdad, perra de mierda? Como una pluma la levanta del camastro. La tira en la silla. Le hunde la cara en los porotos. La levanta. La hunde nuevamente. Ella parece un mono con esa maraña de pelos y la cara amarilla. Conque no quieres comer. ¡Límpiate la cara con las manos y empieza chupándote los dedos! Ella obedece. Bien. Ahora la cuchara. Ella la toma y empieza a comer. Para tragar se ayuda con pequeños sorbos de agua. Bien, muñeca, bien. Así me gusta. Cuando el plato está a la mitad, el hombre la detiene. Ya pues, no se me entusiasme, no se me ponga mezquina. Yo también tengo hambre. Ella toma la cuchara y le ofrece. No pues, mi reina. ¡Yo soy el Príncipe! Los príncipes comemos en plato especial. ¿No te gustaba estar acostada todo el día? ¿Acaso no te encanta estar echada? La empuja sobre el camastro. Se monta sobre ella. De un solo tirón le arranca la blusa. Le saca el sostén. ¡Qué pechos más lindos, muñeca! ¡Cómo se va a querer morir! ¡Hay que aprovechar esos pezoncitos! El hombre toma el plato de la mesa, lo da vuelta encima, se lo restriega en la piel desnuda. No la estoy quemando, ¿verdad? Nooo. Si ella se niega a comer, la comida tiene que estar fría. ¿Está fría, la siente fría, muñeca? La mazamorra se escurre, se desparrama por el cuerpo hasta llenar el hueco del ombligo. Ahí mete el hombre la lengua. Excitado, resopla, sorbe el alimento. Nuevamente la lengua fibrosa que lame como perro. Así le gusta comer al

Príncipe. Está agitado, frenético. Usted tranquila, no se mueva. Prendido a un pezón, succiona, lo muerde. Mama de uno y del otro, alternadamente, hasta acabar con un espasmo, con un grito, un aullido. Luego, silencio. Ella, con él encima, espera inmóvil. Poco tiempo, dos o tres ronquidos. El hombre se incorpora cerrando la hebilla del cinturón. Se portó bien, muñeca. Como una reina. Pero tenga cuidado. Los muertos no comen y yo la salvé para que viva. Oiga, su pueblo me pareció una mierda. Así que la próxima vez no viajo a Limache. Si quiere tanto a sus papitos, piénselo.

5

Los turnos se entregan antes de las ocho, pero como yo nunca tenía apuro y mi vida era el trabajo, lo hacía normalmente media hora más tarde. A veces me demoraba incluso más. Las colegas se aprovechaban de esa costumbre mía. Nada de marcar la tarjeta ni cambiarse de ropa a la carrera, nada de entrar al pabellón sin tiempo ni para saludar. Podían hablar de la teleserie de anoche, de sus familias. Qué médico se metió con tal enfermera o dejó a no sé quién. Conversaciones banales, pero relajantes, que yo echaba de menos. Nunca me incluían. Esa mañana, cuando me dirigía a la sala de enfermeras, el reloj de la pared marcaba las 8:00. Así que anoche la puta se trastornó y salió arrancando en medio de un paro cardíaco, oí desde la puerta. Luego las risas. La puta era yo. Pensé en devolverme y regresar a la hora de costumbre, pero mi cuerpo no resistía un minuto más ahí dentro. Después de encontrarme con el hombre, había sudado tanto allá sentada en

el wáter, que tenía la ropa interior húmeda todavía. La taquicardia, a pesar del calmante que me tomé, no había cedido, todo lo contrario. Entré a la sala como si dentro de mí cargara una caldera, de éas antiguas que siempre parecen a punto de explotar. Vengo a entregar turno, dije. Ninguna de las cuatro enfermeras tenía el uniforme puesto. Se quedaron así, a medio vestir, en sostén y calzón, mirándome sin decir palabra. Me costaba creer que esas mujeres semidesnudas transmitieran tanto reproche. ¿Quieren saber lo que me pasó anoche? No lo dije, pero lo pensé en mi mente. ¿Por qué estoy así, pálida y sudada? ¿Por qué estoy entregando el turno antes? Nada. Yo también, tratando de no estallar, guardé silencio. En mi primer encuentro con ellas había sido lo mismo. A las personas les llama la atención mi cara con cicatrices, es obvio, pero en general preguntan directamente qué me pasó, o bien disimulan. Mis colegas no. Las recuerdo frente a mí, petrificadas, los ojos fijos, mudas. Me daban ganas de gritarles: ¡tóquenme las cicatrices, mierdas, métanles los dedos! Nunca dijeron nada al respecto. No me querían. No perdían oportunidad de hacerme sentir como una advenediza en esa especie de feudo que son los pabellones de la Posta. Claro, aparecer de la nada a trabajar en el lugar más apetecido del servicio, y con el cargo de jefa, eso molesta a cualquiera. La Dirección leyó la reseña de mi experiencia laboral en el extranjero y de inmediato me destinó a los pabellones. Estaba mejor calificada para ocupar la plaza que cualquiera de ellas. Vengo a entregar turno, repetí. Hoy no me siento bien, ¿quién lo recibe? La jefa se puso el uniforme con rapidez y me acompañó a repasar las novedades. La

válvula de la caldera saldría volando en cualquier momento. Lo presentía en el golpeteo de la sangre en mis sienes. Me costaba hablar. Fue una noche de locos, dije para justificarme. Ella contestó, como al pasar: Así supe. El resto, la parte que correspondía a mi lamentable actuación, lo dijo con las cejas, con el modo en que frunció la boca, con unos movimientos de hombros hacia atrás como de gallina clueca. Las cinco cajas de instrumental de torácica están en esterilización, dije, pero dejé dos cajas de abdominal preparadas con separadores costales. Las cajas de torácica estarán listas a las diez, no creo que en una hora vayas a necesitar más. Luego seguí con la lista de medicamentos que se habían pedido a farmacia, los exámenes pendientes, la reposición de los gases de las máquinas de anestesia. Estaba por terminar con la parte de insumos, a punto de comenzar la entrega de pacientes, cuando se me atravesó la misma sensación de muerte de la noche anterior, y el golpeteo de la sangre en la sien izquierda se hizo insoportable. No era capaz de referirme a él ni con los pensamientos. Mira, no sé qué me pasa, dije, algo que comí me debe haber caído mal, ¿tú podrías leer sola la evolución de los pacientes de anoche? Necesito irme a mi casa, parece que tengo fiebre. Dijo que por supuesto, que por qué no me hacía ver por un médico. Todo en un tono irónico que yo acentué dándole las gracias en forma efusiva, pero a la rápida. Tenía que salir de ahí. Me saqué el uniforme y me vestí. Caminé sin mirar, sin despedirme de nadie. Salir. Salir de ahí era lo único que quería.

Pasé por la sala de espera. Salvo por el personal de aseo, que acarreaba unos tachos repletos de basura, no había rastros de aquella noche caótica.

Afuera, en la calle Portugal, me recibió una ciudad fría, de cielos plomizos. En el paradero algunas personas vestían impermeable o llevaban paraguas. Habían anunciado lluvia, seguro, pero en ese momento no me importaba que me cayera encima una tormenta. Para tranquilizarme decidí caminar hacia el departamento.

Llegué a la esquina de Curicó con Lira. Medio escondido en un pasaje, entre una reparadora de calzado y un lavaseco, estaba *La Urgencia*, un bar restaurante que nunca supe a qué hora cerraba sus puertas, si es que lo hacía en algún momento. No tuve dudas, era lo que necesitaba. Entré, me acerqué a la barra y pedí un pichuncho. Me lo tomé de un trago. El cantinero no dijo nada, pero abrió unos tremendos ojos. Pedí otro. Cuando me empinaba el segundo, me di cuenta: en ese bar de mala muerte yo era la única mujer. El sorprendido no era solo el cantinero. También el mozo, los hombres de la barra, los de las mesas, todos esos tipos que ya a las nueve de la mañana están ahí, apretando un vaso con la mano. Todos habían hecho un alto y, salvo unos muchachos con uniforme de colegio que jugaban pool en el fondo del local, me miraban como si yo viniera de otro mundo. No me importó. El pisco con Martini me raspó la garganta y el esófago. No había tomado desayuno. Fue como un sedante a la vena que agradecí con una sonrisa, una sonrisa idiota, pero que al cantinero le gustó. Trajo un pocillo con pichanga. Para la dama, dijo, la casa invita. Mirándolo, pensé en uno de los tacos de pool con que los chicos jugaban: era muy flaco. Un mandil negro, ajustado en la cintura, y un suéter de cuello alto, negro también, acentuaban su delgadez

y, no sé por qué, me pareció de pronto que era un hombre triste y que, como yo, también tenía problemas con la comida. Le agradecí la pichanga. No tenía ganas, pero igual mordí un trozo de queso. Él sacó un pepino. Para el resto de los presentes yo había dejado de ser una curiosidad. Éramos el cantinero, yo y el señor del taburete: un hombre mayor, de chaqueta, pantalón de tela y maletín en el piso. Desde que me senté no había dejado, alternadamente, de mirarme a mí y a su vaso de malta con huevo. Sin preguntar nada, estiró la mano y también sacó un pepino: tres personas unidas por un pocillo de pichanga. Entonces dije: ¿Qué me hizo pensar que en Chile iba a sentirme menos sola? Acá la cosa es igual o mucho peor que en Suecia. ¿Cómo dijo la dama?, preguntó el cantinero. Les conté que había vivido varios años en Uppsala y Estocolmo. El señor del taburete dijo que su sueño era salir algún día fuera de Chile. Luego recitó un poema acerca de lo solos que se quedan los muertos. Yo sabía que no era de Rubén Darío, como él afirmó, mal que mal mi madre es profesora de castellano. Pero me quedé callada. También me preguntó cuándo y por qué había vivido yo en Suecia. El cantinero limpiaba a cada rato a mi alrededor, con un paño tan sucio, que cada vez que lo pasaba, me daba una especie de escalofrío. Entonces me imaginé rostros atrapados entre las manchas del trapo, espectros, no de color blanco como los piensa todo el mundo, sino de color negro, que para mí es el color del miedo: cuando los parlantes anunciaron que estábamos a punto de aterrizar en el aeropuerto de Estocolmo, sentí de pronto que iba a morirme. No podía respirar, me dio taquicardia, comencé a sudar. Grité: ¡Me asfixio, me ahogo! El muchacho que viajaba a mi lado trató de

intervenir tomándome las manos. Yo no aguantaba más en ese lugar tan estrecho, necesitaba aire, un espacio abierto. No sé cómo pensaba escapar de un avión en vuelo, pero pasé por encima del muchacho y salí al pasillo. Una azafata me llevó a la última fila de asientos, tomó un pequeño balón de oxígeno y en un segundo me colocó la mascarilla. Fue peor. La bolsa plástica se inflaba y desinflaba, oía que el aire entraba y salía, pero con esa cosa en la cara me sentía prisionera. Creo que me desmayé. Me bajaron en silla de ruedas. En la enfermería del aeropuerto me inyectaron un sedante. Por lo visto, "sedar" significaba para los suecos algo diferente de lo que yo había aprendido. Mi destino final era la ciudad de Uppsala. No tengo la menor idea de cómo llegué allí. Mi último recuerdo de ese día es el dolor que me provocaba el líquido entrando en mi vena.

El señor del taburete mencionó a un vecino: Desde que lo dejó la mujer, nos dijo, no se levanta de su cama, tiene miedo de morirse en otro lugar. Los hijos han hecho el esfuerzo de pagarle un médico a domicilio, pero él se niega a recibirla y dice que los que estamos locos somos los demás que, sabiendo que nos vamos a morir, seguimos como si tal cosa, saliendo a la calle sin la menor preocupación de que la muerte nos pille fuera de nuestra cama. La cama de uno, dice, es el único lugar decente para morir. Es que el miedo es cosa seria, dijo el cantinero. Una prima mía que fue abusada cuando chica quedó tan atravesada con el sexo que nunca se animó a pololear y terminó de monja, ¿podrían creer ustedes una cosa así? El señor del taburete no dijo nada. Y yo, ¿para qué iba a referirles a esos hombres más cosas acerca del miedo, la soledad o la pena?

El cantinero se fue a atender a unos clientes. El señor del taburete y yo nos quedamos pensativos, con los vasos en la mano. Cada cierto tiempo él sacaba del pocillo de pichanga un trozo de fiambre o un pepino. En Uppsala, cuando llegué, me esperaba un grupo de chilenos. ¿Qué pensarían de mí? Conmigo solo se quejaban del tiempo, de las comidas, del frío mortal de ese país de mierda. Podían hablar horas sobre la calefacción central, tan económica, tan diferente el sistema a las estufas a parafina de las casas chilenas. Nunca me hicieron preguntas de alguna trascendencia, supongo que para no preocuparme más. Inventaron un sistema de turnos para no dejarme sola durante el día. Pero a pesar de tantos cuidados, yo empeoré. Cada día la sensación de asfixia aumentaba. Decidieron llevarme al hospital. El diagnóstico fue contundente: crisis de pánico. Me asignaron una siquiatra brasileña, creo que porque Brasil era lo más cercano a Chile que identificaron en el mapa. No es una crítica. Al contrario. Tengo plena conciencia del esfuerzo que hacía el personal sueco por ayudarme. La doctora era una mulata de trasero grande, con los rizos teñidos de rojo. Cuando supo que venía de Chile me miró con ternura, casi con cariño. No fue una simple acogida profesional. Recordé a mi madre en esa mirada. Meu nome é Clarice, me dijo sonriendo. Me cayó bien desde el principio. Mezclaba el español con el portugués y, más que hablar, gesticulaba. Las dos movíamos la cabeza, las manos, el cuerpo entero. Me prescribió sicoterapia tres veces por semana. La pantomima que hacíamos para darnos a entender, ahora, a la distancia, me parece cómica, pero entonces yo no estaba para risas. Además, todo

eso me resultaba agotador. A los dos o tres meses suspendí las sesiones. En todo caso, los medicamentos que me recetó surtieron efecto desde los primeros días. Las crisis de ahogo cesaron. Pude empezar a aprender el idioma, asumir el cargo de enfermera que me ofrecieron, desligarme de los chilenos y mudarme de Gottsunda. El señor del taburete me escuchaba atentamente. Cuando volví a Chile, le dije, al principio fue estimulante, alentador, escuchar el tráfico, el bullicio, el acento chileno. Me parecía una fiesta de éas con banda que a veces organizaban en la plaza de Limache. El cantinero ya había vuelto, y me preguntó por qué Limache y no otro pueblo, pero yo me hice la que no le oía. Luego la contaminación, la suciedad, las caras tristes de las personas en los paraderos de micros, dije, todo eso fue apagando la fiesta. Ahora, cuando camino hacia mi trabajo me envuelve un silencio más profundo que el de las calles con nieve de Suecia, porque ése de allá es verdadero y aquí simplemente yo dejé de escuchar. Y, por lo visto, a pesar de compartir el idioma con mis colegas, dejé de hablar. La puta. Así me llaman. Me quedé otro rato callada, esperando que me preguntaran por qué me decían así, pero habrán pensado que ya tenía suficientes problemas como para, más encima, agobiarme con preguntas incómodas. El señor del taburete aprovechó para llenar nuevamente de malta con huevo su vaso y luego me pidió que por favor continuara mi relato. El soñado regreso. Ninguna de mis expectativas se ha cumplido, dije. ¡Ninguna! ¿Ustedes saben que allá, en Suecia, en el invierno se oscurece a las tres de la tarde? El cantinero no lo sabía, y afirmó que él sería incapaz de vivir en un lugar así. Ni aunque le

pagaran. Le conté que permanecer tantas horas bajo la luz artificial me irritaba los ojos, me lagrimeaban, y para enjuagarlos debía tener siempre bolsas de pañuelos en la cartera, y que era por supuesto un fastidio. Durante esos meses parecía arrastrar un duelo eterno, dije. El señor del taburete comentó que a él ese espectáculo de los parques con nieve, los edificios con nieve, las calles con nieve, le parecía un sueño o una película. El invierno sueco, agregó, debe ser maravilloso. No le dije que no, pero para mí era como mirar bellas imágenes en una película con un mal argumento. No toleraba el frío. A veces me detenía a observar a los que patinaban: hombres, mujeres, niños, familias enteras haciendo piruetas sobre el hielo, con cara de felicidad. No podía entenderlos. Lo único que conseguía era entumecerme más, y esas tardes, cuando llegaba a mi departamento, a pesar del ambiente tibio, agradable, no paraba de tiritar. Nunca me acostumbré. Al contrario. Pasaban los años y en mi imaginación el sol de Chile crecía y crecía. Entonces el cantinero contó que había tenido que dejar un trabajo con muy buena paga en un frigorífico por exactamente la misma razón y que me entendía perfectamente. Sin que yo se lo pidiera, me preparó otro trago. Me lo fui tomando a sorbos pequeños. El departamento que arrendé en Santiago a mi vuelta, dije, pasó a ser una broma macabra, una ironía del destino. Una frase que, con la lengua traposa como la tenía, me pareció del todo patética, pero a ellos solo les despertó la curiosidad por saber dónde vivía. Aquí, en las torres San Borja, cerca de mi lugar de trabajo, como yo quería, pero en el piso menos uno, o sea, mi departamento ocupa el zócalo del edificio.

Además de oscuro es helado, y tan húmedo que a la semana aparecieron manchas de hongos y la pintura de las paredes se descascaró. El señor del taburete preguntó por qué no me buscaba algo mejor. Les conté lo que ganaba una enfermera aquí en Chile. Hasta para calentarme tengo una estufa económica, me deja pasado el ambiente a parafina, pero qué le voy a hacer. A veces me bajan sueños de grandeza, compro el diario y busco un arriendo en los avisos clasificados: imagínense, hago un círculo rojo en los departamentos con calefacción central. Largué una risita nerviosa, pero la verdad es que era de borracha completa. El señor del taburete no entendió nada y se mandó una perorata en contra de la CUT por lo mal que defiende el salario de los trabajadores chilenos. Mientras él hablaba me puse a pensar que iba a cumplir un año en Chile y que de la cabeza, de mis obsesiones, seguía igual. Y del cuerpo estaba peor. Parecía un esqueleto. Pesaba cuarenta y cinco kilos. En los bares de Uppsala me había acostumbrado a la cerveza. Me gustaba el sabor amargo que me dejaba en la boca y la facilidad con que se deslizaba por la garganta. Aquí me dio por no comer. En los turnos de noche daban una colación: una taza de leche, una marraqueta y un huevo duro. El personal estaba obligado a traer comida desde sus casas. Eso de acarrear viandas no me gustó nunca y caminar por algo tan escuálido hasta el casino, al otro extremo de mi lugar de trabajo, me pareció una soberana pérdida de tiempo. Tampoco lo hice. Descubrí que perfectamente podía pasar toda la noche sin comer. No me hacía falta. Al contrario, me sentía más liviana, más ágil. Muy pronto dejé de comer también en la casa. Me bastaba

un bocadillo de tanto en tanto, y eso. Mi compra del supermercado prácticamente se reducía a latas de cerveza: casi me alimentaba de pura cebada. Cuando me miraba al espejo, imaginaba esos últimos frutos colgados, arrugándose al sol, en los árboles de mi casa paterna, esa casa que pasaba y pasaba el tiempo y yo tampoco me atrevía a visitar. De repente me largué a llorar a moco tendido. El señor del taburete dejó su sitio, se paró a mi lado y con cariño me daba pequeños golpes en la espalda, como los que les dan a los recién nacidos para que expulsen flatos. El cantinero, nervioso, me alcanzó unas servilletas de papel. ¡Estoy aterrada!, grité. En el turno de anoche me encontré con él, ¿no se dan cuenta? El señor del taburete detuvo los palmoteos y me preguntó que a quién me refería. Al Príncipe, dije yo. ¡Anoche me encontré al Príncipe en persona! Al Príncipe. Y seguí llorando, con desesperación. El cantinero levantó las cejas y dijo que a lo mejor ya era hora de que me fuera. Váyase a dormir una buena siesta, dama, dijo. Me negué a irme. Tal como intuí en la mañana, estaba lloviendo, y prefería esperar a que escampara. Pero entonces ellos, porque también estuvo de acuerdo el señor del taburete, decidieron llamar a un taxi. Me subieron entre los dos y el cantinero dijo que si otra vez me sentía sola podía pasar a buscarlo; él trabajaba ahí hasta las ocho no más, en una de éas podíamos ir al cine. O a pasear. Claro, él no sabía lo que me pasaba a mí con los hombres.

Al día siguiente mi desayuno fue un café negro y un vaso de agua con dos sobres de sal de fruta. Hice lo mismo que hacía siempre en mi día libre. Bajé, conversé un rato con los taxistas de los colectivos, compré el diario y regresé al departamento. Pero ya

estaba decidida. No fue un ataque de coraje o de repentina fortaleza, solo un impulso irresistible que me arrebató el juicio: tenía que ir a verlo. Enfrentarlo una vez más. Convencerme de que el hombre yacía derribado en una cama. Me duché con agua fría y partí. Ya me las arreglaría inventando alguna excusa para justificar qué hacía en la Posta si era mi día libre.

6

En el ventanuco se ven estrellas. Es la primera vez que el hombre acude a estas horas. ¿Por qué? No lo sabe. Tampoco le importa. Para salvar a su familia, ella ha empezado a comer nuevamente. ¿Qué otra cosa podría hacer? Se ha acostumbrado a la cara, a los ojos amarillos, a las manos velludas. ¿También se acostumbra a la idea de vivir? En todo caso el hombre es el único contacto que tiene con el mundo. Los muchachos desaparecieron. Ahora es él quien la visita, el único. Vengo a verla de noche porque le traje un regalo, dice levantando una bolsa. Ella: ¿Un regalo? Sí, muñeca. Mete la mano y palpa, a ver si adivinas. Ella: ¿Qué hay dentro? El papel cruje ante la reticencia de los dedos. Él: ¡Mete la mano, concha de tu madre, y agarra!

Ella vacila, pero finalmente mete la mano hasta el fondo de la bolsa y palpa. Ha decidido enmudecer. Como las otras veces, sabe que cualquier cosa que diga será peor, que su palabra amplifica los cambios de carácter, que si obedece en silencio le irá mejor. Él: Los compré especialmente para usted, muñeca.

El hombre, arrodillado encima de la cama, observa excitado los gestos de la chica. ¿Qué son? Diga,

muñeca: ¿qué son? Ella toca unos objetos rugosos, blandos, tan blandos que al rozarlos con la uña se rompen. Piensa: ¿son animales muertos? Una humedad pringosa se desparrama entre sus dedos. No puede reprimir la mueca de asco. Él: ¿Y esa cara? ¿No cacháí, perra? ¡Entonces huele!

El tono de voz cambia, sube y baja como él, que se monta y se desmonta encima de ella. Ha retirado la almohada, las sábanas y las cobijas. A tirones le saca la ropa. Los botones de las prendas inmundas, ajadas, vuelan. Ella, inmóvil. Los muslos del hombre son dos tenazas de hierro que aprietan su tórax. ¡Huele, mierda!

Con el cambuchito pegado a la boca y la nariz, la sensación de asfixia aumenta. El papel se infla y desinfla. Se siente cobarde, ¿por qué no dejarse llevar hasta el desplome por esa negrura que ronda sus ojos? ¡Son higos, son higos!, grita con el último aliento.

La presión disminuye. Se saca al hombre de encima con un empujón. Claro, mi muñeca, adivinó. Son higuitos maduros que le traje. ¿No me contó que en su casa había una higuera?

No recuerda haberle mencionado el detalle de la higuera en la casa de sus padres. Pero hay cosas que se le pierden, se le confunden. No confía en sí misma. A veces no distingue los recuerdos de los sueños. Él: ¡Ya, ahora quieta! Sin dejar de mirarme, como me gusta a mí. Como nos gusta a los dos. Y sin empujoncitos.

¿Le gusta a ella? ¿Por qué se queda inmóvil mientras el hombre le revienta higos en los pechos? Al contacto de su lengua se le erizan los pezones. ¿De placer? ¿La excita oír al hombre acezando entre sus piernas?

Rellenando de aserrín una muñeca de trapo. Así lo imagina cuando el hombre empieza a embutir, frenético, los higos. Los aplasta entre sus dientes y luego los empuja. Como si su vagina fuera la tripa de un animal. ¡Animal! ¡Mil veces animal! Parece un cerdo con el hocico chorreando harinilla. Estaba errada. ¡Odia esos labios que rezuman pulpa de higo!

Se revuelca en la cama como poseída. Necesita huir. Al hombre ya no le quedan higos. ¿Por qué no salta de esa cama? Siente sus entrañas ahítas, a punto de reventar. Aúlla de dolor. El hombre trabaja con su lengua, subiendo y bajando. Se relame con los higos. Los pelos del bigote hieren los labios de la vulva. Se detiene en el inicio de su hendidura, succiona como si quisiera arrancar el clítoris. El hombre continúa chupando, alimentándose hasta el orgasmo, hasta explotar, ahí, con la cara entre sus piernas. ¿Y ella adónde fue a perderse? Solo emite un pequeño suspiro al dejarse llevar por esos movimientos rítmicos, liberadores, que la adormecen.

7

Está bajo la ducha. No piensa en la noche anterior. ¿Cuándo dejó de pensar? ¿Fue cuando apareció el hombre? No logra precisar el momento. Se concentra en el jabón. La espuma resbala desde el pecho al ombligo, se enreda en los vellos del sexo, se dispersa bajando por las piernas. Decide actuar: cierra los ojos y puja. No soporta la idea de acarrear la fetidez si los restos de fruta se descomponen en su interior. Presiente que aún hay más, que no todo cayó en el retrete. Ahora, en cuclillas, puja

sin decidirse todavía a introducir los dedos. El agua continúa transparente entre los pies. Entonces, con el índice y el anular lubricados de jabón hurga en su interior hasta encontrar el bulto blando de fruta mascada. Desesperada, raspa con las uñas. Nunca parece suficiente. Siempre quedan restos entre las rugosidades de la vagina. El agua se tiñe de violeta, se mezcla con trozos de pulpa rojiza, con porciones oscuras de la piel de los higos. Ella se detiene solo al ver que entre sus pies hay más sangre que agua. Un remolino turbio, indeciso, gorgotea tratando de escapar por la rejilla del desagüe.

8

Averigüé: estaba en la UTI. La UTI era pequeña, tenía solo tres camas por lado. Pero yo no lo veía. A lo mejor hubo una equivocación, me informaron mal. ¿Se habrá muerto?, pensé. Recorrió nuevamente la sala con la mirada. En el escritorio, una enfermera revisaba historias clínicas. Me acerqué. Una traqueotomía de urgencia en un cáncer laríngeo, operado ayer, ¿falleció?, pregunté con un hilo de voz. Me miró con cara de lástima sin contestarme nada. Sin duda, le había llegado el chisme de que salí corriendo en medio del paro cardíaco. Fui una tonta al pre-guntar si murió. Luego pensé que no. De qué otro modo podría explicarse mi interés en el paciente: tener mala conciencia por mi desastrosa actuación profesional de ayer me convenía. ¿Falleció?, repetí con voz firme. Me contestó: Aún no. ¿Quieres ver la evolución? Es el de la cama seis, dijo, y me pasó la ficha. La tomé y, para disimular la inquietud que casi no me dejaba respirar, di vuelta las hojas con

el ceño fruncido, como si estuviera concentrada en la lectura.

Me acerqué a la cama seis con la ficha agarrada a dos manos sobre el pecho, como una coraza. Con razón al entrar no lo había visto. El Príncipe que yo buscaba era, ahora, un cuerpo empequeñecido, desnudo, cubierto hasta la cintura por un trozo de sábana vieja. Solo se movía el tórax, una parrilla de huesos perfilados, abriéndose y cerrándose como un fuelle viejo, al ritmo que le imprimía el respirador. Tenía los labios cuarteados, resecos, torcidos hacia la comisura en una mueca de sonrisa falsa. En lugar de aquellos bigotes cuidadosamente recortados, había unas cerdas blancas, ralas, asomando entre las telas que sujetaban la sonda nasogástrica. Los dientes amarillos por la nicotina, manchados también de sangre, simulaban encías desdentadas. Con los párpados entreabiertos y las pupilas dilatadas por los sedantes que le permitían tolerar el respirador, sus ojos eran un par de huecos oscuros. Parecía una calavera. Sin embargo, yo vi allí a Emilio Krank. Era Emilio Krank, el halcón con sus alas desplegadas, listo para aterrorizar, picotear, desgarrar. Me acerqué a la colega, le entregué la ficha, le di luego las gracias y salí de la sala lo más rápido que pude.

Una vez en la calle, apuré el paso. Él también. No el veterano escuálido, jibarizado, acribillado de sondas y sueros, ahogado en su propia sangre. No el paciente que yacía en la cama seis de la UTI. No, ése no. El que me perseguía, el que iba tras de mí, era el otro, el verdadero Príncipe. El recuerdo de sus ojos amarillos me daba vueltas en la cabeza, me punzaba, haciéndome daño. Ese olor a alquitrán, a ferrocarril; la suavidad de sus manos, el timbre

de su voz cuando decía mi nombre. ¡Todo había vuelto! Tenía que escapar. Iba con la vista al frente, sin saber adónde, casi corriendo. En el brazo, la cartera acompañaba mi tranco moviéndose para allá y para acá, golpeando a la gente, y a pesar de que algunos me miraban con rabia, molestos por mi mala educación, me importaba un pito y avanzaba cada vez más deprisa. Hasta que me detuvo el semáforo en rojo de Portugal con la Alameda, yo solo pensaba en huir. En esa esquina, al lado de la Casa Central de la Universidad Católica, había un puesto de flores. Nunca antes lo había visto. Esta vez, quizás porque mis pulmones trabajaban a toda máquina tratando de recobrar el resuello, o vaya uno a saber por qué, un fuerte aroma llamó mi atención. Era un olor dulzón a rosas. Como estaban en oferta las habían amontonado en unos tachos grandes, rodeando la totalidad del perímetro del quiosco. De pronto recordé el rosedal que había en medio de la plaza, en Limache, y me vi de pequeña, con mi familia, paseando. Pero qué estoy haciendo, pensé. El azar me había traído de vuelta a un enfermo. ¿Cuánto le quedaría de vida? ¿Tres meses? ¿Seis? ¿Un año, a todo reventar? Aspiré de nuevo el olor de las rosas. La cara de mi padre, la de mi madre, la de esa niña corriendo feliz en la plaza, se perfilaron en mi memoria con la nitidez de una foto. La muerte del Príncipe podía ocurrir en cualquier momento. Ésa era la realidad. Lo habían visto mis ojos. ¿Por qué huir? Al contrario. Algo tendría que cambiar dentro de mí con su desaparición. Finalmente. Me devolví al departamento caminando al paso de una persona cualquiera.

Frente al supermercado me topé con la fila habitual de radiotaxis. Algunos choferes esperaban su turno leyendo el diario o durmiendo dentro del auto; el resto miraba pacientemente una partida de ajedrez a un lado de la garita. Apenas me vieron, uno de ellos dijo que Raúl había salido a cumplir una carrera, recién no más. ¿Demorará mucho?, pregunté, necesito verlo con urgencia. Me contestó que era una carrera larga, fuera de Santiago, pero que igual le iban a avisar por radio de mi urgencia, y cuando dijo esto último se largó a reír. Todos, hasta los que jugaban ajedrez, concentrados, levantaron la vista del tablero. Riéndose. Me había ido a la cama con tres o cuatro de ellos, y hacía unas semanas que me acostaba también con Raúl. Dile que suba al departamento apenas llegue. Tengo una emergencia enoorme, dije, para seguirles el juego, como siempre, a esos idiotas. ¿Qué otra cosa iba a hacer? En ese momento la sensación de que todo iba a cambiar era solo un presentimiento vago. Caminé hacia el supermercado escuchando aún sus risas. Ni siquiera recordaba la cara de los tipos con que me acostaba. Mi modo de relacionarme con los hombres no era algo que me enorgulleciera, simplemente no podía evitarlo. ¿Cuándo empezó? En Suecia, por un buen tiempo, viví completamente aislada, sola, una ermitaña. Hasta aquel día que conocí al chico peruano, uno de los camilleros del hospital donde trabajaba, en Estocolmo. Ahí empezó. Lo hicimos encima de la mesa ginecológica. Luego, subiéndose el pantalón, me invitó a irnos juntos. A tu casa o a la mía, dijo. Lo rechacé. Era simpático, guapo incluso, pero no soportaba la idea. Él no lo podía creer. ¿Por qué?,

preguntaba a cada rato. ¡Arriba de la ginecológica estuvo genial, pues! ¡Nunca había sentido mejor! Tampoco yo lo podía explicar. Me sentía mal, asqueada. A él la experiencia lo tenía eufórico. ¿Por qué no quieres repetirlo si has terminado varias veces? Con las patitas en los estribos te me encajabas perfecto, amorcito. Le habría cerrado la boca de un manotazo. Estaba tan entusiasmado que ni cuenta se daba de mi rabia. Nunca más le pude hablar. La sensación de que mi cuerpo era solo una carcasa, mi alma un vacío desolado, no se apartaba de mí. ¿Por qué buscar hombres para llenar ese abismo? Fueron muchos: la colonia latina, compañeros del hospital, vecinos. Una vez me bastaba. No me sentía bien en una relación más larga. Me irritaba. Intenté cambiar. Recuerdo al vietnamita pequeño de piel transparente. A la tercera o cuarta vez de estar con él, me llené de manchas rojas, me enfermé. Buscando caras nuevas terminé recorriendo los bares como una puta de verdad. La idea de que los hombres pensaran que lo hacía por dinero y no por gusto me complicaba. Tenía que elegir cuidadosamente el barrio donde me iba a dejar caer: nada de “barrios rojos”. Luego me vestía y peinaba como una misionera. Llegando al bar, me sentaba en la barra con las piernas tan juntas que parecía no tener nada entre ellas. Pedía una cerveza. Revolvía el líquido amarillo largo rato con la punta del dedo. Lo retiraba lleno de espuma, lo lengüeteaba con fruición mirando fijo al tipo que me había servido la cerveza. El contraste entre mi pinta y lo lascivo del gesto no fallaba nunca. Muy pronto se acercaba un hombre a tratar de hablar conmigo. Luego, en la cama, venía el número de

la contorsionista. Era joven. Era ágil. Mi lengua se deslizaba hasta las partes más increíbles. Cuando recorría sus cuerpos con esa humedad caliente, ellos se volvían locos. Y al mismo tiempo, en lo profundo de mí, todo era árido y frío. ¿Qué buscaba? Es cierto que al terminar esos encuentros soñaba con la casa quinta de mis padres, el mar, la cordillera, y por un momento me sentía viva. Pero apenas despertaba, el hombre con que había estado me parecía una masa de carne peluda, fétida. Un monstruo del cual tenía que arrancar de inmediato para no volver a verlo. Nunca más.

Entré al supermercado. El camino hacia el anaquel de las bebidas alcohólicas lo conocía de memoria. Tomé un par de botellas de mi cerveza favorita. Luego di varias vueltas observando la mercadería. Me decidí por unas galletas en cuyo envoltorio decía "especial para cóctel". También compré aceitunas verdes y queso fresco. ¿Paga con efectivo, cheque o tarjeta?, preguntó la cajera. Lo hacía a propósito, estoy segura. Yo no tenía cheques, mucho menos tarjetas. Se lo había dicho varias veces antes, creo. Saqué unos billetes, pagué y salí con mi compra rumbo al departamento.

Cuando Raúl llegó, tenía todo dispuesto como para celebrar: la mesa con mantel, la cerveza helada, las aceitunas en un plato, canapés de galleta con queso. Hasta puse una rosa que había traído del puesto en un frasco de medicamentos. La flor con su perfume, a pesar de lo improvisado del florero, le daba al ambiente un toque de romanticismo. ¿Y a ti qué bicho te picó?, dijo Raúl. ¿Qué es todo esto? Nada. Me siento contenta, dije. Piensa que hoy es

mi cumpleaños, que estamos de fiesta. ¿Tu cumpleaños?, dijo y me miró como si de pronto me hubiera trastornado. Pero yo no abrí la boca. Él siguió: Nunca has querido saber nada de mí. Tampoco hablas de ti. Después del polvo me sacas de la cama con viento fresco. ¿No eres tú la que dice que esto es puro sexo? Eso era antes, contesté. A lo mejor fue muy bajo, porque no me oyó y continuó hablando de mi falta de sentimientos, de que antes de meternos en la cama yo ni siquiera le ofrecía un café. Quizás dijo "un vaso de agua", pero lo que trataba de decirme, en el fondo, era que yo lo usaba. Después, para dejar bien en claro lo extraña que le parecía mi actitud, largó una descripción detallada de las latas de cerveza, las aceitunas, los canapés y la rosa. Finalmente, con cara de ofendido, dijo: Lo mínimo que merezco es una explicación de qué es lo que está pasando. Me estaba haciendo una escena, no sé por qué se sentía con derecho. Cómo explicarle lo que había provocado en mí el encuentro con el Príncipe, si ni yo misma lo entendía. Quería hacer el amor con caricias, despertarme en la mañana abrazada a un cuerpo, quería... pensaba, no sé por qué, que esa noche iba a ser feliz. Raúl, dije, deja que te lo explique después, y para que se callara de una vez por todas, lo besé. Al parecer, esta nueva actitud le gustó porque, mientras tomábamos cerveza y comíamos, me contó del auto nuevo que pensaba comprarse, de la marca, de la cilindrada, y que a lo mejor entonces, dijo, con un auto más grande, moderno, podría integrar la flota de taxis del aeropuerto, que para él era como cumplir un sueño de toda la vida. Yo también dije algo de la vida y de los

sueños que me dejó con la boca abierta, no porque fuera una idea brillante ni mucho menos, sino por la sensación de intimidad que me produjo hablar de mí con otra persona. Mi padre también era taxista, comenté. Mira las coincidencias, dijo Raúl, y luego me preguntó si estaba vivo. Falleció de cáncer, mentí. No quería que Raúl me hiciera preguntas. No quería nada que interfiriera mi recuerdo. Antes mi familia se presentaba solo en mis sueños. Ahora, por segunda vez en un mismo día, la estaba viendo. Mi padre y mi madre en el taxi, en el asiento de adelante, mis dos hermanas y yo, atrás, con vestidos de vuelos porque era domingo, día de misa. Después comprábamos pan amasado, empanadas y helados para el almuerzo. No te pongas triste ahora, dijo Raúl y como para consolarme, supongo, me llevó en ese momento al dormitorio. Hasta ahí, hasta que me saqué la ropa, todo iba como yo lo imaginaba, pero luego, en la cama, mi fantasía se derrumbó. Mi cuerpo no estaba convencido, tenía su propia memoria y seguía prisionero. En cada poro que se estimuló, en la humedad, en la congestión, en la turbencia, continuaba la marca del Príncipe. Junto a mi amante, me penetró también él. Jugó conmigo, me separó en dos, nuevamente, y a pesar de gritar, de revolcarme, de sacudirme, de intentarlo todo, logró que mi orgasmo fuera vacío. Insípido. Además de puta eres loca, dijo Raúl cuando le pedí que se fuera en medio de la noche.

Desperté muy temprano, sintiendo que nada había cambiado. ¿Qué esperaba? Aún faltaba tiempo. Una simple visita no bastaba para convencerme del estado del Príncipe. Para que mi cuerpo se

liberara debía contemplar una y mil veces al halcón desplumado, tirado en esa cama, pálido, acosado por el dolor, exangüe por la hemorragia. Esa mañana me tocaba turno de día. Nos daban una hora libre para el almuerzo. Entonces iría a verlo. Nadie iba a sospechar. Yo casi nunca iba al casino, comía cualquier cosa, sola, en algún rincón.

Cuando llegué a la UTI, los médicos habían pasado recién la ronda y la enfermera, preocupada como estaba de las indicaciones nuevas, no se fijó en mí. Pasé directo hacia la cama seis. Rodeado por las bombas de infusión, los monitores, el respirador, en fin, esa maraña de instrumentos, apenas se veía. Me acerqué a su cara. Quería olerlo. Me mantuve un rato inclinada, esperando no sé qué. Solo sentí ruidos. El pito del electrocardiograma, el clic de los signos vitales apareciendo en la pantalla, el traqueo del respirador. Hasta las bombas de infusión que regulaban la cantidad de aminoácidos, de medicamentos que entraban a la sangre, seguían un compás, a 20 ml por hora, a 40 ml por hora, o a lo que hubieran calculado los médicos según el resultado de los exámenes. Escuchaba el respirador, miraba las pantallas, contaba las gotas de los líquidos que las bombas perfundían. La cadencia de todo eso me fue provocando un letargo extraño, una especie de ensoñación. Estoy en riesgo, pensé de pronto, en cualquier momento las cosas se me dan vuelta otra vez. Eso era. No podía arriesgarme a ver nuevamente al halcón. Regresé a los pabellones. No sé cómo pasó el resto del turno. Esa tarde trabajé, trabajé, trabajé. Al menor indicio del Príncipe en mi cabeza, volvía a trabajar. Pero cuando el turno terminó, me

encontré en la UTI, igual que a mediodía. Esta vez el hombre estaba despierto. Le habían retirado el respirador. Apenas me detuve en el umbral, buscando a mi compañera (ahora no me importaba lo que pensaran y sí quería saber detalles de su recuperación), intuí que él me estaba observando. Mientras recorría la sala, hablaba con mi colega, examinaba la ficha, podía ver, a pesar de estar de espaldas, cómo giraban sus ojos en las cuencas. Así, despierto, ese iris transparente aún se creía con poder. Me paré frente a él con las manos apoyadas en los barrotes de la cama seis, y de golpe lo comprendí: desde un principio él supo que yo estaría ahí, en la Posta. ¿Por qué querría verme en esas condiciones? Empecé a hacer como que trabajaba: controlé el pulso, la bajada de los sueros, la cantidad de orina. De pronto abrió exageradamente los párpados y jaló mi delantal. Lo hizo con un cierto ritmo, como si se tratara de una clave, un código telegráfico, daba tirones largos y otros cortos. Era obvio, sí, algo trataba de decirme, tiraba una y otra vez. Noté que en el velador tenía una pizarra pequeña, de éas que les regalan a los niños para hacer tareas, y un plumón negro. Dudé un momento. Aumentaron los tirones al delantal. Finalmente tomé la pizarra, el plumón, y se los pasé. Con dificultad garabateó unas letras. Me la entregó arrugando la frente. Me miró. Había escrito: “¡Máteme, tú puedes!”

No se me cayó la pizarra, tampoco me temblaron las manos. Mientras con la manga del chaleco yo borraba las letras, él me hablaba con la mirada. Casi no movía los ojos, no enarcaba las cejas, ni hacía gestos. Era su inmovilidad, esa mano caída al borde

de la cama en actitud de entrega, la que pedía y rogaba, la que me estaba suplicando que lo salvara del sufrimiento.

Di media vuelta, dejé la pizarra en blanco sobre el velador y me alejé de su lado sin decir nada. Cuidé mis gestos, mis movimientos. Quería que se diera cuenta de que ya no sentía miedo. Incluso, antes de irme, revisé las fichas que colgaban a los pies de las otras camas, con total indiferencia.

9

Hoy domingo despierta con el repique de las campanadas. Las oye como si estuviera a su lado. ¿Se imaginará la gente que acude a misa lo que ocurre cerca de esa iglesia? Se levanta de inmediato. En el piso, entre el camastro y la tina, ha descubierto que cabe perfectamente acostada. Comienza una tanda de abdominales: dobla y estira las piernas. Diez, quince, veinte veces. Continúa hasta que la camiseta con la que duerme queda empapada y el esfuerzo le nubla la visión. Se ducha. El ejercicio le ha acalambrado los músculos. Antes de vestirse los masajea con crema. Le agrada sentir cómo se absorbe en la piel reseca. Disfruta del aroma que por un momento se esparce por la pieza. Cuando le traen el desayuno o el almuerzo, come con apetito. Pasa el día leyendo. El hombre le trajo libros. *Mujercitas*, *La cabaña del Tío Tom*, *Jane Eyre*. La mayoría son títulos que alguna vez leyó. Mejor así: sin concentrarse, se introduce con rapidez en la trama. Se olvida de sí misma.

10

El ruido de la llave en la cerradura la sobresalta. Se incorpora. *La Odisea* cae al suelo, abierta en dos, con un golpe seco. Un eco mínimo, un instante de vida, y después silencio. Silencio absoluto que de inmediato pone en alerta su mente: es él. ¿Cuándo se hizo de noche? ¿En qué momento se quedó dormida? Como los domingos anteriores, el tipo viste blue jeans ajustados y polera negra. Con una mano sostiene la bandeja de plástico de la comida; con la otra, por el cordel, un paquete. En la penumbra, la brasa del cigarrillo en su boca es lo único que se distingue. ¿Leyendo a oscuras, muñeca? Cierra la puerta con el taco de la bota. Ni siquiera los domingos se las cambia. Deja la bandeja encima del camastro. Enciende la luz. Mira lo que traje, dice. Agita el paquete ante sus ojos: ¡Postre! El envoltorio huele a fruta, tiene manchas de grasa y la marca *Establecimientos Nuria* escrita en forma de caracol. ¡Ábralos, muñeca! Son pasteles.

Están sentados en el camastro, frente a frente. Los separa la bandeja con el plato de porotos y dos tartaletas de frutillas coronadas con crema chantilly. ¿No me va a dar las gracias? Gracias, susurra ella. No le oí, muñeca. ¡Gracias! Grita. Así está mejor. Ahora, ¡a comer! Toma la cuchara, la mete en el plato y se la ofrece. Ella abre la boca. Cada uno con la mirada fija en el lavamanos. La pastilla de jabón se encuentra encima de un trapo. Con ambos el hombre se restriega las manos, se limpia las uñas. Después las sacude con energía bajo el chorro de agua y las huele. Disconforme con el resultado, reanuda el proceso. Lo hace varias veces. Ella, encima del camastro, come con la cabeza gacha. Él, finalmente, cierra la

llave. Se acerca a ella. Como un padre amable ante su hija menor. ¿Terminó su postre, mi muñequita? Le acaricia el pelo. Entonces, coménteme sus lecturas. "La diosa Atenea decidió que era el momento de organizar la entrada de Ulises a la ciudad de los feacios", recita ella. Hoy no quiero saber nada del puto libro que se le antojó y que tuve que buscar por todo Santiago. Esta vez quiero las noticias de los diarios. Ella: No leí los diarios, seguí con *La Odisea*. ¿Y para qué te traje la prensa? ¿Qué fue lo que te dije la última vez? Yo, el Príncipe, quiero saber tu opinión acerca de lo que está pasando. ¡Aquí! ¡No en la puta Grecia! Se incorpora y aplasta el libro que yace abierto en el suelo. El lomo se hace añicos, las páginas se arrugan y crujen con la presión de la bota. Al fin habla. ¿Quién te trae libros o esas huevadas de cremas que se te antojan? ¿Quién te trae pasteles? ¿A quién le gustó esa carita? ¿Quién te eligió? ¡Usted, usted!, responde ella. Entonces, ¿por qué mierda no me haces caso? La levanta en vilo. La arrastra a la pared. ¿Qué es lo que pasa cuando no me hacen caso? Con su cuerpo la atraca contra el muro. Perdón, dice ella. La opriime aun más. El olor a maquinaria, a alquitrán que emana de su cuerpo la inunda. ¡Nunca más, nunca más!, dice mientras siente la orina tibia que escurre por su entrepierna. Esta noche no vamos a tener jueguitos, dice él, aflojando finalmente la presión. Ella pregunta: ¿Qué... qué va a pasar? Tranquila. Esta noche nos mudamos. ¿Creyó que la iba a tener aquí encerrada en un baño para siempre? Nos vamos, muñeca. Te has portado bien. Te ganaste un lugar mejor que éste, muchísimo mejor. La cambio de esta covacha a la pieza más grande de esta casa.

En la calle, al frente de la Posta, las funerarias y sus avisos de neón para atraer a los deudos estaban con algún desperfecto. Parpadeaban como sacándome pica. Los odié más que nunca. Me hubiera gustado una noche oscura, una noche de campo o de mar, de éas sin luna ni estrellas, una noche negra donde avanzar fuera imposible. Pero estaba en Santiago, en la calle Portugal, con alumbrado público, focos de micros y funerarias que brillan. Empecé a caminar. La espalda me pesaba como si acarreara un bloque de cemento. "Mátame, tú puedes". ¿Por qué pensaba que yo haría algo así? A lo mejor, igual que el otro día, los pichunchos podían ayudarme. Entré al bar. El cantinero era otro. El flaco de la primera vez, tan atento, ya se había ido. Su turno, efectivamente, terminaba a las ocho. La voz de la Palmenia Pizarro salía del wurlitzer, mezclada con la de los borrachos coreando, "hoy vuelvo a verte, cariño malo", a voz en cuello, y las risotadas de los que al fondo jugaban pool; todo me remeció la cabeza. No pensé que de noche el lugar fuera tan animado. Ninguna mesa estaba libre. Hombres y mujeres repletaban la barra. El cantinero nuevo me vio de pie y con un taburete en la mano que sacó de quizás dónde, me hizo un espacio. Iba a sentarme y pedir un trago, pero de pronto desistí. Esa noche, hasta emborracharme me habría significado un esfuerzo. Necesito un taxi, le dije al cantinero cuando estuve a su lado. Usted... ¿podría pedirlo? Los cantineros de ese bar sí que eran comprensivos, que yo no pidiera algo de beber no le extrañó para nada. Consultó en una libreta que tenía junto a la caja, tomó el teléfono y llamó.

Su taxi la está esperando, me dijo al oído un rato después.

Una vez en casa, me costó un mundo abrir la puerta, no podía con la maña de la cerradura, tan débil me sentía. Logré entrar y sin prender las luces me dejé caer en el sillón del living. En ese sillón había pasado tirada tantas horas tomando cerveza, que el contrafuerte había terminado cediendo. Quedaba hundida hasta la cintura, y me gustaba esa postura, medio enterrada, cerca del piso. Desde allá abajo era más fácil evadir la realidad. La mesa, las sillas, la alfombra, las pocas cosas que me rodeaban, desaparecían todas. Echaba la cabeza hacia atrás para contemplar las manchas de humedad del techo. Pronto caía en ese letargo sin nada en la mente, que era para mí el único estado soportable. Pero esta vez me exasperaba la posición. Me levanté y a tientas busqué unos cojines para quedar más erguida. Alerta. “Mátame, tú puedes”, había escrito el Príncipe. Estaba segura de que si volvía a verlo una vez más así, destruido, hecho pedazos, mi cuerpo podría al fin liberarse. ¿De qué? Ni yo lo sabía, pero era algo que no me dejaba tranquila. “Mátame, tú puedes”. El hombre, aun en esas condiciones, confiaba en su poder sobre mí. Y tenía razón: yo le pasé la pizarra. ¿Por qué hice eso? Quizás su mente estaba alterada por los medicamentos. Tal vez era otra cosa lo que pensaba escribir. Pero qué. No debía volver a verlo. Nunca más. Mi vida tiene que continuar como hasta ahora, me dije, pero ¿voy a ser capaz? ¿Qué me estaba pasando? Empecé a aterrarme, a tensar el cuello, a sofocarme, como otras veces. Necesitaba dejar de pensar. Frenar las imágenes fragmentarias,

desordenadas que luchaban por armarse en mi cabeza. De pronto se me ocurrió llevarme el dorso de la muñeca a la nariz: olía a jazmín. Ayer me había puesto unas gotas de perfume para mi encuentro con Raúl. Recordar el aroma de las rosas, al pasar junto al puesto de flores, no había sido una casualidad. ¡Otra vez podía percibir olores agradables! Eso me dio valor. También las visiones de mi infancia, que me habían llegado como olas, tan nítidas. Cerré los ojos y me dejé llevar.

Eran unos simples formularios los que tenía que llevar al laboratorio de fisiología, en la universidad. Tenía que atravesar por esos pasillos oscuros de la construcción nueva. Me perdí. Trataba de guiarne por el ladrido de los perros del laboratorio. Dos veces subí y bajé la misma escalera. Me empezó a dar miedo. Casi de la nada, apareció la rendija de luz y oí el murmullo de voces tras la puerta. Al golpear, lo hice suavemente, pero la puerta se abrió de par en par, a pesar del ambiente lleno de humo, y vi en la pared del fondo la bandera roja con el fusil. ¿Se le perdió algo, compañera?, ésta es una reunión privada, ¿o no se ha dado cuenta? Él estaba sentado en la cabecera de la mesa y parecía un cantante de rock: rubio, casi albino, con el pelo largo hasta los hombros y anteojos a lo John Lennon. ¿Cuál es su carrera y en qué curso va, compañera? En cuarto año de enfermería, ¿por qué? Porque justo nos preguntábamos qué opinaría una mujer de la anarquía como forma de organización política. Aquí, como ve, somos puros hombres. ¿Se anima a darnos su opinión, compañera? No conocía la palabra, no

tenía idea de quiénes eran o lo que hacían esos tipos, pero entré. El rubio se llamaba Alexis Leiva, estaba en tercero de kinesiología y era el jefe de los Banderas Rojas, un grupo más a la izquierda que el MIR. Esa tarde estaban planificando cuándo tomarse la casa central de la universidad. Estuve con ellos cerca de una hora sin entender nada de lo que hablaban. ¿Y esos formularios?, preguntó Alexis cuando la reunión terminó. Le conté en qué andaba. Conozco el camino al laboratorio de fisiología de memoria, dijo. Partimos juntos. Me prestó su poncho porque hacía frío. Al rato empezó a recitar a ¡Góngora! Yo pensaba que solo mi madre conocía a Góngora. La revolución sin poesía no es revolución, dijo él, y me besó. A mí me gustó ese beso. Un tiempo después, cuando ya era enfermera y seguíamos pololeando, me contó que él me conocía desde antes. Cuando esa noche de la reunión te vi en la puerta, casi me infarto, dijo. En la foto de portada que un tiempo después publicó *El Mercurio*, ésa donde la bandera con el fusil flamea en el techo de la casa central, con varios estudiantes alrededor, era yo la que estaba junto a Alexis. Fue mi primera pareja. Podría decir que también la última. ¿Por qué nunca más pensé en él? Ni siquiera en los sueños lo volví a ver.

12

Mátame, tú puedes, escribió el Príncipe. Era una orden. En la pizarra que le pasé escribió una orden. Recuerdo cuando me rescató. Pensé que me estaba salvando. Luego, ¿cuántos días me tuvo aislada en ese baño? Me rodeaba la humedad y había un olor pútrido, mohoso como el de una tumba. La mía. Ya

no me levantaba del camastro. El sonido del agua corriendo, los azulejos verdes frente a mi cara, los sueños, los pensamientos, todo desaparecía. Ahí llegó el Príncipe. *Me dijeron que la muñeca no está comiendo.* Su poder, su autoridad, su dominio absoluto sobre la vida. ¡*Mete la mano, concha de tu madre, y agarra!* Me aferraba a él. ¡Para volver a la vida! A su protección. ¡Para volver a la vida! *Es un regalito para la muñeca.* Pero me mantenía al filo del precipicio. ¡*No cachái lo que son, perra?* ¡*Entonces huele, huele!* Con una mano me sostenía, me empujaba con la otra. Se introducía, me desgarraba, me ahogaba, para luego salvarme. *Claro, mi muñeca, adivinó.* Son biguitos maduros que le traje. ¿*No me contó que en su casa había una biguera?* ¡*Ábralo, muñeca!* Son pasteles. Para salvarme. ¿Por qué? Él era el amo, mi amo. Me producía terror. También me excitaba. Una mezcla que no lograba entender. Estaba presa. ¿De él? No. Más que de él, de mi apego a la vida. Me dejé llevar. No me penetraba. Mis orificios eran para su lengua, para sus dedos. Para sus alimentos. Me llenaba, me colmaba de higos, porotos, pasteles. Comía de mí hasta hacerme explotar. Mi útero respondía con movimientos de olas enormes que me rescataban del abismo. Negro. Quedaba en la superficie, suspendida, flotando en la espuma. Al regresar tenía al hombre encima de mí, o a mi lado, y lo veía durmiendo, roncando, tranquilo. Como un niño. También miraba el techo del cuarto, los libros sobre la mesa. Estaba viva. Ese mar de sensaciones, de subir y bajar, era mareador y potente, tanto que luego, durante años, me consumí buscando una y otra vez lo mismo. Hombres, masturbación, jadeos. Sin lágrimas. Como una loca... ¿Para qué?

En algún momento me había dormido. No supe qué hora era cuando desperté, enrollada como un gato y entumecida. Me había olvidado de prender la estufa. El departamento era un témpano. Yo era un témpano. Encendí una luz, tiritando. Me dolían los huesos. En el dormitorio, para abrigarme, tomé un chaleco chilote que había comprado mucho tiempo atrás, en una feria de artesanía chilena, en Estocolmo. Regresé al living a buscar la estufa y vi la mesa con los restos de la celebración que le había preparado a Raúl. Las cosas domésticas no se me daban bien y cuando toda la vajilla, que no era mucha por lo demás, estaba tan sucia que ya no podía continuar solo pasándola por el chorro de llave, recién ahí me decidía a ordenar y limpiar. La mesa llena de trastos era parte de mi entorno habitual. Pero esa vez no podía apartar la mirada de los platos sucios, los sobrantes desvanecidos de cerveza, los pocillos con cuescos de aceitunas. Los trozos de galleta con restos de queso, lacios como estaban, me provocaron tanto asco que empecé con arcadas. Era como si uno de esos canapés añejos estuviera atragantado en mi garganta y necesitara expulsarlo. Me venía una arcada tras otra. Esperaba el vómito en cualquier momento, pero de pronto la náusea cedió y me largué a llorar, a llorar de verdad, igual que el otro día en el restaurante. Ya no pensaba que fuera capaz de llorar con lágrimas. Así, con los ojos nublados, empecé a acarrear cosas a la cocina, pero estaba entumecida, mis dedos torpes dieron vuelta uno de los pocillos, se rompió desparramando los cuescos de aceituna en la alfombra y el piso. Busqué el escobillón. Seguía temblorosa. Me tomó un tiempo retirar la basura de

la alfombra, acarrear la loza a la cocina y empezar a lavar. Al rato hice añicos una taza. ¡Si seguía así iba a terminar destruyendo mis pocos enseres! Mi intento con Raúl había sido un desastre. Nada había cambiado dentro de mí esa noche, era verdad. Pero ahora, finalmente, con las manos irritadas por el detergente, me pareció que podía mirar todo lo que había pasado. Sin disolverme. Abrí la llave del agua para enjuagar. Ya no me iba a detener. A primera hora volvería donde el Príncipe.

Me cambié el chaleco chilote por mi abrigo y, con la misma ropa con que me había quedado dormida en el sillón, arrugada como estaba, tomé la cartera y partí a la Posta. El aire era gris, húmedo: estaba amaneciendo.

13

En la pieza nueva hay un espejo. Se mira con la ropa que el hombre le pidió que se pusiera hoy: falda plato de estampado escocés a grandes cuadros, un suéter de nylon ceñido. El sostén con relleno hace de los pechos dos conos de helado. Calcetines cortos y zapatillas. El pelo tirante, formando en la nuca una cola de caballo. El hombre trajo un casete de música y cartas. Juegan al monte. Elvis Presley canta: "Tutti frutti au rutti, tutti frutti au rutti". ¿Dónde aprendiste? ¿A qué? A jugar tan bien. En Limache, mirando a mi papá y a los otros taxistas. También sé jugar brisca y escoba. Miren a la muñequita, cada vez con más encantos. No importa. Cambié de idea: ganes o pierdas vas a bailar igual. Yo no sé bailar rock and roll. ¿Y a mí qué? ¿Piensas acaso que vamos a bailar juntos? A mí me gusta mirar. Me gusta el

rock and roll. Me trae recuerdos. ¡Ya! Se acabó el juego. Quítate las zapatillas y súbete a la mesa. El mazo de cartas salta con el golpe. Algunas caen al piso, la mayoría queda sobre la cubierta. Se dirige a la radio y aumenta el volumen. Ahora a bailar con el rey del rock, nena. Ella, arriba de la mesa, se contonea, indecisa. ¿Cómo? ¿Tan fome? ¡Quiero más! ¡Muévete! De a poco, sin dejar de mirarlo, ella balancea las caderas. ¡Eso! Ahora ¡quítate el suéter! ¡No! La falda no. La quiero en falda y sostén, mi reina. Date vueltas. ¡Más! Ella gira al ritmo de la música, la falda como un hula-hula gira con ella. Los calzones negros aparecen y desaparecen en cada vuelta. Los pies pisotean el as de bastos, la sota de copas. ¡Pero cambia la cara, mierda! Esa cara no calienta a nadie. Traje comida, tragos, cartas, ¡esto es una fiesta! Está sentado frente a la mesa con una botella de whisky en la mano y se ha bajado el cierre del pantalón. ¡En cinco minutos quiero a este muchacho en posición firme! ¿Oíste? Ella, intentando sonreír, se menea: círculos con el torso, con la cabeza. La cinta salta a otro tema: Little Richard, "*Lucille... Lucille*"... Levanta los brazos para dar impulso a los giros, para equilibrarse en esa mesa angosta, para no rodar con tanta carta resbalosa entre los pies. Así me gusta. ¡Rápido! Él acompaña el ritmo golpeando la silla con la botella. Con la otra mano se acaricia el sexo. La desliza con fruición, sobajea arriba y abajo, la verga cada vez más tensa, lustrosa. De pronto, dejando a un lado la botella, se aproxima a la mesa. Por debajo de la falda, la agarra de la cintura. La eleva. La remece en el aire. Murmura: ¡Sexo y rock and roll!, ¡sexo y rock and roll! Cuando sus pies tocan el piso, a ella le parece caer en un abismo.

Desfalleciente, se desliza por el cuerpo del hombre. Hasta que su cara topa con el bulto. Como si ese miembro erecto tuviera la fuerza que ella necesita, se lo clava, lo hunde en su boca hasta la glotis. ¡Nooo!, grita él. ¡No! ¡Puta de mierda, así no! ¿Quién te pidió que hicieras eso? ¡Puta, reputa! El empujón la arroja hacia atrás y se golpea la nuca en el ropero. El elástico del moño salta por el aire. Queda tirada, las piernas abiertas, la espalda apoyada en la puerta, el pelo desordenado sobre el sostén. La falda plato desparramada alrededor. Él: ¡No logro terminar! Nunca he podido. No puedo estar dentro de una mujer. ¿No lo entiendes? Dentro de ninguna parte de una mujer. No lo soporto. ¡No puedo!

El hombre se ha desplomado en la cama sin siquiera subirse el marrueco, el rostro cubierto con el antebrazo. Me afeito y no soporto mi cara. A veces... No entiendo por qué... desde la primera vez... un hombre que no acaba dentro de una mujer. No puedo. Nunca he podido.

El miembro fláccido, rendido entre las piernas, el tipo derrengado, balbuceante: todo eso la commueve. Ella se pone la blusa, se tiende a su lado, escucha en silencio. Soy... Alguien como yo... No lo entiendo... De pronto ella pregunta: ¿Y su hijo? ¿Qué hay con mi hijo? Usted tiene un hijo. Me mostró una foto de él. Hay muchas maneras de hacer hijos, muñeca. Pero a su mujer, ¿nunca la ha penetrado? Nunca. ¿A ninguna mujer? Nunca, nunca... ¿No ha consultado por un tratamiento? ¿Yo, con un médico? Uno no puede andar ventilando este tipo de intimidades. Uno es decente, no cualquier mierda, ¿no lo entiendes? Pero ¿quién te crees tú que soy yo para andar ventilando intimidades? ¿Quién te crees tú que

eres para hacerme preguntitas? Así no más soy y a usted, muñeca, le está gustando. Porque no me va a decir que no le está gustando. Dígame: "Me gustas así como eres". Ella: Sí, me gustas. Él: Sabe qué más: usted también me gusta a mí. No es porque me la puedo comer como yo quiera. No, señor. Hay otras por ahí... ¿Sabe por qué me gusta usted? Ella: ¿Por qué? Él: Porque sí 'no más.

14

Entré a la UTI y caminé hasta la cama seis, directamente. Él dormía. Me paré a su lado, a contemplarlo. "Está con la máxima dosis de morfina. No se puede hacer nada más. Le dura muy poco el efecto, desgraciadamente". Me sorprendí al oír la voz de la enfermera. Era una niña muy joven a la que no había visto nunca. Está reemplazando a alguien, pensé. Seguramente trataba de explicarme, de disculparse por el sufrimiento de un hombre al que creía mi pariente, un tío, un suegro. Un padre. Devolví su gesto con una sonrisa de resignación. Luego me dejó sola. Supongo que no quería importunar. Respetaba ese instante de intimidad, de cariño: el Príncipe se había despertado y con su mano huesuda, salpicada de venas reventadas, como un niño perdido, sostenía mi pulgar y lo tironeaba, insistente. Le pasé la pizarra. Volvió a escribir: "Mátame, tú puedes". Y sin rogarle ni suplicarle cerró los ojos. ¡Qué efecto medicamentoso ni nada! El Príncipe se creía aún con poder sobre mí. Quería obligarme a que yo pusiera fin a su dolor. Que cometiera eutanasia. Que me pusiera en riesgo por él. Nuevamente. En mi cabeza empezó un concierto

de voces. La voz del miedo decía que no debía volver nunca más a este lugar. ¿Por qué el Príncipe se abandonaba así ante mí, con esa confianza? ¿Por qué apelaba a la misericordia? Pero después hablaba otra voz muy diferente, exultante, excitada: en esta sala, decía, una enfermera es el amo. Es mi territorio. Esta vez yo tengo el poder. Las máquinas, las sondas, los sueros, los medicamentos, son cosas que me pertenecen. Me sentía dueña de manejar la decadencia de su cuerpo, de regular su deterioro. Con todo eso en mis manos, decía la voz, voy a poder acercarme a la felicidad, parirme de nuevo hacia otra vida. Pero, decía una voz triste, aunque me pariera mil veces, ¿podría cambiar? Era como si algo contrahecho se hubiera enquistado en mí, quizás para siempre.

Llena de pesadumbre y melancolía, en ese estado de ánimo, me alejé del Príncipe. Salí de la UTI, abandoné la Posta, caminé hasta Vicuña Mackenna y tomé una micro hacia la Plaza Ñuñoa.

15

La imagen que refleja el azogue sostiene en sus manos un lápiz y una hoja de papel. Pero ella solo ve su cuerpo, su figura envejecida, las puntas de los huesos sobresaliendo a través del vestido. Es un día de enero. Con el sol de verano las flores del papel mural brillan, la nueva pieza se ilumina. No es tan grande como dijo el Príncipe. Hace calor, parece un horno. Va hacia la ventana. ¡Qué agradable es abrirla de par en par! Aunque tiene barrotes, puede sentir la brisa. Escuchar el bullicio de los autos. La frenada de una micro. Los gritos callejeros. Se

imagina caminando entre la gente. Se abanica con el papel que aún mantiene en la mano. De pronto, se volteá y camina hacia la mesa. Se sienta. El papel es cuadriculado, parece arrancado de un cuaderno. Antes de comenzar a escribir, toma un mechón de su pelo y, como si fuera la punta negra de un pincel, dibuja círculos. Cuando finalmente se decide a escribir, lo hace con letra de imprenta.

¡Muñeca divina!, dice él cuando termina de leer lo que ella ha escrito en ese papel cuadriculado. ¿Está segura de que con estos medicamentos será suficiente? Te pueden ayudar a reanimar a tu prisionero. Fue lo que me pediste. Dijiste que se desmayaba demasiado pronto. Ella continúa sentada junto a la mesa, solo su cabeza gira cuando él se dirige al ropero y lo abre. Adentro, en un costado, está el minibar que armó hace un tiempo. Es como los de los moteles: dos vasos, una botella de whisky, bebidas. Mientras abre un paquete de maní y se echa un puñado a la boca, rezonga: Es verdad, un toque y se va cortado el pelotudo. No entiendo. ¿Cómo mierda alguien así puede dirigir un partido en la clandestinidad? No sé, a lo mejor es diabético o tiene alguna otra enfermedad. ¡Un cabrón cobarde, eso es lo que es! Un marica al que le faltan huevos. Necesito esa información, muñeiquita. Qué bueno que entendiste. Es vital para mí tener esos nombres. Ella: Te advertí, en todo caso, que la falta de alimentos juega en contra. Él: Capté esa parte. Ahora todos entran a “El Cielo” con su buen rancho adentro. Los hacemos comer dos horas antes de “El Cielo” para no tener problemas con los vómitos. Tal como me dijo mi muñeca. Luego se acerca, la toma, la sienta

sobre sus rodillas. ¡No quiero!, dice ella cuando le mete maní en la boca, sabes que me salen ronchas. ¿No quiere? La atrae hacia sí. Ella siente la cacha de la pistola hundirse en su nalga derecha. El dolor le produce un escalofrío. De la boca abierta cuelga un hilo de saliva. La cierra y sin mascar se traga los granos de maní. Mañana en la noche nos rascamos las ronchas, muñequita, ¿ya? Ahora hay cosas más urgentes. Guarda la lista en el bolsillo superior de la guerrera. Desde la puerta: Mañana vamos a rascar esas ronchas muñeca, no se preocupe.

16

Ahora sabe que son las campanadas de la iglesia de San Francisco las que escucha. Ahora sabe que la casa en que está se encuentra en ese barrio. Nunca lo imaginó. Mira el friso en que terminan las paredes de la caja de la escala, la lámpara de lágrimas, el rosetón de yeso en el medio, de donde cuelga tanto cristal. ¿Cómo no se fijó en el señorío de la construcción? Es la misma escalera que subió esa noche desde el baño, con sus cosas envueltas en una sábana bajo el brazo, la misma que ahora está a punto de bajar. Él baja primero. Los peldaños crujen bajo las botas. Los zapatos de taco que él le trajo también rechinan. La falda angosta la obliga a dar pasos cortos. Como si temiera resbalar, apoya el pie tembloroso. Él, desde el rellano: ¡Apúrese! Cuando ella llega abajo: espacio amplio, mesitas, un sofá y tres butacas, todas de tevinil rojo. En la pared un mapamundi enmarcado. Atraviesan el living. Juntos cruzan la mampara de vidrio que se encuentra al costado. Cambia el panorama: pasillo gris, con

cajas apiladas. Menos mobiliario, más actividad. En realidad las casas son tres, dice él. Las unimos por dentro. Por eso tanta pieza diferente, tanto baño, tanta ventana sin vista a la calle, tanta puerta distinta, piensa ella. Aquí, en la primera casa, funciona "El Cielo". ¿Qué hay en la tercera, en la otra? Eso a ti no te importa. En todo caso fue aquí donde tú llegaste. ¿No reconoces el olor a mierda? El miedo huele a mierda, muñeca. Hay que andarse con cuidado para que no se te pegue en la ropa ese olor. Cada cierto trecho la charla se interrumpe. Aparecen personas. Personas en uniforme, personas en camisa de manga corta y pantalones. Nadie queda indiferente a su paso. Algunos saludan con el cuerpo, se cuadran; otros, solo con un gesto. Caminan. Otra escalera. Pero ahora el hombre la ayuda a subir, la toma por el codo. De aquí, de esta casa, te rescaté. Te saqué del purgatorio. Hay algunos que purgan y vuelven a "El Cielo". Tu próximo destino era el infierno, muñeca. En la casa no tenemos piezas con ese nombre. Ibas derechito al océano. Al N.N. ¡Putas que estabas hedionda ese día! ¿No hay un remedio para que los huevones no se caguen? Esta pega es tremenda. Termina de hablar al final de la escalera. Pasillo gris. Se abre una puerta. Ella reconoce el lugar: escritorios, sillas, máquina de escribir. ¿Aquí va a ser?, pregunta extrañada. ¿Está tonta? Te voy a mostrar la ficha primero. Tienes que saber la historia del sujeto.

Es curioso, están sentados igual que aquella primera vez: las mismas carpetas, el mismo cigarrillo colgando en la comisura de los labios. ¿Por qué

tengo que ver yo la ficha? Eso no fue lo que me dijiste. Es muy importante saber la trayectoria, conocer en profundidad al sujeto. Y, bueno, así es el procedimiento: cada sesión queda registrada; además, ¿desde cuándo tengo que cumplir al pie de la letra lo que digo? Ella: ¿Un registro? Me parece una idiotez.

Golpes de puño en la puerta los interrumpen. Pase, dice él. Un tipo entra con tazas de café y galletas. Es el mismo que le llevaba la comida. Ella saluda inclinando la cabeza. ¿Nubes en "El Cielo", Jorquera? Negativo, mi capitán. Contesta haciendo sonar los tacos. Me avisaron, estoy esperando.

Ella da vueltas las hojas de una carpeta. Él, de vez en cuando, con el índice detiene el movimiento, señala una frase presionando con la yema, insistente, la desliza sobre el párrafo. Ahora son dos funcionarios que adelantan trabajo administrativo.

Menciona una "información coercitiva" que solo él conoce. Como cada vez que hace un discurso, se incorpora y gira en torno a ella dando grandes zancadas. En el fondo, muñeca, es una filosofía de vida. De eso se trata. Por eso se lucha. Y yo soy una pieza fundamental del mecanismo para el logro de esos objetivos, ¿me entiendes? Se me encomendó una función y la estoy llevando a cabo. Con excelencia, con precisión. ¿Te dije que todo lo que pasa en "El Cielo" es producto de un estudio muy concienzudo? De esta cabeza salieron las ideas. El mismo índice presiona la sien. Hasta en el más mínimo detalle he estudiado al enemigo. No he dejado un solo cabo suelto. Todo, absolutamente todo, ha sido planificado. Ella insiste: Ya lo sé, pero igual me

parece ridículo llevar un registro. ¿Y qué crees? ¿Que una misión secreta es sinónimo de caos? ¡No, señor! Con el puño cerrado golpea la mesa haciendo saltar las carpetas. Aquí en mi unidad se cumple rigurosamente el reglamento. Sin embargo, no está enojado. Se acerca a ella por atrás, la atrapa por los hombros y se balancea. Somos como los órganos. Como los riñones, el páncreas, los intestinos. El individuo, por fuera: sano y fuerte. ¿Gracias a qué? A que nosotros estamos trabajando, día y noche, callados, sin que nos noten. Nadie nos ve, pero si fallamos se desmorona el sistema. ¡Somos el corazón! Es una enorme responsabilidad la que acarreo, muñeca. Como si quisiera meterle por los hombros las palabras, masajea con vehemencia, casi tritura las hombreras del traje sastre. ¡Vamos! Es hora, dice aflojando la presión. Ella: ¿Está todo lo que pedí en la lista? Todo. Es lo único que se dicen mientras bajan la escalera.

En la pieza, baldosas negras, el color de las manchas se confunde: orina, vómito, sangre; excreciones humanas secas, imposibles de diferenciar en ese fondo oscuro. Paredes encaladas. Un generador. Alambres. Sogas. Baldes. Y sobre todo el catre metálico, la parrilla. Ella solo mira el reloj redondo en la pared. Son las cuatro de la tarde. Se dirige a la silla donde dos hombres sostienen por los sobacos a una masa de carne desnuda, desparramada. Necesito que le levanten la cabeza, pide. El pelo resbaladizo, untuoso con sangre fresca que mana de un corte en el occipucio. Abre la herida con los dedos. Ella: Es profunda, necesita sutura. Él se la hizo, jefe, solito. Le dijimos que este gallo es raro. Se desmaya apenas nos ve. Casi no le habíamos dado y se fue

de espalda el loro contra el borde. Ya, ya, silencio, dice el hombre. Vamos a ver qué pasa. Por ahora, nada de suturas, solo despiértalo. Ella observa las pupilas que se achican al contacto con la luz, palpa, toma la presión. No puedo aquí en la silla, lo necesito tendido, dice. Pero aguanta, ¿verdad?, dice el hombre, que se ha mantenido al fondo de la pieza. Insiste: ¿Cuánto va a tomar reanimarlo? Quince minutos, media hora a lo más. Entonces me lo acuestan aquí mismo, en la misma parrilla. ¡Y cubran al huevón! Les dije que me lo cuidaran. Les advertí: los huevones en pelotas solo cuando estén trabajando con ellos. La señorita, aquí, ha dicho que conservar la temperatura es importante. Y le hacen caso en todo lo que diga a la señorita.

Cuando el hombre sale son las cuatro con quince minutos en el reloj de la pared. Redondo, igual a los que hay en los quirófanos del hospital. ¿Cómo dijo? Dije que el reloj es igual a los que hay en los hospitales. Y nosotros aquí, el doctor Peña y el doctor Sarmiento. Risotadas. Ella: No voy a tolerar ningún tipo de chacotas. ¿Me acercan la mesa con el instrumental, por favor? Y afírmeme la venda, que se despertó.

Es rápida, a las cuatro y media el hombre que está amarrado en la parrilla, con los ojos vendados y una herida en la parte posterior de la cabeza, tiene instalado un suero con medicamentos en su brazo derecho. No le quiten la manta y esperen al menos veinte minutos antes de reintentarlo, dice ella cuando termina. ¿Y qué hacemos si se vuelve a desmayar?, pregunta el más bajo, el que tiró la talla con el nombre de los médicos. No sé. Supongo que

tendré que volver y estar presente en el próximo interrogatorio.

17

Una caja de cartón que cargan dos uniformados entra por la puerta. Resoplan; el sudor les ha mojado el borde de las gorras. Ahí, déjenla encima de la mesa, ordena el hombre. Ella se adelanta a retirar los libros, las revistas, los papeles. Permanece con todo eso en los brazos mientras los tipos realizan la maniobra. ¡No! No hay que abrirla. Ustedes dos se me retiran. Yo la desembalo. Y usted, deje en la cama esas porquerías de libros y acérquese. Cuando vea la maravilla que traigo aquí, no va a querer saber más de lectura, de escritura, de ninguna cosa. Nervioso, corta los cordeles que saltan como elásticos al tocar el filo de la navaja. Rasga la tapa; con las manos rompe los costados hasta dejar la caja convertida en un montón de cartones desparramados sobre la mesa. ¡Ya está! Ahora, ayúdeme a sacar las protecciones. Al desprender las molduras de plumavit, éstas crujen. A él le parece gracioso el sonido, ríe con ganas. ¿Y usted no se alegra, acaso? ¿No le entusiasma a la imbécil mirar en vivo y en directo lo cambiado que está el país? ¿Piensa que esto es solo una tele? Espere a que la conecte. Arregla cables, acomoda la antena. En la pantalla del televisor marca Panasonic se despliega un velero navegando entre olas embravecidas por el viento. El blanco de las velas, de la espuma, el azul del cielo, del mar, inundan de color la pantalla. ¡Te pusiste roja! ¡Te emocionaste! Él parece un niño. Éste es el Chile que estamos construyendo, dice. Mañana voy

a venir a la hora de las noticias. Te voy a mostrar ¡a todo color! la obra en la que estás participando. Lo que hemos logrado. ¡A todo color!

Ha arrimado la mesa a la cama. Se ha quitado las botas y yace tendido con los brazos detrás de la cabeza. ¿Qué hace todavía parada? ¡Venga, pues! Tiéndase aquí a mi lado. Esta noche vamos a ver el mundo en colores.

18

Parece una calle cualquiera, una calle de barrio al caer la tarde. Una pareja tomada de la mano camina por la vereda. Tal vez regresan de algún paseo o simplemente disfrutan del frescor. El Pontiac rojo, último modelo, resalta bajo la luz de las farolas que se acaban de encender. Es el único vehículo estacionado en toda la cuadra. Él abre la puerta del acompañante. ¿Qué le parece la joyita en que la saco a pasear? Ella no contesta. Se acomoda en el asiento. No deja de mirar una sirena de plástico que cuelga del espejo. El auto entero huele a plástico y a colillas viejas. Estabas encantada con la idea de ir a ver una película. ¿Por qué la cara larga? Con la llave en la mano, él espera hasta que la pareja desaparece al doblar la esquina. Luego enciende el motor y arranca deprisa. El chirrido de los neumáticos solo cesa al empalmar con la Alameda. Ella pregunta: ¿Y mis padres? ¿Mi familia? ¿Qué hay con ellos? Dijiste que habías arreglado todo. Que piensan que me asilé en una embajada. Que estoy en Suecia. ¡Así es! Lo prometido es deuda. No tienen la menor duda de que estás bien y vives en Suecia. Nunca dejo cabos sueltos, muñeca. ¿Qué pasa si alguien me reconoce

en el cine? El hombre se carcajea. Se remece entero con la risa. Huevadas, muñecas. ¿No te miraste en el espejo antes de salir? Mi trabajo ha sido perfecto. Cuando llegaste eras un bicho, una garrapata perdida entre chalecos de lana chilota. ¡Mírate en el espejo! ¡Mírate en el espejo, mierda! Una reina, una muñequita. Eso es lo que pareces ahora. Que no se te olvide: ¡mi muñeca! No hay demasiado tráfico, pero no avanza a la velocidad que él desea. Se entretiene pasando y quitando los cambios a toda prisa. La primera vez que te vi envuelta en esa cosa rara, con mechas de laucha, largas, lacias... Esa cosa era un poncho. Entonces, ¡una laucha con poncho! Eso parecías. Y ahora mírate, mierda. ¡Mírate! Ha cruzado el brazo frente a ella y, furioso, da vuelta el espejo con la mano. Melena corta, maquillaje discreto, vestido entallado, sandalias de taco. Cartera. El Pontiac zigzaguea entre los autos. El pito de las bocinas lo distrae. Nuevamente toma el manubrio con ambas manos. ¡Imbécil! Casi choco por tu culpa. Perdona, responde ella, volviendo el espejo a su sitio, tienes razón, no hay ninguna posibilidad de que alguien me reconozca. ¿Cómo se llama el cine adonde me llevas? Dante. ¿El de la plaza Ñuñoa? El mismo. Hay que distraerse, muñeca. Tenemos que hacerlo. Si no, sería imposible cumplir con nuestro trabajo. Ahora somos un equipo. Tengo planes para ti, ¡grandes planes! ¿Y cuáles serían esos planes? Tranquila. Todo a su tiempo. Ahora toca recrearse, mi reina.

En el cine hay una larga fila de gente frente a la taquilla. Él la lleva tomada del brazo. Pasa entre las personas y entrega las entradas. Le muestra a ella los papelitos con la ubicación de los asientos:

¡El mejor lugar para ver la película! Y me los llevan directamente. Prerrogativas de su príncipe, muñeca. ¿Chocolates, un dulcecito de menta quizás?

Están en la mitad de la sala. En la pantalla, Sylvester Stallone da golpes de puño. Él, cada cierto tiempo, se introduce una pastilla de menta en la boca. Ella no quiere. De pronto siente que el brazo del hombre le rodea la espalda. No, así vas a estar incómoda, dice. Lo retira y lo desliza hacia la falda. Sus manos se rozan. Engarza sus dedos con los de ella. Le masajea las yemas. Ella responde con una caricia tibia que empieza en la palma y termina cerca de las uñas. Siguen así, como dos adolescentes que empiezan a reconocer sus cuerpos, tocándose en la oscuridad hasta que la película termina. ¿Qué le parece ahora una cervecita? Usted y yo. Los dos mirando pasar el mundo en esa terraza de allá, propone él cuando salen al vestíbulo.

19

Peña y Sarmiento enmudecen cuando ella entra. Se disculpán. Tuvimos que llamarla, doctorcita. No queríamos, pero se han puesto jodidos con lo de las marcas. Éste viene con encargo especial. No nos quedó otra, ¿entiende? No hay bromas ni garabatos como los de la primera vez. Ella: Effortil, suero fisiológico, dos jeringas de 20 cc Los sueros tienen que estar tibios. Ya les dije: hay que sumergirlos antes en agua caliente. ¿Por qué están fríos? ¿Qué pasó con la posición del prisionero? La pregunta es una orden. Los hombres lo tienden de costado en la parrilla. Los sueros en la mesa, tibios. Esperen unos veinte minutos antes de reintentarla, dice ella,

como siempre que termina. Al menos recuerden eso, agrega.

20

Cuando llegué a la plaza Ñuñoa me senté en un banco, a no hacer nada. A no hacer nada, no: me puse a observar la vereda del frente. El edificio era el mismo de aquellos años, solo había cambiado el letrero sobre la marquesina. Ahora decía: *Teatro de la Universidad Católica*. La primera vez que el hombre me sacó del encierro me trajo acá. Estacionó el auto a unos metros de la entrada. Entonces yo aún planificaba fugas en mi imaginación, supongo. Quería atravesar la calle y correr a perderme, pedir auxilio a las personas que hacen fila frente a la ventanilla, gritar a voz en cuello, no sé, armar un escándalo para llamar la atención. Pensaba hacer tantas cosas. Pero no hice nada.

Me quedé un rato largo en la plaza, por decirlo de algún modo, porque ese mediodía de otoño agradable, con niños dando vueltas, gente paseando sus perros, vendedores ambulantes, solo estaba allí la figura de una mujer de abrigo verde sentada en un banco. Yo, yo andaba lejos, entrampada en esa escena del pasado.

Todos los días visitaba al Príncipe en la UTI y luego volvía a la plaza a sentarme con el abrigo verde en el mismo banco, pero no iba a mirar los árboles, sino a sentir la presencia del hombre que me traía al cine en un Pontiac rojo.

Día a día, como actores que ya conocen su papel, repetíamos en la Posta, el Príncipe y yo, la escena:

me paraba a su lado, escuchaba el ritmo de las máquinas que prolongaban su vida, luego lo volvía a mirar. Él no apartaba de mí sus pupilas, esperando que me decidiera. Con un movimiento casi siempre sorpresivo, yo tomaba la pizarra del velador y se la ponía entre las manos. Él garabateaba: "Mátame, tú puedes", con trazos cada vez más débiles, con más dificultad. Entonces, dependiendo de la emoción del día anterior o qué sé yo, a lo mejor de los sueños que había tenido en la noche, o de las voces tan distintas y contradictorias en mi cabeza, a veces mi corazón se ponía a galopar, me costaba respirar y las mejillas me ardían. Quería que sufriera. Sí. Me imaginaba disminuyendo la dosis de morfina, cortando el paso del oxígeno, inyectándole medicamentos que no correspondían. En esos días tenía que moverme, no lograba estar tranquila. Revisaba la cantidad de orina en la bolsa de diuresis. Le preguntaba a mi colega por el resultado de los exámenes, colocaba las nuevas radiografías en el negatoscopio para revisarlas. Otras veces, en cambio, solo sentía un frío mortal que me subía por las piernas y me entumecía el cuerpo. A su lado, estática, con mi uniforme blanco, parecía un ángel velándole el sueño, porque esos días, como si supiera, él cerraba los ojos y no los volvía a abrir.

La rutina se prolongó hasta el día en que, sentada en la plaza, me fijé en el toldo rojo, en la terraza de *Las Lanzas*. Algo despertó en mi cabeza ese restaurante, el color de su toldo. Partí hacia allá. Me senté. En la mesa del lado estaban cuatro hombres jóvenes. Me llamó la atención que tres de ellos se rieran a carcajadas mientras el otro miraba con una cara de pena que daba lástima. En cualquier momento se larga a llorar, pensé. De pronto, súbitamente, el

tipo triste tomó el schop que tenía al frente y se lo bebió entero, hasta la última gota. Luego, como burlándose de su tristeza, se largó a reír más fuerte que los amigos. Eran unas carcajadas que lo remecían entero. Se reía tanto, que igual le salieron lágrimas. En la mesa del lado un par de mujeres pagaba la cuenta. Las dos vestían traje sastre de color azul. En la solapa resaltaba una piocha con sus nombres en letras negras. Más abajo estaba escrito el logo de la empresa. Los cuatro tipos, el de la pena también, comenzaron a gritar a todo pulmón: ¡No queremos que Olga Fernández y Anita Leiva de Servicom se vayan! Al mismo tiempo golpeaban la mesa con los vasos. Personas de otras mesas también empezaron a pedir que las tales Olga y Anita de Servicom se quedaran con ellos. Me sorprendí a punto de gritar yo también. El mozo pasaba por mi lado acarreando bandejas con sándwiches, platos y bebidas. Como si mi estómago hubiera estado acostumbrado al sabor de la comida, empezó a reclamar, me crujían las tripas. Me di cuenta de que tenía hambre. ¿Cómo sería comer rodeada de gente común y corriente? Personas que hasta ese momento me parecían de otro planeta, pero que al fin y al cabo viven en este mundo, ¡y por fin lo estaba entendiendo!, en el mismo mundo que yo. ¿Qué va a servirse?, preguntó el mozo pasándome una carta. Yo nunca había estado antes en un restaurante para otra cosa que no fuera tomar. Recorrió los platos de la carta con el dedo, deteniéndome en cada uno para saborearlos, como si me costara leer. La letra era enorme, así que el mozo me miraba con cara de pocos amigos. Ya, dije finalmente, quiero esto, y

le mostré donde decía “cazuela al plato”. Tráigame también una cerveza Escudo. Comí con ganas al principio, porque tenía hambre de verdad y la carne, las papas, incluso el zapallo que detestaba de niña, me parecían deliciosos, pero cuando iba en la mitad del plato volvió la repulsión que sentía siempre en la superficie de la lengua. La comida perdió por completo su sabor y solo pude tragarse la cerveza. Había pedido la segunda Escudo cuando se acercó un hombre con una guitarra y una zampoña que le colgaba del cuello. ¿Sería de su agrado una canción de la Violeta Parra, mi reina? El “mi reina” me provocó un retortijón. Llevaba sandalias, calcetines chilotas y gorro boliviano. No. No se parecía al Príncipe para nada, pero igual el olor a tren, ese olor alquitranado del hombre, me raspó la nariz. Si la reina desea algo de otro cantautor... No, por favor, contesté, la Violeta Parra está perfecta. Empezó a cantar *Gracias a la vida*. Las personas cercanas se voltearon a escuchar. Al finalizar, dijo: La reina desearía tal vez pedirme alguna canción en especial, algo más de su personal agrado. Nada me venía a la mente. No sé. No se me ocurre. Usted improvise, le dije. El tipo tocó una canción con la zampoña. ¿Le gustó? Hace mucho tiempo que no escuchaba algo tan lindo, contesté sacando unos billetes del bolsillo. No los aceptó. Ha sido un regalo para usted, mi reina, dijo. Luego se fue por las otras mesas recolectando monedas. Respiré hondo. El olor a tren se había ido. En la nariz tenía el aroma de la longaniza con pebre que la pareja del frente masticaba a dos carrillos. No iba a seguir pidiendo cervezas. Llamé al mozo y cancelé la cuenta. Quizás

nunca iba a poder descifrar qué era ese algo que me tenía pegada visitando al Príncipe, por qué no podía darle a eso un nombre que me dejara tranquila. En alguna parte leí que hay cosas más allá del mundo de las formas, de los relieves. Total qué importa, pensé. Basta que un barco se desvíe en dos grados para que cambie el destino final. Después de tanto tiempo sin atreverme, iba a hacer realidad un anhelo largamente postergado: contactar a mi familia.

Desde que llegué a Chile nunca había tomado un teléfono, al menos no para una llamada personal. Para los asuntos del trabajo usaba los teléfonos públicos del supermercado cercano a mi torre, el mismo donde hacía la compra. Las cabinas permitían hablar en forma privada. Pero justo ahora que, por fin, había decidido llamar a mi familia, no podía ir al supermercado. Para llegar allí tenía que pasar obligatoriamente frente a los taxistas, y no quería ver más a esos hombres, mucho menos oír sus bromas imbéciles. Quizás era Raúl al que no quería ver. ¿En qué otro lugar podría hacer mi llamada? Más de un año viviendo en este lugar y no conocía el barrio. Hasta el reencuentro con el Príncipe, nunca había variado la rutina diaria: el trayecto entre el departamento y mi trabajo en la Posta fue siempre el mismo, los días de sol caminando con la cabeza gacha, mirando el piso, y los de lluvia en uno de los taxis, mirando el vacío. No me quedó otra. Empecé a recorrer las calles. Pasé por dos verdulerías de gato en mostrador, una reparadora de calzado, tres ventas de comida china a domicilio, una librería, un zurcidor mágico, una amasandería. Cabinas telefónicas, encontré solo dos. A una le colgaba un cartel de “fuera de servicio” y la otra no tenía cartel

porque alguien había arrancado el aparato de cuajo. Seguí buscando.

21

Otoño. Media tarde. El sol se asoma entre las nubes y una leve brisa levanta las hojas. El Pontiac rojo cruza por el costado de Plaza Italia, dobla en Bustamante, se estaciona. ¿Por qué nos detenemos?, dice ella. ¿No íbamos al cine? ¡Muñeca! La tarde parece de primavera. Caminar por el parque nos va a hacer bien. Pero a mí me gusta ir al cine. Me gusta ver películas. Con parsimonia, él apaga el contacto, apaga la radio, apaga el cigarrillo. ¿Tendría que importarme acaso lo que a ti te gusta? Hoy no quiero enojarme, ¿sabe? Le tengo una sorpresa, así que ¡ya! ¡Se me baja del auto! Ella obedece. Atraviesan la calle juntos, caminan por el sendero de gravilla. Ella, con la cabeza gacha, mira la nube de polvo gris que levantan sus pasos. El hombre la toma con firmeza. La detiene. ¿Acaso no me cree, que anda como mula vieja arrastrando las patas? Mire cómo está dejando los zapatos nuevos. ¿Quién se los compró? ¿Quién le compró ese vestido, la cartera? Yo pues, su Príncipe. ¿Por qué desconfía de mi sorpresa? ¿Ves el edificio del frente? Están parados en medio del sendero. Él, algo doblado, su cara junto a la de ella. Apunta con el dedo. Aquél, dice, el de portón vidriado. Fíjese en el tercer piso, en el departamento con rejas en el balcón. ¿Lo puede ver? Sí, dice ella, ¿por qué? ¿Qué tiene de especial? Allí vamos. En ese tercer piso está la sorpresa.

Es una puerta de vidrio grande, pesada, que chirría cuando el conserje la abre. El hombre

pregunta: ¿Todavía no la arreglan? No espera la respuesta. Pasa de largo hacia la escala. Sube los tres pisos casi corriendo con ella de la mano. Acezando, se detienen en el rellano. Es luminoso. Tiene un ventanal al costado. Llegamos, dice el hombre frente al 302, en bronce. Introduce una llave en la cerradura, da dos vueltas, la puerta se abre. ¡Ésta es su nueva casa, mi muñequita! Ella, atónita, alelada, percibe que el hombre la empuja. Varias veces siente la presión en la espalda. No puede moverse. Parada en el umbral parece una estaca. ¿Qué le pasa a la muñeca? Como para sí mismo, en un murmullo: ¿Querrá que la entre en brazos? Se la echa al hombro como un fardo de paja. ¡La entro en brazos! Total, pesa menos que una albóndiga. Con ella cargada atraviesa el living riéndose a carcajadas. La deja caer en un sillón, el más grande. Se sienta al lado de ella, estira las piernas, cruza los brazos detrás de la cabeza. ¿Y? ¿Qué le parece el castillo del príncipe y la muñeca?

Es un living comedor de buen tamaño. Muebles no tan finos, pero nuevos. Se siente el olor ácido del plástico sin uso. Ni siquiera la alfombra tiene huellas. Sin embargo, en una estantería hay objetos personales: una cigarrera, trofeos de competencias deportivas, equitación, tiro al blanco. Ella mira sin entender. De pronto dice: ¿Ése no es el televisor de mi pieza? Él: ¡Por supuesto! Sí, nos mudamos. Ella: No entiendo. Él: Putas que está huevona la muñeca hoy día, ¿no le dije que tengo grandes planes para usted? Se incorpora eufórico, recorre el cuarto de un lado a otro, como siempre a zancadas, abre los brazos. ¡Nuestro castillo encantado! Lo adorné un poquito, le

puse algunas cositas. Después del brindis le muestro el dormitorio. Parece un niño. ¿Ve la radio, muñeca? Toma los casetes: Elvis Presley, Little Richard, Chuck Berry. Están todos. Mi colección entera. ¡Sexo y rock and roll, muñeca! ¡Sexo y rock and roll! Ella, sentada casi en el borde del sofá con las piernas juntas, las manos sobre las rodillas, lo mira confundida. ¿Me vengo a vivir acá? ¡Pero por supuesto! Tontita, ésa es la sorpresa. ¿Cuánto tiempo más iba a vivir mi reina en esa covacha en que la tenían? ¿Sacó la cuenta del tiempo que ha pasado en esa cueva? Se ha portado bien. Merece este cambio. De aquí en adelante voy a venir acá, al departamento del parque. Ahora voy a preparar el aperitivo. Hoy quiero servirla yo. Tengo champaña y otra cosita por ahí. Usted, ponga música, mi muñeiquita.

Cuando el hombre desaparece, ella medio se derrumba. Le cae encima el peso de esos meses de encierro en la pieza. Los trofeos de bronce parecen tener más vida. Casi un año. Había perdido la cuenta. Estaba totalmente perdida. De pronto levanta la vista, se dirige al balcón. Abre de par en par la ventana y sale. Desde ahí el parque se aprecia casi por completo. Los plátanos orientales, los arbustos, el césped. Incluso ve los botes de los niños que juegan en la pileta. Le cuesta creer en la amplitud que abarca su mirada. Se había acostumbrado a los espacios pequeños. Inspira profundo. Siente la presencia, el olor del hombre detrás de ella. Pregunta: ¿Qué es esa construcción de piedra? Es un anfiteatro. ¿Un qué? Un lugar donde se hacen representaciones, conciertos, ballet, esas cosas... pero ¿qué significa esto? ¿Por qué mierdas tengo que

andar contestando huevadas? Perra de mierda. ¿No te dije que pusieras música? Grita: ¿Qué haces aquí afuera? Ella empieza a temblar. Dice: Entremos. Te van a escuchar los vecinos. El hombre sostiene el champaña en la mano. Ha descorchado la botella. Cada vez que alza y baja el brazo, la espuma se desborda. ¿Vecinos? ¡Chúpame la mano, mierda! ¿Te crees que tienes cualquier vecino? ¡Chupa, te digo! Aquí los vecinos son mis amigos. Igual, retira los dedos de la boca de ella, cierra el ventanal, baja la persiana y muestra la mesa. ¿Ves el plato de ostras? El cuarto queda en penumbras. Ella: Sí, las veo, las veo. Él: ¿Te crees acaso que vas a andar de paseo por el parque? ¿Que si te pongo departamento ya no eres la misma puta de siempre? Perdona, salí a mirar. Tú me miras a mí, ¿entendiste? Usted contempla a su Príncipe y punto. Están frente a frente, como otras veces, como tantas veces. ¿Cómo vamos a servirnos estas ostritas? ¿Dónde me voy a tomar el champaña? Te estás mojando entera, ¿verdad? De puro imaginárselo se moja la putita. Diga: "Estoy caliente, empapadita estoy". Ella tiembla aun más, acezando: Sí, sí, vamos al dormitorio. ¿Al dormitorio? No, muñeca. Aquí. Aquí mismo, en el suelo. Empelótate y tírate al suelo. Ella: Sí, aquí, en el suelo.

Queda desnuda sobre el piso de parquet. Esperando. La boca abierta, las piernas abiertas. El hombre, también desnudo, de rodillas, con la botella de champaña como un pequeño surtidor. El líquido, sobre su cara, sobre sus pechos. Las ostras derramadas en el vientre. Champaña y ostras, una masa húmeda, viscosa que se desliza hacia el sexo. Antes de meter la cabeza entre sus piernas, él murmura: Le dije que pusiera música, muñeca.

22

Saca al balcón el piso de la cocina. Es pequeño, plegable. Perfecto para escapar y acarrearlo cuando sea necesario.

A veces lo que ve cruzando el parque es un terno, o una corbata. A veces, un uniforme, bototos, o pantalón de mezclilla. No importa. Cuando el hombre se acerca, siempre lo reconoce. Camina erguido, tieso, como abarcando el mundo con sus zancadas. Nunca más la llevó a trabajar en "El Cielo". Lo ayuda aquí, en el departamento. Clasifica, redacta escritos, ordena archivos. No son muchas cosas. Solo la lluvia le impide matar el tiempo libre allí afuera. ¿Cuántas veces ha cambiado de color el parque? ¿Cuántas veces perdió las hojas? Por lo menos dos años. Después del primer otoño, un día ella dijo: No es necesario mantenerme encerrada. Él le entregó la llave. No se aleja demasiado: compras en el barrio, la peluquería de la esquina. El hombre llega a cualquier hora con el paquete. Todos los días se detiene en los Establecimientos Oriente a comprar pasteles. Siempre de crema. La crema es complicada. Se adhiere al fondo, se pierde entre las rugosidades de la vagina. Haga lo que haga, su entrepierna despidе un extraño olor a flores podridas. Por eso le gusta matar el tiempo libre en el balcón, le parece que su sexo se ventila, que se va el olor.

23

Hoy, en el anfiteatro del frente hay movimiento: instalan luces, parlantes, despliegan sillas de madera para formar la platea. Abajo, los músicos,

los instrumentos. Arriba, en el escenario de piedra, los artistas. Es noche de ópera. Ella, en el balcón, aguza el oído. La orquesta inicia la obertura. No reconoce la melodía. Pero las voces la embriagan, la arrebatan. El hombre odia la ópera. Ella, sentada en el piso de la cocina, la cabeza apoyada en la pared, los ojos cerrados, escucha.

24

¡Aló! Era mi madre. Soy la María Rosa, dije. ¿Quién te crees tú que eres?, vociferó ella. Me había reconocido de inmediato. Quedé paralizada, muda, con la garganta apretada. ¿Qué pretendes llamando así, de improviso, después de tantos años? ¿Quieres que me dé un ataque? ¿Eso quieres? ¿Que acaso no te enteraste de todos los sacrificios que hicimos para ubicarte? Era como una avalancha. Me echó en cara mi desidia, mi falta de consideración, mi egoísmo. ¡No tienes excusas! ¡Ninguna excusa! ¡Ninguna! Mi madre gritaba en el auricular como un energúmeno. Pensé en colgar, pero recordé con ternura que, cuando pequeña, me retaba con las mismas palabras y luego, como gran castigo, me hacía memorizar las *Coplas a la muerte de su padre*. ¿Qué castigo podría recibir ahora? No habían tenido noticias mías por casi dos décadas. Por favor, mamá, dije. Estoy en un teléfono público. Tranquilícese y escuche. Necesito que me perdone. Créame, no pude hacer otra cosa. Empecé a justificarme con mentiras. Se me confundieron las fechas, una acción no me coincidía con otra. Traté de arreglarlo. Fue peor. Terminé tartamudeando incoherencias. Mi madre cortó por lo sano: ¡Nicanor! ¡Es la Rosita! ¡Está

en Chile! No pude volver a hablar. Ella tampoco. En la línea quedó solo nuestra respiración. De pronto, la voz de mi padre: ¿María Rosa? ¿Rosita? Tuve que esconder la cara para que no me vieran unos clientes del local. Era agradable llorar con lágrimas. También un fastidio. Hasta se me salió un sollozo. Tranquila, mi niñita, tranquila, dijo mi padre para consolarme. Estuve enferma, papá, dije. Se me olvidaban las cosas, como una especie de amnesia, ¿entiende? Y nuevamente me enredé con las fechas. Hasta un niño pequeño se habría dado cuenta de que no calzaban. ¿Y por qué después de tantos años estamos hablando por teléfono?, preguntó mi padre. Tú te vienes de inmediato a Limache. ¿Ahora? Papá, hoy no puedo, estoy trabajando. Trabajo de enfermera en la Posta Central. Entonces venga el sábado, dijo él. El sábado se le organiza un asado a la Rosita. Quiero que estén todos en la bienvenida. Ah, y no queremos explicaciones. Nadie va a pedirle explicaciones a la María Rosa, ¿estamos? Hablaba conmigo y con mi madre al mismo tiempo, como siempre había hecho. No habían cambiado. Pero físicamente, en dieciocho años, era imposible no ser otro. Pensé en las canas, las arrugas. El sábado tengo turno, así es este trabajo, dije. Quedamos para el domingo. Dijo que vendrían mis hermanas y podría conocer a los sobrinos. Tu regreso se va a celebrar en grande. Y repitió: En grande. Vamos a hacer un asado para recibir a la Rosita.

Nada de lo que yo recordaba existía. El bus pasó por calles, parques y centros de comercio totalmente nuevos. Y la plaza, el correo, la escuela, en fin, todo lo conocido se veía diferente, más pequeño, como si el paso de los años hubiera comprimido las cosas

o mi mente las ampliara en el recuerdo. ¿Me pasaría lo mismo con mi familia? ¿Cómo sería abrazarlos después de tantos años? Aunque me había preparado fantaseando con sus cambios físicos, ahora que las lágrimas se me escapaban con tanta facilidad, mi posible reacción me aterraba. ¿Qué dirían al ver mi cara con cicatrices? ¿Qué diría mi madre al ver mi flacura? Apenas el bus entró al paradero, yo con los ojos largos, el cuello estirado, busqué a mi familia. En todos los señores bajos de cabeza redonda creía ver la silueta de mi padre; en las señoritas macizas, a mi madre. Mientras esperaba por mi maleta, aguzaba el oído por si distinguía entre las voces los tonos familiares que recordaba. Nada. Bajos, gordas, risas, chillidos de encuentro. Puras equivocaciones. ¿Qué tipo de expectativas me había hecho? De pronto, en el tumulto de gente que se agolpaba rodeando al tipo que repartía las maletas, vi a mi hermana María Luisa. Avancé hacia ella. Nos abrazamos. Me decía palabras cariñosas de bienvenida, pero su abrazo fue como si el estampado de flores de mi blusa tuviera espinas. ¿Qué podía hacer yo? Tuve que aflojar la presión y retirar mis brazos mucho antes de lo que hubiera querido. ¿Y los demás?, pregunté. No me contestó; en cambio me presentó al marido y al hijo que la acompañaban. Hola, María Rosa, dijo el cuñado, y eso fue todo. Después, en el auto, durante el trayecto, me enteré de que trabajaba un taxi, como mi padre. La fábrica Tres Montes en Viña, donde era obrero, había cerrado. No supe nada más. Él tampoco quería saber de mí, al parecer. Se mantuvo todo el viaje en silencio. En cambio mi hermana no paraba de hablar, pero de sí misma.

Empezó por su físico: cómo se había tatuado las cejas, por qué había decidido ser rubia platinada y no morena, cuánto tiempo le tomaba colocarse las uñas postizas. Si yo intentaba hacer un comentario, me interrumpía. Espérate, decía, han pasado años y se han juntado muchas cosas, ¿ves?, y continuó: entre otras cosas, se había transformado en dueña de la peluquería en la que había entrado a trabajar de joven. Sin que yo le pidiera nada, dijo que sí, que obviamente me haría todo tipo de tratamientos. Te hacemos un buen corte y con unas mechas rubias vas a ver cómo se te ilumina la cara. Podemos hacer una limpieza y aplicar una máscara de avena para suavizar el cutis. Un masaje, por supuesto. Yo misma te hago el masaje, Rosy, te voy a dejar estupenda. Finalmente dijo que no me preocupara porque iba a ser gratis. Eso creo. Yo había dejado de prestarle atención y miraba a mi sobrino. Mi hermana, al pasar, había dicho: Éste es Julito. Lo agarró de un brazo y lo sentó en la parte delantera, junto al padre. Julito no dejaba de mirar hacia atrás. Miraba a su madre, después me miraba a mí y sonreía. Un hilo de saliva le caía por la comisura de los labios. Según mis cuentas, debía tener quince años. Parecía un niño. Tenía ganas de interrumpir a mi hermana para preguntarle por qué su hijo era así, pero cómo. Resultaba obvia su táctica para eludir lo que, con toda seguridad, le hacía doler el alma. No me estaba enseñando nada. ¡Rosy! ¿Me estás escuchando? Mi hermana me golpeó el hombro. Claro, contesté, dijiste que todo me lo vas a hacer gratis. Pero te preguntaba cuándo, dijo ella. Porque vas a seguir viniendo, ¿verdad? Dije que por supuesto. Y eso fue

lo más cerca que mi hermana y yo estuvimos del tema de mis largos años de ausencia. Ella continuó hablando de tratamientos de belleza hasta que mi cuñado, el silencioso, dijo: ¡Llegamos! Espero que tengas hambre, María Rosa. Mis suegros tiraron la casa por la ventana. Invitaron a medio mundo para recibirte.

La casa quinta con la que yo soñaba se había vendido hacía años. La casa nueva era en extremo pequeña, pareada, con un living comedor, dos dormitorios y un patio trasero de cemento donde la parrilla para el asado ocupaba casi todo el espacio. Tal vez era una casa normal y la empequeñecía mi cansancio de los espacios diminutos. Al menos para la cantidad de gente que había, era chica. Estaba mi otra hermana con dos hijas. El marido y el hijo mayor eran marinos mercantes y andaban embarcados. Dos tíos, hermanos de mi madre, con mis tías, tres primos hermanos con varios hijos. Y vecinos de la población. Fue una desilusión que solo la María Luisa fuera a recibirmee al terminal de buses, pero era mucho peor que hubiera tantas personas desconocidas.

Mi madre, la profesora de castellano, era una señora jubilada que después de los arrumacos de bienvenida se dedicó por entero a cocinar y solo de tanto en tanto, disimuladamente, casi de reojo, se asomaba a mirarme. La reacción de mi padre, que por el contrario me atosigaba con atenciones, también era molesta. No sabría decir cuál de los dos me incomodaba más. Una vez superada la etapa del recibimiento, las felicitaciones por mi regreso, los saludos iniciales, yo notaba que la gente quería

alejarse. Decían que hacía calor, que se estaba mejor en el patio. Estoy segura de que era estar conmigo lo que no soportaban. Mi padre los obligaba. La María Rosa es la homenajeada, decía. Entonces la conversación pasó a ser un ejercicio gimnástico: de los recuerdos de mi niñez o adolescencia se saltaba al presente. ¿Otro pisco sour, Rosy? ¿Más choripán, empanadas de queso? También hay ponche. Mis hermanas, las peores. Yo seguía el juego de eludir aquellos años de la mejor forma posible. Aportaba con anécdotas, me reía, pero disimular con la comida era un martirio. Aún me costaba comer. Tenía que masticar despacio y tomarme el aperitivo a sorbitos. Tampoco era el momento para relajarse con alcohol.

Mi padre, por lo visto, no opinaba igual. Ya estaba borracho. Había salido al patio con algunos de los parientes y vecinos. Ubicados alrededor de la parrilla, a cada rato les llenaba las copas. ¡Salud por mi hija María Rosa! Pero se había olvidado de mí. Se fueron armando grupos. El ambiente se relajó. Incluso, en un momento, me encontré sentada en el sillón, igual que en mi departamento, sola. No sé si fue ahí o más adelante, pero de pronto el hijo de mi hermana, el que no paraba de sonreír, preguntó a voz en cuello si yo era la puta perdida. Se hizo un silencio. Yo me paré al baño. No quería llorar delante de todos. No me dolió lo que dijo. O a lo mejor sí. Pero ver la cara de ese niño y la forma en que mi hermana lo trataba, eso me descontroló. Cuando volví, el niño no estaba y había que sentarse a la mesa. Empezamos a comer como si nada hubiera pasado, como si el niño no hubiese

dicho nada, como si yo no hubiera estado tanto rato en el baño, como si yo nunca hubiese desaparecido. Al final, vinieron los discursos. Primero mi padre, mis hermanas, mi madre: todos dijeron palabras de bienvenida, y cuando me tocó mi turno, aunque el tema no se había tocado, pedí disculpas y mentí nuevamente. A pesar de las copas de vino que había tomado, esta vez no me equivoqué ni en las fechas ni en nada. La historia me salió perfecta.

Para alojarme, mi madre había acondicionado el cuarto en que guardaba sus cachivaches. Tiró algunas cosas a la basura, acomodó otras en casas de vecinos y parientes, y las que no pudo eliminar ni trasladar, supongo que por el peso, las arrimó hacia un costado. En el escaso espacio libre, cerca de la ventana, instaló una cama y un velador con su lamparita. Entonces me acosté con la antigua máquina de coser Singer casi encima de la cabecera, el destortalado maniquí de fieltro a los pies, y rodeada por cajas de cartón de la fábrica Tres Montes que contenían los libros de mi madre. Como para asegurarse de quién sabe qué, las había sellado con varias vueltas de cordel. Yo estaba agotada, bastante mareada además, pero no me aguanté y me levanté a hurgar. En la primera caja que abrí me topé con *La Odisea*. Era una edición antigua, de tapas negras con letras doradas. *¡Coménteme sus lecturas, muñeca!* El Príncipe me llevaba libros al encierro. Antes que la ropa, las cremas, el espejo, ¡libros! Al principio hojeaba dos o tres páginas y luego me quedaba dormida. Pero al cabo de un tiempo fue todo lo contrario, la claridad del nuevo día en el ventanuco me encontraba leyendo. Me fui dando cuenta de que podía hacer míos esos mundos imaginados, cambiar

el baño en que estaba por otro espacio cualquiera. *¡Coménteme sus lecturas, muñeca!* Hablé de Odiseo, de Telémaco, hasta del viejo Laertes le hablé. ¿Cómo iba a saber que todo era parte de un plan finamente urdido? Entonces era casi una niña, una cría, una pendeja... Ni siquiera tenía ideas propias. El Príncipe se metió en mi cuerpo. También en mi conciencia. *Es imprescindible eliminar al enemigo, muñeca.* Yo dependía de él. Completamente. Quería hacer todo lo que él me pidiera. Y lo hice.

Dejé a un lado *La Odisea*. Tomé la tijera que estaba encima de la máquina de coser y corté con desesperación los cordeles del resto de las cajas. Quizás cuánto tiempo hacía que mi madre tenía guardados sus libros. Las tapas se abrían soltando un polvillo que me hacía toser, estornudar. Empecé a sacar libros. Como si en uno de ellos pudiera encontrar la explicación de lo que yo había cometido. Una clave para librarme de la rabia: tomaba uno, leía el título y lo tiraba encima de la cama. José Emilio Krank Mendieta me había usado como un estropajo. Un instrumento desecharable. Eso fui. Pronto, la pieza tan pequeña estaba llena de polvo, me costaba respirar. Pero no podía detenerme. Seguía lanzando y lanzando libros. Por qué lo hice. ¡Qué mierdas hice! ¿Y entonces? Entonces cambié como el viento. La torturada, me creí la torturada heroica, la prisionera política que había sobrevivido, la víctima. ¿Pero me lo creía realmente? Llegué a Uppsala: atención médica, siquiatra, cursos de sueco, departamento con cocina, alfombra, buena calefacción, especialización profesional, un sueldo. ¿Me lo creía?

¿Qué haces ahí parada, sin acostarte?, preguntó mi madre desde la puerta. ¿Y qué pasó con mis libros, por Dios? Y mírate tú cómo estás, toda negra de polvo. No sabía qué contestarle. ¿Puedo llevarme algunos libros a Santiago? Hace tanto tiempo que no leo. Llévatelos todos si quieres, dijo ella. Le pregunté cómo una profesora de castellano podía abandonar una afición que adoraba. Mi madre, con su facilidad típica para darles profundidad a los lugares comunes, me contestó: Cada día tiene su afán, hoy bailo tango. Ayer es ayer y hoy es hoy. Ahora hay un club de tango cerca de la plaza. Ahí vamos con tu papá, los sábados.

Salí al baño para lavarme las manos y la cara, llenas de polvo. La voz que me decía lo que tenía que hacer con el Príncipe resonaba nítida, única.

25

¿Cómo es eso de que no vas a la fiesta? ¿Qué tiene que importarte si llegas como mi amiga, mi puta, mi amante o mi soplona? ¿Se te olvidó quién manda? ¡Cuántos años llevamos aquí! Un departamento a toda raja para la perla. Pero esto se puede acabar cuando yo quiera. No grita. Al contrario: susurra. Pero con el cañón de la pistola va botando cosas que se quiebran con estruendo en el suelo. Camina entre pedazos de cerámica, casetes, trofeos y flores de plástico. ¿Tengo que recordarte quién es el amo? ¿Quién manda, perra de mierda? Ahora sí está gritando. Lo hace desde el baño. ¿Te quedó gustando vivir encima de un escusado? Porque ahora mismo te encierro. ¡Maraca! El crujido de los vidrios rotos en las baldosas se multiplica, como la cara de ella en los

fragmentos del espejo. ¡Ya, nada de temblequeos! Es una fiesta íntima. Amistades restringidas. Escogidas con pinzas. Si yo digo que necesito que vayas, tú me esperas arreglada y punto. El vestido está sobre la silla, ¿no te fijaste que te compré zapatos nuevos? Vas a conocer gente importante. Son parte de los planes. ¡Nuestros planes! Vuelvo en media hora y usted me va a estar esperando lista, muñeca. ¿Media hora?, pero si recién son las tres de la tarde. ¿Quién te dijo que la fiesta era en Santiago?

A las seis y media el Pontiac cruza el puente que une Concón y Ritoque. A la izquierda la desembocadura del río: aguas turbias, pelícanos, taguas, gaviotas. También totorales y bancos de arena. El olor de la brisa marina se mezcla con los gases de la refinería de petróleo que acaban de pasar. El hombre retoma el tema de la fiesta: cómo debe comportarse, qué debe responder. No deja de insistir en la importancia que tiene el acontecimiento. ¿Va a ser en el club de oficiales?, pregunta ella. Casi estrella la cara en el parabrisas con la frenada. El auto queda a un costado del camino, envuelto en una nube de polvo. ¿Qué fue lo que oí? ¿Hoy has decidido sacarme de quicio? ¿Piensas también que nos van a tomar fotos para las páginas sociales? Sabe que no debió hablar, que es mejor agachar la cabeza y guardar silencio. Pero no puede contenerse y dice: Tú. Fuiste tú el que habló en algún momento de la base aérea. En el verano veníamos con mi familia a Quintero. Conocí por fuera el club de oficiales. Supuse que la fiesta sería ahí, en el club. El hombre baja la ventana. No has entendido nada, dice retirando

bruscamente las llaves del contacto. ¡Bájate del auto! A ver si ahora entiendes, mierda. ¡Bájate, te digo! ¿No te vas a bajar? El portazo estremece la carrocería. La toma del brazo y a tirones atraviesa con ella la carretera. La empuja por la berma. ¡Camina!, le grita mientras los tacos de las sandalias se le hunden en la tierra, mientras se le doblan los tobillos con las piedras. ¡Por aquí!, dice de pronto, separando los alambres de púas que cercan el páramo. Con ella a la rastra, baja y sube dunas hasta detenerse en la cima del montículo más alto. ¿Ves esas barracas, allá al fondo? ¿Las viste cuando venías con tus papitos de vacaciones? Pregunta indicando hacia el oeste. ¿Piensas que siempre fueron cabañas de veraneo? A la distancia, los techos inclinados de zinc con el sol al fondo parecen flotar como embarcaciones a la deriva en un mar de arena. Sabías de su existencia, ¿verdad? Para tu información, en los primeros años fue el mayor campo de prisioneros de Chile. ¡Ahí, en esa mierda, tuve que pasar un año cuidando huevones! Después, otro año más de lo mismo en el campo de Puchuncaví. ¿Tú crees que todo eso está en mi hoja de vida? ¿Que yo me paseo inaugurando obras, saliendo en los diarios, yendo a clubes de oficiales? ¿Es que en estos años a mi lado no has aprendido nada? No te muevas de aquí, le ordena, y se lanza como un loco por la ladera de la duna. Ella, desde arriba, observa la arena que desprenden sus pisadas: una huella, un camino que desaparece junto al hombre en el fondo de la duna. ¡Ven para acá! ¡Baja, ahora! Los gritos se oyen aumentados por el viento. Es una ladera empinada. Duda. Finalmente, con las sandalias en la mano, se desliza como por un tobogán hasta los pies del hombre.

¿Cómo es que se le ocurrió sacarse los zapatos a la muñeca? Imbécil. Eso eres. No has aprendido nada de nada. ¿Qué ves desde aquí? Dime, ¿qué es lo que se ve, mierda? Ella mira alrededor. Arriba solo un trozo de cielo anaranjado. Están como sumergidos en un gran foso gris, en un pozo con paredes de arena. Así trabajo yo, dice el hombre. ¿Quién me ve? Desde la superficie, ¿quién puede verme? Ahora ¡observa! Agachado, en pies y manos raspa desesperadamente en el suelo. Nadie me ve. Nadie puede verme. Pero mira, mira lo que pasa. ¡Que no se te olvide! Nunca más. ¡Mira el poder que tengo! A medida que socava se provocan derrumbes en la ladera. ¡Soy la inteligencia dentro del servicio de inteligencia! Trabajo en la sombra, pero ¿ves esto? Grandes cantidades de arena caen hacia el fondo. La ladera entera comienza a desmoronarse encima de ellos. Él continúa horadando cada vez con más fuerza. ¡Basta, basta! Entendí, entendí. Tienes razón, soy una imbécil, grita ella mientras le aprisiona por atrás los brazos. Lo abraza por la espalda. Mira cómo estamos quedando. Fue una pregunta idiota. Están los dos enterrados hasta las rodillas en la arena. ¿No quieres que dé una buena impresión en la fiesta? Estoy llena de tierra y arena. Tengo todo el pelo revuelto por el viento. Escúchame bien, dice él sacudiéndose: nadie puede saber lo que estamos planeando. Es algo grande, demasiado grande, muñeca. Tú y yo tenemos que seguir en el hoyo. Que no se te olvide nunca. Nunca más. Volvamos al auto. Algunos invitados llegan en avión. Hay que recogerlos. Vamos a pasar primero por la base aérea. Ahí tendrás tiempo para volverte a arreglar.

Los invitados: un hombre y una mujer que hablan castellano con marcado acento norteamericano. En el Pontiac: los dos hombres adelante, las mujeres atrás. Si no fuera porque el extranjero es rubio, ella diría que por la espalda los hombres se parecen. Pelo corto, el mismo ancho de hombros, el mismo cuello. No paran de hablar. En inglés. No entiende lo que dicen, pero nota la familiaridad en el trato. Ellas, en silencio. ¿Y tú? ¿Qué haces? ¿Yo? La sorprende la pregunta. Hace tanto tiempo que no habla con una mujer. Soy enfermera. ¡Ah! Entonces, tú eres la enfermera. ¿La enfermera?, se pregunta ella. O sea, ellos ya saben. No contesta. La mujer vuelve a preguntar. Ella se desentiende mirando por la ventana el resto del viaje.

Anochece. En la calle principal, el *Rendez Vous* con sus puertas azules. Pronto estará lleno de borrachos. La playa de los pescadores. Marineros en la entrada de *La Kelly* esperan que la *boîte* comience su actividad. El bosque de los enamorados. La casa de Coloane, el escritor. La Cueva del Pirata. ¿Pero es que el hombre ha decidido hacer un *tour* por Quintero? Por fin se detienen frente a un acantilado. Dos tipos aparecen de pronto entre los matorrales. Llevan linternas en las manos. Abren las puertas del auto mientras hacen un saludo militar. Caminan. Ellos al frente, iluminando el sendero. Los seis descienden en fila india hasta una construcción de piedra que se confunde con el roquerío: la casa, la reja, la gravilla, incluso el antejardín de docas, parecen salpicados por el tono ocre de la corrosión marina. El portón: abierto de par en par. Después de que el grupo entra, lo cierran con candado.

Nada en el interior hace pensar en un ambiente festivo. Espacios vacíos, penumbra y voces apagadas. De inmediato el hombre ordena que se dirijan al living: un espacio amplio, una mesa de centro, algunas sillas, una lámpara de pie. En cada extremo se destacan como centinelas de bronce tres candelabros. Hay un fuerte olor a humo y cera derretida. La luz de las velas proyecta sombras en las paredes, distorsiona las caras, alarga las siluetas. Si no fuera por el buen corte en los trajes de los invitados, parecería una reunión de zombis. No más los ven aparecer, el ambiente se anima. Quedan en medio de un círculo de personas que los saludan efusivamente con abrazos y palmoteos en la espalda. Especialmente al hombre. Se diría que lo felicitan. Las otras personas que viajaron en el auto parecen ser antiguos conocidos. Solo a ella la presentan. Uno por uno va conociendo a los invitados: dos médicos, un bioquímico, un escritor. No retiene todas las profesiones. Tampoco las facciones. Menos los nombres. Nota que las tres mujeres del grupo tienen acento argentino. Luego se entera de que son uruguayas. La mujer del auto que hablaba castellano con acento gringo es chilena. No puede averiguar muchas cosas más. El hombre la obliga a alternar, la pasea entre los pequeños grupos de conversación que se han formado. Ella no entiende dónde está, con quién está, pero se deja llevar siguiendo al pie de la letra las indicaciones. Pasemos a la mesa, señores. La cena está lista, dice él, después de que uno de los tipos con linterna se acerca a decirle algo al oído. Toman los candelabros y, como en una romería, se dirigen al comedor. Una pieza enorme

comparada con el living. La mesa de mantel blanco, finamente dispuesta. Se ve que al hombre le gusta su papel de anfitrión: indica el lugar preciso donde desea la ubicación de las velas, distribuye los puestos, prueba y aprueba el vino. Durante la cena, dadas las circunstancias, la conversación es bastante trivial: el último partido de fútbol, lo buena que está la carne, las carreras del hipódromo, chistes que van y vienen. A la hora del postre el hombre golpea un vaso con la cuchara. Todos guardan silencio. Hasta verte, Cristo mío, dice bebiéndose el vino. Ella, de inmediato, imita el brindis. Es la única. Los demás, como siguiendo un antiguo rito, aplauden y vitorean sin tocar los vasos. En ese mismo momento los tipos de las linternas sirven champaña. Todos en silencio, atentos. Todavía se oye el sonido de las burbujas cuando el hombre se incorpora y comienza a hablar: Señores, cada uno de nosotros fue elegido. El mismo tono de voz, el mismo balanceo que usa en todas sus arengas. Seleccionado entre muchos otros candidatos. No solo por la excelencia profesional de cada uno, sino porque somos hombres y mujeres que hemos reflexionado sobre el devenir de la humanidad, que tenemos la claridad absoluta acerca del tipo de sociedad que deseamos, no solo en nuestros países sino en el mundo entero. Tenemos plenamente identificado al enemigo de esos ideales, al materialista, al enemigo solapado de la verdad. Nadie tuvo que decírnos nada. Sabíamos de antemano por qué y contra quién es la lucha. Comprendíamos la importancia de lo que aquí, en nuestro país, en nuestro continente, estaba en juego. ¡Por eso fuimos elegidos! Es cierto que tal vez no seremos

testigos de los resultados de nuestra limpieza. Y no es fácil encontrar hombres y mujeres con una real preocupación por los no nacidos, por las nuevas generaciones. Pero ¡aquí estamos! El grupo de operaciones especiales. Multidisciplinario, eficaz. El GOE. ¡Cuatro años trabajando juntos! ¡Realizando grandes tareas! ¿Nos importa que sean otros los que se lleven el crédito de nuestros logros? No, señores. Cuando nos constituimos, ya conocíamos nuestro papel: ser la sombra dentro de la sombra. ¿Pensamos alguna vez que este día iba a llegar? ¿Que el enemigo tomaría la forma de un gigante? ¿Que sortearíamos con éxito tan grande desafío? Yo sí. Perdónenme que me extienda en mis palabras, pero les recuerdo la reticencia de algunos cuando esbocé el plan de solución. ¡Me tildaron de ingenuo! ¡Se habló de la falta de tiempo para llevarlo a cabo! ¡Que sería imposible encontrar a la persona adecuada! Pero, señores...

El hombre camina. Se ha detenido detrás del puesto de ella. La toma por los hombros. Ella reconoce las garras que se le clavan como grilletes. Reconoce el dolor que nace en la base del cuello, en el hueco de la clavícula. El dolor que la recorre, la agita, la transforma. La señorita aquí presente, a quien han tenido el gusto de conocer esta noche, es la pieza que faltaba. El engranaje que necesitábamos en nuestro equipo para que esta misión funcione y tenga éxito. Ella, debajo de la mesa retuerce una servilleta, aprieta las nalgas, las piernas. Finalmente logra corresponder a las miradas con una sonrisa. El hombre la suelta. Mete la mano al bolsillo y saca su pitillera con parsimonia. Toma un nuevo cigarro entre sus dedos. Se lo encienden. Luego de la primera

calada, el discurso se reanuda. Señores, la etapa final. ¡Estamos listos! Ella, en dos semanas más, empieza su trabajo de enfermera en la clínica. Se hace un silencio. ¡Por nuestro éxito!, exclama el hombre. Todos se incorporan con las copas de champaña en la mano. Beben. También ella.

¿Me puedes explicar de qué se trata todo esto? ¿Qué es lo que está pasando? ¿Cómo es que yo empiezo a trabajar en una clínica? ¿Por qué no me lo habías dicho antes? El hombre larga una tremenda carcajada. Una sorpresa, muñeca. ¡Un nuevo regalo de su Príncipe! Imagine a un novio abriendo la caja del anillo después de la comida. Eso fue. ¡El mejor de todos los regalos! Empiezas a trabajar en una clínica verdadera. ¿No querías volver a la vida? Y esa carita. No me diga, mi reina, que no aprecia el gesto. El plan, dice ella. A cada rato hablas de que yo voy a tener que hacer algo. ¿Qué? ¿Qué es lo que tendré que hacer? Tengo miedo. ¿Cómo voy a trabajar en una clínica? No tengo experiencia. ¿Cómo que no? ¿Y todo lo que hizo en "El Cielo", mi reina? ¿Cree que no tengo registrados los comentarios? Mire, otro día le explico. Esta noche se me terminaron las ganas de hablar. Ahora es noche de juegos. De éstos que usted ha aprendido a jugar tan bien. Éstos que la hacen jadear. Toque cómo estoy. Ya pues, desabrócheme el cinturón. Saque el animalito. ¿Quién es la muñeca que sabe cómo me gusta?

Están solos en la casa. En el dormitorio. A través de la ventana se observa la luna llena. Hay marejada. El sonido de la rompiente estalla una y otra vez dentro de la pieza. Parece remecer los muebles.

¿Cuándo se fue todo el mundo? Es un misterio. Ni siquiera se sintió ruido de motores. Pero a las dos de la mañana nadie diría que en esa casa hubo una cena. Desaparecieron hasta los que hacían de mozos.

¿Y si me niego? ¿Si te digo que hasta aquí no más llego? No quiero. No me voy a mover. No voy a seguir en esto. Habla sentada encima de la cama, apoyada en el rincón del ángulo que forma la pared. Se abraza las piernas y, como la cabeza está hundida en las rodillas, apenas se entiende lo que dice. No puedo, no puedo seguir. Él: ¡Ah!, de eso se trata la cosa. Con que vamos a ponerle color a la noche. ¡Bravo, bravo! Muñeca, fui un tonto. En realidad, la invité a una fiesta. Tiene toda la razón. La noche es joven. Hay que ponerle color. No se mueva de ahí donde está. Siga acurrucada en el rincón. Yo me voy a entonar.

El clóset al que el hombre se dirige es amplio. Al abrir la puerta se observa todo tipo de prendas: pantalones, chaquetas, zapatos. Todas con ese olor mezcla de tabaco y alquitrán que a ella le recuerda el ferrocarril. También huele a moho, el olor de la ropa que se guarda en las casas de playa. Se nota que el hombre es obsesivo en sus gustos: una de las gavetas transformada en minibar con igual marca de papas fritas, el mismo tipo de aceitunas. Los vasos y la botella de *Jack Daniels* a medio llenar. No mucho, solo dos dedos, dice mientras se sirve. No quiero estar demasiado borracho para el show de esta noche. Esta vez va en serio, dice ella, te juro que no puedo más, ¡mátame! A mí, a mi familia, a todos. ¡Haz lo que quieras!, grita desde la cama. Te falta, muñeca.

Tienes que hacerlo igual que las otras veces. "A la primera me voy a arrancar", la imita él con voz de falsete. Como en el departamento: "Voy a delatarte, voy a hablar". La voz de niño chico que ha estado usando cambia de repente. Las cosas no se dicen, las cosas se hacen, mierda. ¿Alguna vez te has atrevido a cumplir tus promesas? Luego de empinarse el vaso, se sube a la cama. Arrastrándose, de rodillas, llega hasta ella. Le levanta la cara. ¡Mírame, mierda! No quisiste tocarme, abrirmé el marrueco, ¿verdad? No tenía ganas la reina. No quiere seguir cooperando. No le importa que la mamita y el papito mueran atropellados. Ahora, en un segundo, te voy a dar lo que te gusta. A ver si más contenta se te pasa la lesera. El cinturón que lleva es fino, delgado, de éhos que se usan en los ternos. Desabrocha la hebilla. Se lo saca de un tirón. El roce del cuero al pasar por las presillas produce un zumbido extraño. Ella queda prendada del ruido. No puede evitar seguirlo con la mirada. Un círculo negro, como una enorme corona, demasiado grande para su cabeza, se desliza hasta el cuello. Los dedos del hombre pasando la punta por la hebilla han transformado la correa en soga. La ahorca. No, esta noche no podemos jugar al ahorcado. Qué pena. No podemos dejar marcas. ¿Cómo se vería la nueva enfermera de la clínica con el cuello morado? Vamos a hacer otra cosa. Sácate la ropa, mierda. ¡En pelotas!

La claridad de la habitación parece borrar de una plumada la violencia de la noche. Entre las sábanas, dos cuerpos desnudos duermen plácidamente. En el velador, restos de comida, vasos, ceniceros repletos

de colillas. El hombre despierta preocupado. A esa hora deberían estar ya en la carretera volviendo a Santiago. Como siempre en las mañanas, está cariñoso. Desde la ducha le grita que tomarán desayuno en el camino. Pero en el restaurante ella no prueba bocado. No seas idiota, muñeca. Si tú eres mi actriz principal. Si no te he explicado antes los planes ha sido por un asunto de seguridad. ¿Se acuerda de los indeseables? Ella empieza a masticar una tostada, a tomar pequeños sorbos de café con leche. ¡Bien, mi reina, así me gusta! Coma también huevito revuelto. Mi enfermera favorita tiene que estar fuerte para la misión que se le viene encima. Pero conteste como a mí me gusta: míreme a los ojos. Diga qué son los indeseables. Ella: Gente capaz de destruir el nuevo país que se está construyendo. No son muchos, pero son peligrosos. Él, riéndose: Bien, muñeca, bien. Está aprendiendo. Bueno, en dos semanas se interna un indeseable en la clínica. ¿Y cómo estás tan seguro? Él: ¿Pero tú crees que esa información me cayó del cielo? Por Dios que me ha costado enseñarte. O es que te has empecinado en sacarme de quicio, ¿quieres que te repita toda la planificación cuidadosa que requiere el manejo de los indeseables? Ella: No, no es necesario, pero me entero de un momento para otro que voy a empezar a trabajar. Estoy llena de preguntas. ¿Para qué me necesitas a mí en la clínica? No puede seguir hablando. Él ha cruzado el cuchillo del pan sobre su boca. Las personas en las mesas cercanas se dan vuelta extrañadas a mirar la escena. Con el cuchillo como puntero: Debes pensar que yo tengo una buena razón y punto. A ese indeseable hay que

neutralizarlo. ¿Me estás pidiendo que mate a alguien? Muñeca, ¿matar, usted? ¡Cómo se le ocurre! No haga preguntas tontas y escúcheme. Durante dos semanas, todos los días, paso a paso, va a repasar las acciones que tendrá que hacer dentro de la clínica. ¿Escuchó? Tienes dos semanas para aprender. Y, muñeca: no puede fallar. Yo soy un duro. A mí nunca me falla nada. Ni nadie.

26

Está agotada. Para conseguir el reemplazo como enfermera en la clínica hubo que presentar un currículum. Ha repasado esa vida inventada hasta creerla propia. Ha visto mil veces las fotos de los funcionarios que trabajan para el hombre dentro de la clínica. Podría distinguirlos entre una multitud de personas similares. Cuando ejecuta el montaje con las instrucciones del hombre recuerda hasta el menor detalle. Pero el hombre insiste. Hoy toca otra noche de ensayos. ¿Hasta cuándo va a durar el adiestramiento?, pregunta ella. Ya no puedo más. Todas las noches sueño con lo que tengo que hacer. Siento que me estoy volviendo loca, que me estoy enfermando. ¡Muñeca! En la camada no se elige al cachorro más débil para sacar un perro campeón. Conozco tus capacidades. Yo a usted la conozco mejor que nadie, mi reina. En todo caso, tranquila, ésta es la última noche. Ya está lista. Y, para que no sea tan brusco el cambio, mañana mismo empiezas a trabajar en la clínica privada del doctor Arriagada. Lo conociste en la casa de Quintero. ¿Cuál es Arriagada? Porque esa noche había varios médicos. El alto con cara de imbécil. ¿Y a ti qué tendría que importarte?

Yo te voy a llevar. No logro entender por qué me necesitas a mí en ese trabajo. ¿Por qué no lo hace uno de ellos? Tontita, no ve que los indeseables también tienen sus métodos. ¿Qué pasaría si uno de nosotros apareciera conectado con la clínica? En cambio, ¿quién sabe de tu existencia? Tú existes solo por mí.

27

Hoy, como todas las mañanas desde que trabaja en la clínica, mientras se arregla y toma desayuno, escucha las noticias en la Radio Cooperativa. Luego del último sorbo de café apaga la radio, toma el abrigo, la cartera, y sale. Cruza el parque y camina sobre el puente peatonal que comunica ambas orillas del río. No altera la rutina. Se detiene a observar cerca del cauce a una gaviota que lucha con las palomas por un trozo de inmundicia. A una cuadra de distancia la espera el edificio blanco con las dos ambulancias estacionadas frente al cartel que dice "Urgencias". Mira a la gente que a esta hora ya entra y sale por la puerta principal. Ayer, cuando el contacto confirmó que la intervención sería hoy, le pareció que alguien le tensaba una cuerda entre las sienes. Se siente mareada. Antes de entrar a la clínica tiene que apoyarse en un poste. Tiene una vaga sensación de náusea. Trata de vomitar. Pero no puede.

Necesita que ese día, tan distinto, sea igual a los otros para no aterrarse. Teme quedar en blanco, equivocarse, o perder la valentía en el último minuto. ¿Qué pasaría con el Príncipe si la misión fracasara? Él le importa. La tranquiliza pensar en él.

Entra al vestuario y abre el casillero, al fondo, tal como él dijo. Ahí están los frascos. El más grande contiene un líquido transparente como el agua. El pequeño, un polvo amarillento adherido al vidrio, apenas una filigrana. No sabe exactamente qué es, El Príncipe nunca lo nombró, solo habló del peligro que implicaba su manipulación. Ten cuidado, si se te llega a meter por alguna parte, la muerta eres tú. Se viste con su uniforme. Por la puerta entreabierta del casillero mira los frascos, sin animarse a tomarlos. Finalmente, cuando se van las otras colegas, los recoge. Los esconde en un bolsillo del delantal. Sale a realizar las labores de un día cualquiera. El temor a que los frascos se rompan contaminando el ambiente, a que por alguna razón desaparezcan o se esfumen en el aire, le corta el aliento. Como si fueran un amuleto, los palpa a cada rato. Siguen protegidos en el fondo del delantal. La intervención sería en el pabellón seis, a las diez de la mañana. Repite: Pabellón seis, diez de la mañana. Toca los frascos. Mira el reloj. Vuelve a repetir: Pabellón seis, diez de la mañana. Cuando llega la hora toma una jeringa, un par de guantes y va al baño. No hay nadie. Pone los frascos sobre la tapa del estanque. Las instrucciones del Príncipe retumban todavía en sus oídos: Aspirar 2 cc de diluyente, ¡cuidado! Al mezclar el diluyente con la toxina no se pueden formar burbujas. Mezclar con movimientos suaves. Por ningún motivo agitar. Retirar hasta la última gota del preparado. No tiene ningún problema al hacerlo, lo ha ensayado mil veces. La dilución de la toxina tiene un tinte ambarino, casi hermoso, como una joya. Sale con la jeringa cargada en un

bolsillo, los frascos vacíos y los guantes en el otro. Al volver al pabellón, el equipo médico conversa, como siempre, animadamente en los lavamanos. Está un rato con ellos. Luego va al cuarto de la esterilización. Despacha a la auxiliar ordenándole que traiga materiales que están en otro piso. Una vez sola, se acerca al estante donde se guardan los paquetes de compresas. Sin perder un instante, inocula el líquido en uno de los paquetes, tal como en los ensayos: la aguja traspasa la huincha con rayas negras que sella el material esterilizado. Dentro del paquete la solución se evaporará, contaminando la tela. Luego espera a que la auxiliar vuelva. Necesito más compresas en el pabellón, me llevo tres paquetes, dice. Los toma sin perder de vista la minúscula punción en medio de la raya negra. Cuando sale de la sala de esterilización, la camilla con el paciente cruza las puertas batientes del pabellón número seis. Entra. Pone el paquete en la mesa auxiliar. Lo abre. La arsenalera toma las compresas contaminadas. Mientras las ordena sobre la mesa operatoria, le da las gracias con una sonrisa. Le responde: Dejo dos paquetes más por si te hacen falta. Se va directo al vestuario: esta vez no hay nadie. Le cuesta creer lo fácil que ha sido. Deja la jeringa junto a los frascos y los guantes dentro del casillero. Cierra la puerta y continúa con su trabajo por el resto del día. En la tarde, cuando se viste nuevamente con tenida de calle, el material contaminado ha desaparecido del casillero.

En el departamento el hombre la está esperando. La recibe. La alza en brazos. Gira con ella por la habitación al ritmo del rock and roll que tocan en la

radio. Grita: Una victoria más. Un nuevo logro. Ella: ¡Sí! Me vine corriendo de la clínica para contarte. Sin detalles, muñeca, supe que fue un éxito y basta. Ella, besándolo: ¡Lo hicimos! ¡Lo hicimos! Bruscamente la baja al piso. ¿Qué significa esto? Dije silencio, boquita cerrada. Usted no habla, ni mira. Con una cinta negra le venda los ojos. La guía de la mano hasta el dormitorio. Sobre el velador: un ramo de rosas. En la mesita: una botella de champaña francés, copas y una bandeja con ostras y trozos de limón. ¿Huele lo que le tengo, muñeca? Son flores, me tienes flores. Le tengo algo más que flores. La tiende en la cama, se inclina para morderle el cuello. Ella se ríe, lo atrae, lo abraza con las piernas. Espere. ¡Chitas que llegó apurona! Como un balazo se oye saltar el corcho de la botella de champaña. ¿Le gusta? El líquido helado chorrea por la cara, los labios, el cuello. Ella con una sonrisa lo saborea. Está rica. Sírveme un vaso. Tengo sed. Cállese y abra la boca. Con los dedos en pinza toma una ostra, suavemente la deposita sobre la lengua. Nuestro manjar preferido, muñeca. Ella siente el sabor ácido, metálico, que le repugna. Piensa escupirla; finalmente se la traga haciendo arcadas. ¡Qué imbécil, cómo me fui a olvidar de que no le gustan las ostras! Por lo menos no en la boca, ¿verdad? Larga una carcajada. La ayuda a sentarse y le quita la venda. Sirve dos copas de champaña. Con la copa en una mano y una ostra en la otra. Lástima. Me las tendré que comer directamente de esta conchita. La patria exige tremendos sacrificios, muñeca. ¡Qué más quisiera yo que despedirme jugando el jueguito de las ostras! Pero la pasan a buscar luego, no hay tiempo para darnos el gusto.

¿Cómo que me pasan a buscar? El hombre choca las copas. Por nuestra despedida. ¿Despedida? ¿De qué estás hablando? No hubo tiempo de avisarte. En quince minutos te pasan a buscar para llevarte al aeropuerto. ¿Qué? ¿Ahora, al aeropuerto? Sí, su Príncipe se preocupó de todo, como siempre. Tus maletas están listas. No te va a faltar nada. El chofer te va a entregar el pasaporte y el pasaje. ¿Pero por qué? Yo iba a seguir un tiempo en la clínica. ¿Te acuerdas de que dijiste que te iba a seguir ayudando? ¿Te acuerdas? ¿Hubo algún problema? Muñeca, el plan sería un fracaso si no apareces en Suecia como refugiada política. ¿Lloriqueos? Déjate de huevadas. En este juego somos peones. Lo has sabido siempre. Cambié la estrategia y punto. Mírame a los ojos. Apenas salgas por la puerta vas a olvidar por completo estos años conmigo. ¿Olvidar? ¿Me estás pidiendo que me olvide de ti, de nosotros? Mírame y grábalo en tu mente: nosotros nunca existimos. Nada de esto existe. ¿Escuchas el timbre? Ese sonido es real. Llegaron a buscarte. Vuelves a ser María Rosa Santiago López, la enfermera torturada. En Suecia te están esperando. Estás libre. Libre para hacer con tu vida lo que quieras.

28

Empecé a visitar Limache hasta el día de la pelea con mi hermana. Iba en mis días libres. Todos estaban felices con mi regreso, al menos eso decían. Yo tenía mis dudas. Mi presencia provocaba una familiaridad forzada que saltaba a la vista. Que si había amanecido bien, que si no me dolía nada, que si tenía hambre, o frío, o si quería comer esto

o lo otro. Eran mimos permanentes, la mayoría innecesarios. A la larga, la preocupación por mí, especialmente de mis hermanas, resultaba artificial y confirmaba mis sospechas. Aunque en el fondo yo sabía o creía entender que lo que pasaba era por culpa mía, me molestaba muchísimo. Para relajarme, salía a caminar por el barrio, sola. Por ningún motivo quería una confrontación, al contrario. Pensaba que con los años la distancia, la brecha, o lo que fuera que el secreto que yo acarreaba había abierto entre nosotros, iba a desaparecer.

Cuando estaba en la casa y mi madre necesitaba ocupar mi pieza, a veces me sentaba a leer en un rincón del living. Ensimismada en la lectura, trataba de pasar desapercibida. Ese día, apenas me vio, mi hermana María Luisa fue a buscar el chal a cuadros. Era una tarde de sol pero quería taparme las piernas. Para que no te vayas a resfriar, Rosy, dijo. Yo estaba de mal humor, no pude aguantar la ironía. ¿Por qué tantos cuidados? ¿Qué crees que soy? ¿Un huésped ilustre? ¿Alguien de la realeza? Soy la María Rosa, tu familia no más. Mi hermana me miró, no más de una fracción de segundo. Después me dio una bofetada que me dejó ardiendo la cara. Me quedé inmóvil. ¿Qué te has imaginado, mierda?, dije, ¿qué te he hecho yo a ti para que me ataques de esta manera? Estábamos frente a frente. ¡Tú eres la mierda! ¡Mil veces mierda!, dijo ella. Dices que eres de la familia y preguntas qué nos pasa con cara de mosca muerta. ¡Es increíble! ¡Pasa que nos cagaste la vida a todos y nos estás cagando de nuevo! ¿Nunca lo pensaste, Rosa? ¡Dime que en realidad no tienes idea de cómo nos cagaste la vida! ¡Dímelo aquí en mi cara! No, no tengo idea, dije desafiante. Han pasado dieciocho

años, Rosa. ¿No sabes acaso cómo se enfermó la mamá buscándote? Visitando milicos, asociaciones, puertas de embajadas, de curas. ¿Quién la acompañaba? Nosotras. La Cristina y yo. Nos obligaba. Nos pegaba una foto tuya en los chalecos. Teníamos que andar así, contigo sobre el corazón para que no te olvidáramos, decía. ¡Y las huevonas le hacíamos caso! No sabes el tiempo, los años que perdimos. ¿Por qué lo hacíamos, Rosa? ¡Contesta! ¿Sabes por qué lo hacíamos? No respondí. ¡Por sentimiento de culpa! ¡Nos sentíamos culpables de estar vivas y tú muerta! Seguía zamarreándome. Quise levantar los brazos para defenderme y no pude. Había perdido la fuerza. Mi cabeza iba hacia delante y hacia atrás. Quise que me sacudiera aun más, quería aturdirme para no escucharla. Pero mi hermana me había soltado, se había dejado caer en el sillón, sollozaba con la cara entre las manos. ¿Por qué te apareces ahora, Rosa? ¿Por qué cagarnos más? Son dieciocho años sin una sola llamada. Supimos que estabas en Suecia. Tratamos de ubicarte. Nóminas de hospitales, casas, departamentos, ahí donde hubiera chilenos te buscábamos. Casi nos volvimos locos siguiendo tu pista. La pesadilla empezó de nuevo. Ningún dato era seguro. ¿Por qué no te comunicaste? Como continuábamos sin saber de ti, en un momento la mamá y el papá optaron por enmudecer. Nunca nadie pudo volver a decir tu nombre en su presencia. Pero en el silencio estabas más presente que nunca, ¿entiendes? ¡Fue peor que acarrear tu foto en los chalecos! ¿Tú? Nada. ¿Qué pretendes apareciéndote así como un cadáver viviente? Fiesta de bienvenida... ¿qué es lo que andas buscando?

No sé en qué momento se le había desarmado el moño a mi hermana. Un mechón platinado y un par de horquillas le caían sobre un hombro, tenía la pintura de ojos corrida y los labios pálidos, sin rastros del color encendido que le gustaba usar. Tienes toda la razón, dije, no puedes saber por lo que he pasado. No te lo puedes ni siquiera imaginar. Y yo no puedo contarte, no todavía. Pero ¿sabes qué quiero? Quiero hacer aseo, barrer, por ejemplo. Ayudar en la cocina, hacer compras en la feria. Quiero estar casada y volver del trabajo a cuidar hijos, hacer tareas con ellos. Ella, nerviosa, sin entender mucho, creo, aseguraba el mechón caído con la horquilla. Quiero tejer, a lo mejor ir a misa el domingo y juntarme después a comer empanadas con la familia. Me preguntaste qué es lo que realmente quiero, ¿verdad? Eso es lo que quiero, quiero tu vida, María Luisa, o la vida de la Cristina, o la vida de cualquier mujer. Ahora me voy al dormitorio porque me duele la cabeza.

29

Esta vez el azar me ayudó. La condición médica del Príncipe había mejorado, estaba en Cuidados Intermedios, una sección más tranquila, con menos trabajo asistencial, y en la que en ese momento faltaba personal. Fui donde el jefe a ofrecerme para el reemplazo. Le dije que tenía un familiar enfermo, en Limache, alguien muy querido, y que el pago de esos turnos extras me permitiría solventar el aumento del gasto. Voy a tener que viajar al menos una vez por semana, dije. ¿Usted tiene familia?, preguntó, para luego corregirse sobre la marcha: Me refiero,

por supuesto, a la familia en Limache. La estela de soledad que dejaba a mi paso era demasiado visible. Hasta el jefe pensaba que yo era producto de una reproducción espontánea o algo por el estilo. ¿Por qué me daba pena? Hasta ahora nunca me había importado. Sí, contesté. Mi familia es de Limache y los pasajes están cada vez más caros. Quizás por el bochorno, o porque mi desempeño profesional era impecable, me facilitó el permiso sin chistar. Eso sí, por no más de dos meses. No quiero una jefa de turno agotada, dijo. ¿Dos meses? Tiempo más que suficiente. No puse la menor objeción.

Esa misma noche ya era la enfermera a cargo de Cuidados Intermedios. Cuando entré a la sala y el Príncipe vio que no me dirigía hacia su cama, sino hacia la enfermera para recibir turno y hacerme cargo de la sección, empezó a tocar el timbre de emergencia. Al mismo tiempo sonó la alarma del monitor. En la pantalla los números, marcando el pulso en 120, se apagaban y se prendían. Qué extraño, dijo mi colega. Ese paciente ha estado estable todo el día. Pensé que no te iba a dar ningún trabajo. Nos acercamos a él. La presión y otros signos estaban normales. ¿Está con mucho dolor? ¿Es eso?, preguntó mi colega, pasándole la pizarra. Él dibujó una línea vertical, recta de principio a fin, con el plumón negro, algo difícil de lograr para alguien en su condición. Cuando estaba a punto de hacer un siguiente trazo, dejó caer la mano, rendido por el esfuerzo. La pizarra blanca quedó con el trazo negro, como partida en dos. ¿Qué querrá decirnos?, dijo la enfermera. Yo lo sabía: me dibujaba cruces para pedirme que lo matara. Demasiado adolorido

para escribir, ¿verdad que es eso?, dije mirándolo con una sonrisa, y tomé la pizarra para dejarla en su sitio. Quédese tranquilo, agregué, no falta nada para que pase la ronda médica.

¿Te fijaste con qué cara nos miraba?, comentó la colega antes de marcharse. Nunca lo había visto así. El cáncer de laringe es una mierda. Pero mientras no se estabilice la parte cardíaca, no lo van a trasladar a la sala. Pasé por alto el tema del cáncer y agregué un comentario acerca de la conveniencia de la sala con respecto a las visitas. ¿Visitas?, dijo ella. Mira, yo soy nueva, pero me han dicho que el de esa cama es más solo que un dedo.

No niego que cuando la enfermera se marchó, por un momento oí dentro de mí la voz de la pena. Pero era otra voz la que me tenía aquí. Una voz más potente. Movilizadora. Después de esa noche en la casa de mi madre, la rabia me hablaba hasta en los sueños. Soñaba con tumbas, huesos perdidos, calaveras, campos cubiertos de cruces. Encima, un pasto que el Príncipe me obligaba a mantener verde y podado. Despertaba sudando y con el cuerpo tieso. La sensación de odio era tan vívida en el sueño que, ya despierta, seguía allí. Esa vez, en el avión rumbo a Suecia, pasaba de una imagen a otra sin ninguna emoción. Pero en el momento del aterrizaje me vi llegando sola a ese país desconocido y me dio pánico. ¿Irían a detenerme? ¿Quién me esperaba en Estocolmo? Quedé aturdida. Enferma. Cuando un tiempo después apareció en los diarios suecos la noticia, y los chilenos que me recibieron me la traducían, comentándola y preguntándome cosas sobre la situación en Chile, los oía sin entender. Sin

sentir. ¿Sentir? Yo sentía. Quedaba menos de una hora para la ronda médica y no podía darme el lujo de dejar pasar el tiempo con más reflexiones. Rápidamente distribuí el trabajo entre el personal auxiliar que me acompañaba. Hoy voy a cambiar el orden, les dije. Voy a empezar yo por la última cama.

Las salas de UTI y de cuidados intermedios, debido al tipo de procedimientos allí realizados, tenían cortinas que colgaban desde el techo al suelo, separando una cama de otra. Cerré la cortina. Quedamos el Príncipe y yo solos, en un cubículo de tela. Me estaba esperando, lo vi en su mirada. Mientras yo y la otra enfermera terminábamos de entregar el turno, él se las había arreglado, no me explico cómo, para alcanzar el plumón y la pizarra. La tenía sobre su pecho. "Esta noche", decía el mensaje. El hombre no tenía dudas: yo estaba ahí para cumplir su voluntad. ¿Era porque alguna vez, hacía tanto tiempo, me compadecí de él? No puedo acabar adentro de una mujer. Adentro de ninguna parte de una mujer. Siempre que decía esas palabras, lloraba. Con la cara entre las manos, como un niño chico, solo por un instante. ¿Yo ir donde un médico? Uno no puede andar ventilando este tipo de intimidades. Uno es decente, no cualquier pelafustán, ¿no lo entiendes? Dime, ¿quién te crees tú que soy yo, para andar ventilando intimidades? ¿Quién te crees que eres tú para hacerme preguntitas personales, puta de mierda?

Caminé alrededor de la red de tubos y aparatos que cuidaba su vida, apagando las alarmas de los monitores, con disimulo. Ni siquiera él lo notó. Me

acerqué hasta su oído. Esta noche, susurré, va a ser una noche de juegos. De esos juegos que tanto te gustaban. Que tanto te gustaban a ti y a tu muñeca. Los recuerdas, ¿verdad? Seguí susurrando mientras él, tratando de incorporarse o de escapar, estrujaba entre sus dedos el delantal sobre mi pecho. Solo conseguía que me acercara más, tanto que podía sentir el paso del oxígeno conectado a la cánula de la traqueotomía. Tomé la sonda y la retiré. ¿Te gustan mis juegos? Sentí en la mejilla el sudor de su cara. Esperé un poco. Él abría, en cada inspiración, cada vez más la boca. Cuando sus labios tomaron un leve tinte oscuro, volví el oxígeno a su lugar. ¿Disfrutas los juegos? ¿Es delicioso? Tengo más. Deslicé mi mano hasta sus genitales. *¡En cinco minutos quiero a este muchacho en posición firme!* ¿Oíste? Palpé la punta de su pene, tomé la sonda que recolectaba su orina y la cerré con una pinza. El juego de la retención de orina, le dije, ése no lo conocíamos, ¿verdad? Lo volví a mirar directamente. ¿Qué pasa? ¿Piensas que te va a explotar la vejiga? ¿Que los juegos van a terminar con la muerte? Te equivocas, dije retirando la pinza. Yo me voy a encargar de que los jueguitos no lleguen a ese extremo. *No, esta noche no podemos jugar al ahorcado. No podemos llegar hasta donde le gusta a la muñeca.* Qué pena. Hoy no podemos dejar marcas. ¿Cómo se vería la nueva enfermera de la clínica con el cuello morado? Vamos a hacer otra cosa. Sácate la ropa, mierda. *¡En pelotas!*

De reojo vi que entraba la ronda médica. Las alarmas de los monitores son muy sensibles, apenas detectan la más leve alteración de los signos vitales, se disparan. Esperé un momento antes de volverlas a

encender. Al oír los pitos, todo el mundo se movilizó hacia la cama del Príncipe. En menos de un minuto estábamos rodeados de médicos que miraban las pantallas intentando averiguar qué le sucedía al paciente. El monitor de pulso, esta vez, marcaba 180. ¿Puedo apagar las alarmas?, pregunté con cara de no tener idea de nada. Apague todo, contestó el jefe de turno. Luego pidió los últimos exámenes y radiografías mientras el primer ayudante evaluaba la función cardiopulmonar. Ordenaron un nuevo electrocardiograma. Salvo por el pulso tan elevado, se sorprendieron: el resto estaba normal. Discutieron el caso y concluyeron que presentaba un cuadro de taquicardia paroxística secundaria a medicamentos. Al parecer, dijo uno de ellos, el manejo del dolor no ha sido el más adecuado. Alguien agregó algo acerca del criterio médico del turno saliente. Luego siguieron con los demás pacientes de la sala; como estaban estables, la revisión no tomó mucho tiempo. Mientras tanto, al Príncipe le instalaban la bomba de infusión con los calmantes nuevos. Los médicos se fueron. Me puse a trabajar de cabeza en las otras camas. Para cuando llegué a la cama del Príncipe, los medicamentos recién indicados habían hecho su efecto: dormía. Entonces cerré las llaves de paso de las bombas. De ambas. Los antiinflamatorios y la morfina dejaron de pasar. Esperé. Al poco rato soltó un quejido lastimero y abrió los ojos. Con el cuerpo contraído por el dolor trataba, supongo, de tocar el timbre de emergencia. Confundido, movía la mano, buscando en el aire y, aunque los ojos estaban fijos en mí, parpadeaba sin reconocerme, con el espíritu distante, como perdido. Para que

recuperara la conciencia tomé su cara entre mis manos y acercándome soplé suavemente. Tú sabes que lo hice por ti, susurré, y tú me dejaste sola. Vi en su mirada que sabía dónde y con quién estaba, y dejé de soplar. No es precisamente ésta la muñeca que esperabas, ¿verdad? La muñeca que abandonaste. Bueno, ahora no hay más calmantes para tu dolor. Sabes, este olor ácido que produce el miedo en tu cuerpo me gusta. Como en "El Cielo", ¿no? Tú me enseñaste a tomarle el gusto. Él intentaba balbucear, sacando y entrando la lengua. Manoteaba haciendo esfuerzos por alcanzar la pizarra en el velador. ¿Qué? ¿Qué quieres decirme? ¿Que esa condición de perra, puta, maldita, asesina, colaboradora, ha estado siempre dentro de mí? ¿Quién crees que soy? ¿Tú crees acaso que yo lo sé? ¿Sabes lo que es vivir con esa duda? Debiste matarme, ¿por qué no lo hiciste? Si habías terminado conmigo, ¿por qué me dejaste vivir? ¿O para qué? ¿Para esto?

Se dejó caer, completamente flácido, la mandíbula desencajada. Yacía pálido, inmóvil, sordo. En la pantalla de los monitores sus signos vitales eran un dibujo fino. Abrí las llaves de paso. Las bombas reanudaron su función de alivio.

Al turno siguiente, Santiago era una mañana de invierno contaminada y oscura. Nubes negras amenazaban con lluvia. A las 7:45, cuando entré a la sala, los tubos fluorescentes del techo se mantenían encendidos. Mientras avanzaba hacia el mesón de enfermería vi la cama del Príncipe resaltando sobre el resto, en el único espacio adonde llegaba la escasa luz del día, bajo la ventana. La bolsa roja, la

colcha blanca, las pantallas verdes de los monitores, las sondas amarillas, los cromados del catre y de los soportes de los sueros, de las bombas, del tubo azul de la traqueotomía. La bolsa roja. Por un momento tuve la sensación de estar frente a la vitrina de una tienda. ¿Qué miras?, dijo mi colega. ¿La sangre? Anoche, en el cambio de cánula de la traqueotomía, tuvo otra hemorragia. La transfusión se la instalé a las cinco de la mañana, pero tiene tan malas venas que me costó mucho. Más encima, he tenido que reinstalar la transfusión dos veces, porque se rompen. Pobre, da una pena. Espero que tú no tengas que pincharlo de nuevo. Ojalá que no, contesté, sería una lástima. ¿Te has dado cuenta de que la mayoría de la gente cree que somos insensibles?, preguntó. No entiendo, dije. Piensan que las enfermeras, al trabajar con el sufrimiento, nos acostumbramos al dolor, ¿has visto algo más falso? Yo, a veces, llego a mi casa hecha bolsa, a ti te debe pasar lo mismo, ¿no? La gente no tiene idea de muchas cosas, contesté. Y si tienen idea, pero la idea les molesta, se hacen los lesos, que es peor. ¿Estuvo malo el turno? ¿Mucho trabajo? Mi colega dio un resoplido para mostrar su cansancio. Pero a ti te va a tocar un día tranquilo, dijo, y partió a buscar las fichas para entregarme el turno. El Príncipe, a pesar de la hemorragia, estaba con los signos vitales estables. La cánula había quedado firme. No ha presentado episodios de taquicardia, la nueva terapia contra el dolor funcionó de maravilla, dijo la enfermera al volver. El resto de los pacientes: tres neuroquirúrgicos, un politraumatizado, dos recién operados diabéticos descompensados y uno con várices esofágicas secundarias a cirrosis

hepática. Estaban todos evaluados por la ronda médica y sin novedad. Solo a un edema pulmonar recién trasladado desde la UTI tendría que hacerle el ingreso. ¿Viste?, dijo, vas a tener uno de esos días ideales, hasta con tiempo libre para una siestecita a escondidas. Y mira que a ti te haría falta una siesta, tienes una cara de cansada.

Mi cara no era de cansancio precisamente. La gente tiene un comportamiento distinto en la noche que en el día. Estar con el Príncipe más tiempo que con los otros pacientes, sin levantar sospechas de mi personal, no iba a ser nada fácil.

Llamé a los auxiliares para distribuir el trabajo. En el anterior turno de noche había acudido quizás demasiado rápido a la cama del Príncipe. Esta vez no alteré el orden. Empecé por el paciente del edema pulmonar, mandé llamar al médico para su evaluación, tomé los exámenes, instalé los sueros.

Las indicaciones que los médicos dejan en las fichas de cada enfermo deben transcribirse en pequeñas tarjetas. Para diferenciar el tratamiento oral del intravenoso se usan tarjetas de diferente color que se colocan en una caja de madera con compartimientos para cada horario del día. Armar el tarjetero de ese día me tomó media hora, bastante más tiempo que de costumbre. No podía concentrarme. Cuando luego fui cama por cama anotando ciclos vitales, midiendo diuresis, haciendo curaciones, las cosas pequeñas o finas, como las pinzas, se me resbalaban, y tenía que volver a empezar. Llegar a la cama del Príncipe, la última, me tomó dos horas. Lo encontré con la cara hacia la ventana, en una posición extraña, como doblado sobre sí mismo, mirando el vacío. Tenía la pizarra blanca nuevamente sobre el

pecho. Para sostenerla había cruzado el brazo que recibía la transfusión hacia el hombro contrario, como si ese brazo lleno de pinchazos y manchas azules tuviera fuerza. Cerré la cortina. Apenas oyó el ruido de las argollas deslizándose por el riel de la cortina, giró la cabeza, me vio a mí, y de inmediato levantó la pizarra. "Mátame, tú puedes", decía como siempre. Ahora con una letra de imprenta clara, bonita, sin trazos temblorosos. No me había fijado en el plumón. Lo empuñaba con la mano, la del brazo más libre de agujas. ¿Qué te has imaginado? ¿Que esto va a ser un diálogo? Entre nosotros no existe ese tipo de comunicación, le dije tirando de la pizarra. Él se tomó de la almohada para protegerla. No me costó nada arrebatarla de un tirón. El brazo sin fuerza quedó colgando hacia un lado de la cama, la pizarra en el suelo. Con el plumón fue distinto. Sus dedos estaban flacos y pálidos, casi podía ver sus falanges. Pero me era imposible quitárselo. ¡Suéltalo!, dije. Qué más quieres escribir. ¿Vas a decirme ahora todo lo que no me dijiste antes? No quiero saber lo que tú piensas. Ahora te toca escuchar. Voy a jugar contigo hasta... ¿hasta cuándo?, hasta que me dé la gana, hasta qué sé yo. Esos dedos como palillos se resistían con maña. Hacía amago de escribir sobre la colcha. Tuve que liberar los dedos, uno por uno, para arrebatarlo. Con el plumón en mi mano, dije: Cuando se me antoje dejarte, tú vas a seguir sufriendo. ¿No soportas más este cáncer de mierda? Te informo que estás mucho menos grave de lo que crees. Son varios meses más los que te quedan. Meses de ahogos, transfusión constante, operaciones y dolor, dolor, dolor. ¿Entiendes?

Acerqué el plumón hasta su cara y con la parte posterior empecé a repasar sus facciones, como dibujándolo. Las arrugas de la frente, los rebordes orbitarios, las mejillas, el labio superior, la nariz. Me quedé pegada en su boca reseca, pero con el plumón en el aire. La falta de color, la comisura donde antes sostenía el cigarrillo, tan delgada, me tenía como suspendida. Él fingía indiferencia. Ni siquiera después, cuando le pasé el plumón por encima de los párpados, cerró los ojos. Entonces bajé por el cuello hacia el brazo. En esa zona, con tanto líquido trasvenado, la piel frágil, como de recién nacido, se puso roja al contacto del plástico. Como aumentaba el silbido del oxígeno entrando en sus pulmones me di cuenta de su agitación. (Así respiraba yo cuando él descostaba mi cara con el cortaplumas y me lamía las heridas) Presioné sobre las antiguas punciones, cicatrices azules diseminadas en el antebrazo: la piel se abrió y empezó a sangrar. Le murmuré al oído: Nada mejor para la cicatrización que la saliva, como los perros. Dime tú ahora: "Me gustan los perros, me gustan mucho". Hundí el plumón en su carne abierta. El Príncipe jadeaba. Sentía sus estremecimientos en mi propio cuerpo, pero su pulso no pasaba de 100. El brazo te duele, pero ni se compara con la suspensión de la morfina de la otra noche, ¿verdad? Ahí sí se le disparó la taquicardia. Escuché el pito de la alarma, la voz de uno de mis ayudantes preguntando si llamaba a un médico. No es necesario, dije, fue un ahogo pasajero, hoy las secreciones bronquiales están más espesas, voy a hacer una mejor aspiración de la endocácula y va a quedar como nuevo. Ah, traiga el carro de

curación. Nuevamente se salió la transfusión de sangre. Las venas del brazo izquierdo colapsaron.

La aspiración de la cánula endotraqueal es indispensable en un paciente sometido a traqueotomía. Para realizarla había que colocar su cuerpo en una posición especial, algo a lo que él se resistía tensando la musculatura. No solo conmigo, con mis colegas también. Pero esta vez fue diferente: dejó caer la cabeza en mis manos, con suavidad, y pude moverla a mi antojo. El orificio externo de la cánula quedó expuesto sin que yo hiciera el menor esfuerzo. A mi lado, el auxiliar, un tipo viejo, sostenía la sonda con cara de mal humor. Me había quedado de nuevo mirando los labios del Príncipe, la comisura torcida. ¿Por qué me atrapaba esa boca reseca? Me descubrí sonriendo. Déme la sonda, dije entonces, yo puedo aspirarlo sola. Usted está en su hora de almuerzo. Haga la curación y váyase tranquilo. Me pareció que la máquina de aspiración hacía más ruido que nunca. A pesar de que el Príncipe no dejaba de tirarme el delantal, me sorprendí atendiéndolo como a un paciente cualquiera, con dedicación. Terminé de aspirarlo, vigilé la curación de sus heridas y me fui corriendo al baño. Apenas alcancé a bajarme los calzones antes de vaciarme entera. Era una diarrea explosiva, con retortijones que me llegaban al alma. Alguien más ocupó el baño del lado. El ruido me daba vergüenza y traté de frenarme, o al menos de silenciar mi estado. Luego ya no me importó, me dejé llevar por el movimiento de las tripas y agradecí el alivio de sentirme vacía. ¡Por fin vacía! ¿Se encuentra bien?, preguntó alguien golpeándome la puerta. No me había dado cuenta de que estaba

llorando. Contesté que sí, que no era nada. Cuando salí del baño, al lavarme las manos me miré al espejo. ¿Cuánto hacía que no me miraba realmente? La piel tirante de las cicatrices en mi cara era la misma piel de los brazos del Príncipe. Él tenía una mujer, un hijo. ¿Qué hacía un hombre como él en una Asistencia Pública? Solo, desprotegido, miserable. ¿Qué hacía pidiéndome a mí que lo matara? Volví a mirarme en el espejo y creí ver detrás de mí una sombra. Como si alguien, a mi espalda, jugara a las escondidas. Giré la cabeza: solo vi los baños con las puertas abiertas y los wáteres aguardando. Abrí el chorro de la llave y me lavé varias veces la cara.

A la mañana siguiente no soportaba estar en mi casa. Me fui al bar *La Urgencia*, ese boliche transformista que se vestía como la estrella del barrio en la noche y que ahora, de día, era un pobre sucucho venido a menos, con aspecto de clandestino en decadencia. Y no porque faltara la bulla (alguien cantaba una cumbia en el wurlitzer), sino por el desaliento en las caras. Esa mañana todos los del bar parecíamos venir de un funeral.

El cantinero, ese flaco con el que estuve conversando la última vez, me reconoció. Usted es la enfermera del otro día, la que trabaja en la Posta Central, dijo apuntándose con el dedo. La veo cambiada, más alegre. ¿Más alegre?, contesté. Será por el abrigo nuevo, por el color encendido... No veo otra razón. Aunque cuando lo compré, ahora que lo pienso, andaba contenta, es verdad... pero me duró poco. ¿Sabe? Yo no estoy hecha para la felicidad. Quizás qué gesto hice al decir esto último,

porque el tipo se puso muy serio, colorado. Si lo dice por las cicatri... las huellas en su cara, está equivocada, muy equivocada... a mí me parece una mujer muy atractiva. Yo a usted... En la barra estábamos los dos solos, no sé por qué miró para los lados antes de continuar. Yo la encuentro preciosa, dijo finalmente. Me apuré en darle las gracias. En todo caso, le expliqué, las cicatrices que me pesan no se pueden ver, son internas. ¿Como una cicatriz del alma, dice usted? Del alma, o del espíritu, o lo que sea eso que tenemos dentro y nos hace sentir como la peor mierda del mundo. Mire, dijo él, no hay que ser muy inteligente para darse cuenta de que lo que usted tiene son penas sentimentales. Le voy a traer lo de la otra vez, un pichuncho era, ¿verdad? No, dije yo, esta vez quiero el pisco solo. Abrió los ojos. ¿Solo? ¿Está segura? Le contesté que podía agregarle unas rodajas de limón, pero que no se molestara en traerme la cortesía de la casa, porque era incapaz de tragar nada sólido. No son exactamente... ¿penas qué, me dijo? Antes de que él abriera la boca, continué: Ayer pensé que al fin me estaba liberando de un hombre maldito, pero me di cuenta de que lo tengo acá dentro, conmigo.

No quería mirarme la cara en el espejo del fondo. Me daba miedo lo que pudiera reflejar. Apoyé la cabeza en una de mis manos y con la otra amontoné las migas desparramadas en el mesón. Cuando el cantinero volvió con la botella, empezó a limpiar a mi alrededor con ese trapo asqueroso. Lo detuve tomándole la muñeca. ¿Usted cree que llevando una vida miserable, me refiero a miserable de verdad, peor que en una cárcel, uno paga sus culpas?

Depende, dijo él. ¿Depende de qué?, pregunté yo. De la gravedad de lo que le hizo a la otra persona. Las heridas de amor son cosa seria. Aquí en el bar lo veo todos los días. Digamos que la persona cometió algo espantoso, algo horrendo, inimaginable. ¿Quiere que le diga algo?, dijo él, mirando nuevamente para los lados: Nada es tan terrible cuando ha habido amor.

Mi mano se detuvo con el vaso en el aire. Claro que si hay terceros, siguió diciendo él, ahí hay que entrar a reparar. ¿Reparar? Claro, pues, con los hijos no se juega. Abandonar al marido es una cosa, pero si dejó a los hijos, mi dama... No se trata de hijos, no tengo hijos. No pude seguir hablando. Mire, para que no se haga más caldo de cabeza le voy a poner un tema especial para usted en el wurlitzer. Me sirvió el trago, cortó varias rodajas de limón, las dejó en un plato junto al vaso, y desapareció. También dejó la botella. Yo sentía ese algo sin nombre aflorando dentro de mí, inundando la superficie. Oí la voz de la Palmenia que cantaba. No sé cuánto tiempo pasó o cuántos vasos me tomé. Pero ya no podía seguir engañándome.

30

El cloruro de potasio es un medicamento de uso habitual en una sala de cuidados intermedios. Se indica en caso de diarreas o vómitos severos y también en el postquirúrgico del aparato digestivo. Pero además se usa en ejecuciones judiciales a través de inyección letal. Produce un bloqueo de la conducción cardíaca, fibrilación, arritmia y paro cardíaco. La muerte ocurre unos segundos después

de la introducción de la dosis adecuada. Yo sabía perfectamente cuál debía ser esa dosis para un hombre con el peso actual del Príncipe. En la posibilidad de una autopsia no quise pensar.

Al fondo, bajo la ventana, en el lugar de la cama del Príncipe, nadie se había preocupado de recoger la cortina. Caminé hacia el armario de los medicamentos. Busqué las ampollas de cloruro de potasio. Tomé una: 10 ml Un gramo de cloruro de potasio por ampolla. Dos ampollas serían más que suficientes.

Preparé la jeringa con la aguja, rompí la parte superior de las ampollas, extraje los 20 ml y coloqué todo en la bandeja de punción. Las ampollas vacías me las metí en el bolsillo. Entré al cubículo del Príncipe con la bandeja. Me acerqué. No quería que viera mis ojos. Pero lo miré y los dos comprendimos. Dejé la bandeja en el velador y tomé la sonda del suero por la que pasaba el goteo con morfina. No creas que estoy haciendo esto por ti, le dije, lo hago por mí, porque, sabes, yo tengo sentimientos, aunque no lo creas. Ni se inmutó. Te lo voy a pasar por la sonda de la morfina, agregué, vas a sentir que te entra vidrio molido en la vena por unos segundos, solo van a ser unos segundos. Él levantó la mano rozando la mía, con el índice apuntando al vacío comenzó a hacer signos en el aire. El resto, su cara, su tórax, sus miembros, estaban quietos. El dedo parecía formar letras ininteligibles. La mano en el aire iba hacia un lado para luego volver al punto inicial. El dedo, como escribiendo algo en un cuaderno imaginario, no dejaba de moverse. ¿Qué me estaría diciendo? Ya no quería saberlo. A lo

mejor, tiempo atrás... Miré la jeringa, había pasado la mitad del contenido: presioné el émbolo con más rapidez. De pronto, como si ya no tuviera más que decir, el índice quedó estático y fue cayendo, lentamente sobre la cama.

Todas las máquinas empezaron a sonar. Escuché que un auxiliar llamaba a los médicos, ¡clave azul! Clave azul en la sala de intermedio, decía. Hubo movimiento de médicos, enfermeras, auxiliares que comenzaron la reanimación. Es un cáncer terminal, dijeron al tercer intento, y suspendieron las maniobras. ¿Hora del fallecimiento?, preguntó un médico. Contesté: 11:40, doctor. En el espacio "causa de muerte", escribió: paro cardiorrespiratorio. Terminó de completar el certificado de defunción, lo firmó y me lo entregó. El papeleo está listo, dijo, desocupe la cama de inmediato, la Posta está repleta.

Cuando llegó el camillero, yo hacía un rato que había retirado las sondas y los sueros. Trasladarlo a la camilla fue muy fácil, el cadáver casi no tenía peso. La sábana para cubrirlo estaba rota o era muy corta. La cara quedó al descubierto. Su pelo canoso fue lo último que vi perderse por el pasillo. Me di vuelta y continué con mi trabajo.

**ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE
POR EL TRABAJO DE**

Comité Editorial Silvia Aguilera, Mauricio Ahumada, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Nain Nómez, Jorge Guzmán, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Hernán Soto, José Leandro Urbina, Verónica Zondek, Ximena Valdés, Paulina Gutiérrez **Secretaría Editorial** Sylvia Morales **Proyectos** Ignacio Aguilera **Diseño y Diagramación** Editorial Alejandro Millapan, Manuel Pinto **Corrección de Pruebas** Raúl Cáceres **Exportación** Nikos Matsiordas **Dirección de Distribución** Nikos Matsiordas **Página web** Leonardo Flores **Comunidad de Lectores** Olga Herrera, Francisco Miranda **Ventas** Elba Blamey, Luis Fre, Marcelo Melo **Almacenamiento** Francisco Cerda, Julio César Zapata, Alexander Medel, Rodrigo Retamal **Librerías** Nora Carreño, Ernesto Córdova **Secretaría Gráfica LOM** Tatiana Ugarte **Comercial Gráfica LOM** Juan Aguilera, Danilo Ramírez **Servicio al Cliente** Elizardo Aguilera, José Lizana, Guillermo Bustamante **Diseño y Diagramación Computacional** Claudio Mateos, Nacor Quiñones, Luis Ugalde, Luis Gálvez, David Bustos **Coordinador de Diagramación** Ingrid Rivas **Producción Imprenta** Gabriel Muñoz **Secretaría Imprenta** Jazmín Alfaro **Impresión Digital** Carlos Aguilera, Efraín Maturana, William Tobar, Marcelo Briones **Prepresa Digital** Daniel Véjar, Felipe González **Impresión Offset** Eduardo Cartagena, Freddy Pérez, Rodrigo Véliz, Francisco Villaseca, Ronny Salas **Corte** Eugenio Espíndola, Juan Leyton, Sandro Robles, Alejandro Silva **Encuadernación** Alexis Ibaceta, Rodrigo Carrasco, Sergio Fuentes, Pedro González, Carlos Muñoz, Luis Muñoz, Jonathan Rifo, Edith Zapata, Juan Ovalle, Braulio Corales, Pedro Villagra **Despachos** Miguel Altamirano, Pedro Morales, Pablo Acevedo **Mantención** Jaime Arel, Elizabeth Rojas **Administración** Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Andrea Veas, César Delgado, Elías Espinoza.

LOM EDICIONES

PUBLICACIONES LOM EDICIONES

COLECCIÓN COMUNIDAD DE LECTORES

- UN ESQUELETO BIEN TEMPLADO
Jaime Casas
- PAPELES RECORTADOS
Francisco Coloane
- SÓNECHKA
Ludmila Ulitskaya
- CORAZÓN DE PERRO
Mijail Bulgakov
- SAN ROMÁN DE LA LLANURA
Pavel Oyarzún Diaz
- EL SEGUNDO DESEO
Ramón Diaz Eterovic
- HADZI MURAT
León Tolstoi
- LA MESERA ERA NUEVA
Dominique Fabres
- HACIA EL FINAL DE LA PARTIDA
Guillermo Rodriguez
- ROMANCE DE ALAUWEN Y ELIOSAD
Marcelo Fuentes
- CIELO DE MALA MUERTE
Antonio Avaria
- EL MAQUILLADOR DE CADÁVERES
Jaime Casas
- ZAQUIZAMÍ
Carlos Peters
- LA OSCURA MEMORIA DE LAS ARMAS
Ramón Diaz Eterovic
- DESENCIERRO
Juan Mihovilovich

COLECCIÓN NARRATIVA

- LA CIUDAD ESTÁ TRISTE
Ramón Diaz Eterovic
- MATAR A LOS VIEJOS
Carlos Droguett
- NADIE SABE MÁS QUE LOS MUERTOS
Ramón Diaz Eterovic
- EL HOMBRE QUE PREGUNTA
Ramón Diaz Eterovic
- MILICO
José Miguel Varas
- LA LEY DEL GALLINERO
Jorge Guzmán
- LA OSCURA VIDA RADIANTE
Manuel Rojas
- MEJOR QUE EL VINO
Manuel Rojas
- ANTOLOGÍA AUTOBIOGRÁFICA
Manuel Rojas
- CON OJOS DE NIÑO
Jorge Guzmán
- DOJNAÁ
Galsan Tschinag

Carne de perra

FÁTIMA SIME

Carne de perra narra la historia de una joven enfermera chilena que, unos años después del Golpe de 1973, es secuestrada por la policía secreta del régimen, torturada sicológicamente y luego "entrenada" para cometer un crimen político que sacudió al país entero.

Ya es difícil reflejar la esencia de un periodo de la historia –la dictadura militar chilena– en una novela, pero lo es más si se pretende hacerlo mediante una historia que no es la del país, sino, simplemente, la de una mujer. Esa es una de las particularidades –acaso la mayor– de *Carne de perra*: es narrada desde la perspectiva de una mente que no tiene relación ni contacto con los acontecimientos sociales. Le basta con tratar de asumir y adaptarse a su realidad inmediata, a un espacio demasiado reducido en el que la posibilidad de lograr entender algo es casi nula. Se muestra el infierno de la represión desde la intimidad de una relación, en principio atormentada, para luego transformarse en algo enfermizo en donde los traumas sexuales que forman parte del horror son, a su vez, parte esencial del amor que, si bien es un amor trastocado, es real: duele, se sufre.

PELIGRO
LA FOTOCOPIA
MATA AL LIBRO

KO-006-353

